LL
1920
BUN

JULIA y DELFINA BUNGE

El Arca de Noé

Libro de lectura para tercer grado

5ª EDICIÓN

DIBUJOS DE UTRILLO.
ACUARELAS DE S. SANTOS

A
9 — 9
33

00056427

Biblioteca Nacional de Maestros

Biblioteca Nacional de Maestros

Biblioteca Nacional de Maestros

EL ARCA DE NOÉ

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

Biblioteca Nacional de Maestros

Biblioteca Nacional de Maestros

JULIA Y DELFINA BUNGE

O. R.
C N de E.

El Arca de Noé

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

Libro de Lectura

Tercer grado

Aprobado por el Consejo Nacional de Educación
y por el Consejo de Educación de Córdoba

25372
25381

5.ª EDICION

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

140 X 184

DEPOSITO EN LA REPÚBLICA ARGENTINA
CABAUT Y CIA.
ALSINA Y BOLIVAR BUENOS AIRES

Biblioteca Nacional de Maestros

Hecho el depósito que marca la ley n.º 7092

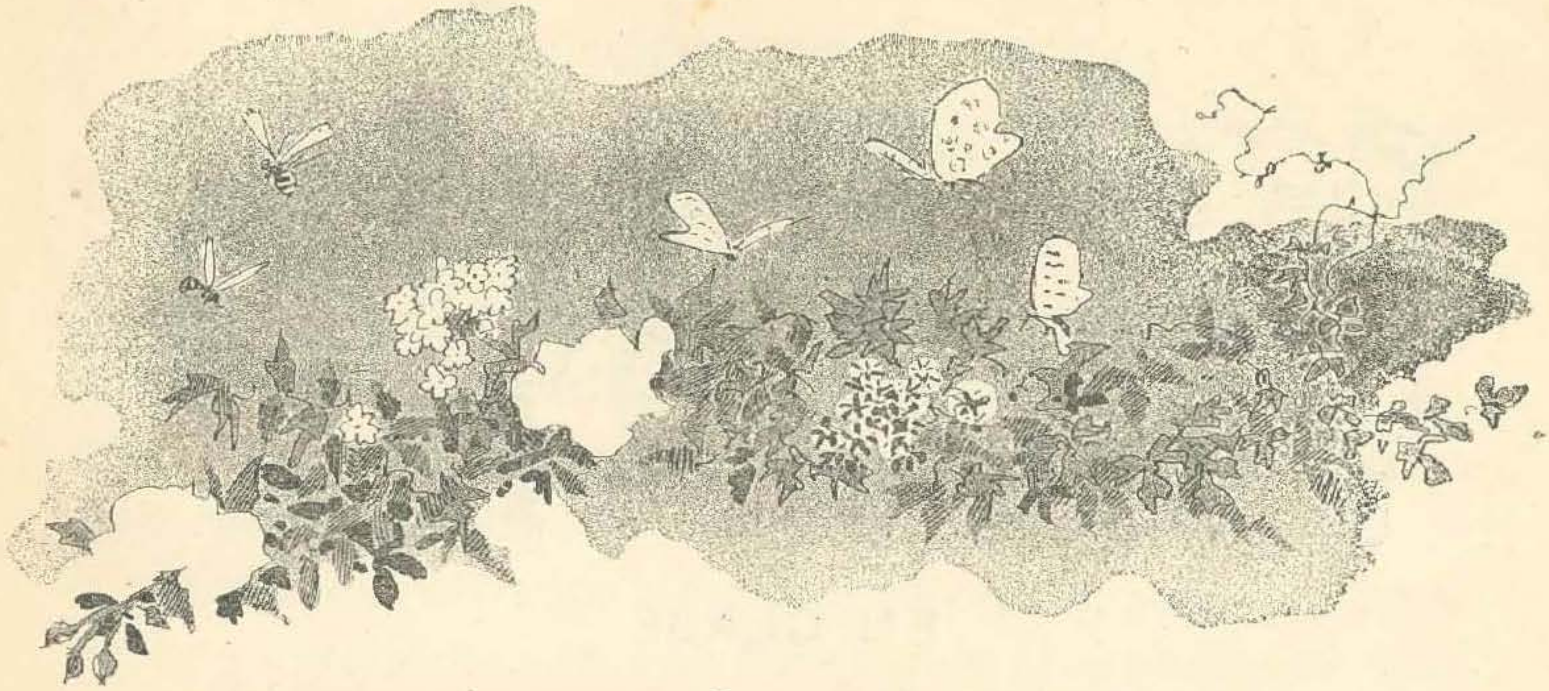
IMPRENTA MERCATALI - SOC. EN CTA.
JOSÉ A. TERRY 285-93, BUENOS AIRES
1920

Biblioteca Nacional de Maestros

A nuestra madre

Biblioteca Nacional de Maestros

Biblioteca Nacional de Maestros



¿ABEJA Ó MARIPOSA?

¿ Qué hacen las abejas y las mariposas, volando de flor en flor ?

Las abejas se alimentan, y hacen miel. Las mariposas se alimentan también con el jugo dulce de las flores. Pero, á pesar de parecer tan atareadas, no hacen miel.

Los niños pueden, á su vez, ser abejas ó mariposas. Un libro es para ellos un jardín, y cada capítulo, una flor.

Los niños que leen esos capítulos sin atención, y pasan de uno á otro ligeramente, hacen como las mariposas: no sacan provecho de ninguno.

Abejas son los niños que se detienen en cada página, hasta comprender la enseñanza que contiene. Esos niños hacen su miel, que es el saber, y que será para ellos un tesoro durante toda su vida. Esos niños aprenden á ser buenos, como los buenos libros lo enseñan.

Biblioteca Nacional de Maestros

EN CLASE

¿Dónde aprenden los niños tanto como en la escuela? Sus padres suelen no tener tiempo para darles largas lecciones ó responder á todas sus preguntas.

En la escuela, al frente de cada clase, hay una maestra con el único fin de instruir y educar á los niños.

La señorita Elcira, maestra del tercer grado, lo ha explicado así á sus discípulos. Les ha hablado largamente de los beneficios de la escuela, y de los deberes de los niños que á ella concurren.

— No seamos ingratos, les dice, á los privilegios de que gozamos. ¡Cuántos niños, en el campo, recorren, cada día, á pie, largas distancias para ir á la escuela! ¡Y cuántos se considerarían felices de asistir á ella, y se ven privados de tal bien, por no hallarse ninguna escuela en las cercanías del lugar que habitan!

Biblioteca Nacional de Maestros

LAS COMPOSICIONES

— Queridos niños, dice algunos días después, á sus discípulos, la señorita Elcira; estoy muy contenta con las composiciones que me han traído. Han comprendido muy bien cuanto les he dicho sobre la escuela. Lo que más me satisface es ver que todos la encuentran agradable. Y les agradezco de corazón el cariño que me demuestran.

Entre los variados ejercicios escolares, y cuanto aquí se ve y aprende, cada uno ha elegido el asunto que más le interesa: Juan, que es tan ordenado y puntual, atribuye esos méritos suyos, á las enseñanzas de la escuela.

María Delia se ha contentado con escribir que lo que más le agrada son las fiestas y los cuentos. María Delia es un poquito perezosa para las composiciones. A Max le sucede lo mismo; prefiere á todo el recreo y la gimnasia.

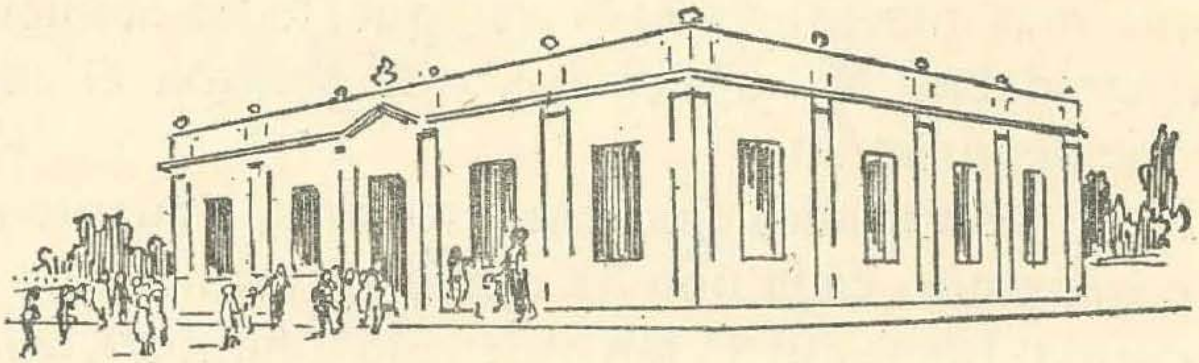
Marco Arturo muestra especial afición á la historia argentina, «la historia de la grandeza de la patria», y Victorita siente gran entusiasmo por los versos y la recitación.

A todos los niños les gustan mucho las fiestas, los cantos, versos y comedias. Pero, quizá lès sea aún más agradable, ver recompensado su trabajo, y su aplicación al estudio, con una buena clasificación al fin del año.

Biblioteca Nacional de Maestros

Las mejores composiciones son las de Adita, Manolo, Margarita y las de Juan y Roberto. Las he corregido, y, para completarlas, he añadido algunos párrafos. ¿Quieren que las leamos en alta voz?

— ¡Sí, sí, señorita!



LA ESCUELA

(Composición de Adita)

¡Qué divertida es la escuela! Allí nos encontramos reunidos los chicos del barrio. Todos nos conocemos y nos queremos. Y siendo muchos, podemos jugar á «la mancha», á «martín pescador», á «las escondidas» mejor que en nuestras casas.

Dice la señorita Elcira que la escuela es como una segunda familia, principalmente para los huerfanitos, á quienes debemos tratar con especial cariño.

Si un niño falta á la escuela varios días seguidos, la señorita averigua si está enfermo, y, si puede, va á visitarle. Cuando el enfermo sana, y vuelve á clase, sus camaradas lo reciben con alegría.

Biblioteca Nacional de Maestros

Si alguno comete una falta grave, todos nos avergonzamos por él.

En cambio, si otro es caritativo ó lleva á cabo una hermosa acción, nos alegramos y decimos con orgullo: «es compañero nuestro».

Dice la señorita que el buen nombre de la escuela depende de la conducta de cada uno de nosotros; que en esto, la escuela es también una pequeña patria.

Que si aprendemos á cuidar del nombre de nuestra escuela, cuando seamos grandes sabremos cuidar del nombre de nuestras familias, y del nombre de nuestra patria.

NUESTROS CONDISCÍPULOS

(Composición de Manolo)

Dice la señorita Elcira que, si nos portamos bien y nos hacemos querer por maestros y compañeros, conservaremos de la escuela un recuerdo muy grato.

Añade que, cuando han transcurrido algunos años,

Biblioteca Nacional de Maestros

es muy dulce encontrarse con los que fueron nuestros condiscípulos, y recordar las horas felices en que jugabamos y estudiábamos juntos.

Dice también que muchas veces en los bancos de la escuela se labran las mejores amistades, para toda la vida. Porque allí es donde mejor podemos conocernos unos á otros. Tratemos, pues, de que nuestros camaradas puedan tener de nosotros buena opinión.

El que aprende á tratar amablemente á sus compañeros, y á hacerse querer en la escuela, sabrá luego hacerse querer en todas partes.

Cuando se produzcan discusiones y dificultades en los juegos, elijamos un juez entre los mayores y más juiciosos, hagámosle oír las razones de las dos partes, y aceptemos su fallo para acostumbrarnos á ser justos.

Si alguno de los compañeros es muy pobre, tratemos de ayudarle en sus necesidades.

Prestémonos gustosos los útiles y los libros, pero cuidemos con respeto las cosas ajenas.

Los niños recién entrados en la escuela tratan con deferencia a los más antiguos. Los más antiguos deben tratar con cariño á «los nuevos», para que pronto se encuentren éstos en la escuela como en familia.

Biblioteca Nacional de Maestros

LA SEÑORITA ELCIRA

(Composición de Margarita)

¡Qué buena es la señorita Elcira!
¡Cuánto nos quiere!

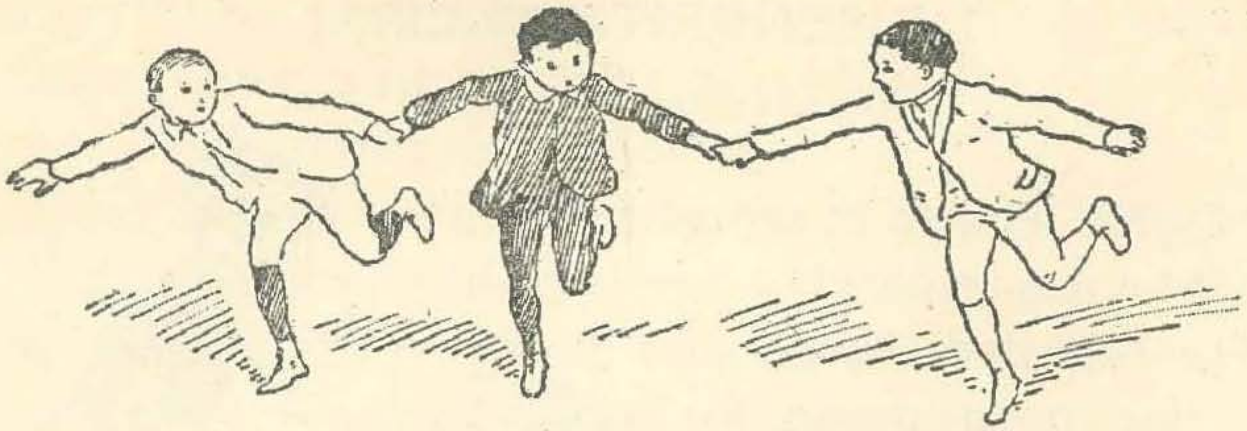
Ha estudiado muchos años, para poder darnos los conocimientos más útiles é interesantes, y hacer las lecciones fáciles y amenas.

Mientras estudiaba, aun antes de conocernos, pensaba en sus discípulos con gran cariño. Y ahora que nos conoce, se interesa por cada uno en particular.

Observa nuestros caracteres, para dirigirnos y corregirnos sin hacernos sufrir, deseosa de que lleguemos á ser útiles y buenos.

Nosotros hacemos lo posible por no recargar su tarea. Ella dice que es muy agradable enseñar á niños atentos y sumisos, y que es una recompensa muy grande verse querida por sus discípulos.

Biblioteca Nacional de Maestros



EL ESTÍMULO

(Composición de Róberto)

A los escolares estudiosos les gusta siempre ser los primeros de la clase.

Si en una clase hay dos ó tres niños muy aplicados, cada uno quiere ser el primero, y estudia con ahinco, para no dejarse vencer por sus compañeros.

Ese deseo es un gran *estímulo* en el estudio, y el sentimiento que lo guía es la *emulación*.

En la emulación no hay envidia.

Los alumnos aplicados se aprecian entre sí, se respetan, y se quieren.

Siguen por el mismo camino, corren juntos una carrera, tratando de ganar lealmente. No son *rivales*.

La emulación es un sentimiento noble. La envidia es mezquina.

La emulación trata de *merecer* la victoria; la rivalidad quiere *alcanzarla*, aunque no la merezca.

Biblioteca Nacional de Maestros

PUNTUALIDAD Y ORDEN

(Composición de Juan)

En la escuela aprendemos á ser puntuales. Si llegamos tarde á clase, la señorita nos reprende y nos hace ver que quien no sabe ser puntual, no llegará nunca á ser un hombre de provecho.

También aprendemos á ser ordenados. En nuestro pupitre tenemos los libros, los cuadernos, el lápiz, la lapicera, la pizarra, la goma y otros muchos útiles; algunos que nos dieron nuestros padres y otros prestados por la escuela.

Si perdemos los útiles, nos veremos privados de ellos durante el resto del año, ó tendremos que ser gravosos á nuestros padres, ocasionándoles gastos innecesarios.

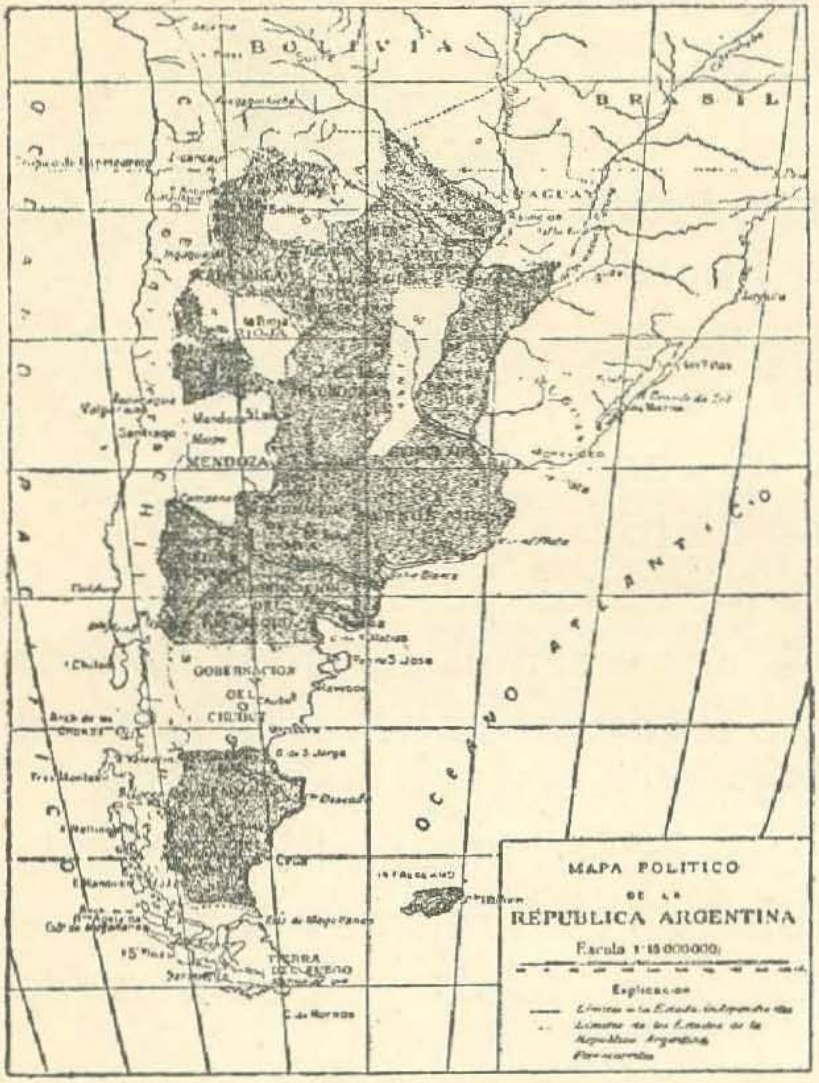
Si rompemos ó manchamos los libros que la escuela nos presta, cuando estudien en esos mismos libros otros niños, preguntarán: ¿cómo se llama el desordenado que usó estos libros?

En nuestra casa guardamos la ropa doblada y cepillada, porque debemos ser ordenados allí, lo mismo que en la escuela.

Biblioteca Nacional de Maestros

ESTE ES EL MAPA DE LA REPÚBLICA ARGENTINA

En el país hay una provincia; en la provincia una ciudad; en la ciudad una calle; en la calle una escuela; en la escuela una clase; en la clase un pupitre; en el pupitre una caja; en la caja una lapicera. Saca la lapicera y escribe:



Lapicera en la cajita, cajita en el pupitre, pupitre en la clase, clase en la escuela, escuela en la calle, calle en la ciudad, ciudad en la provincia, provincia en el país. Y éste es el mapa de mi país, que es la República Argentina.

¡Viva la Argentina!

Biblioteca Nacional de Maestros

EN EL RECREO

En el centro del patio, se sostiene en equilibrio un muñeco, en actitud amenazadora.

En su cabeza hecha de trapo blanco, se ven dos tremendos ojos verdes pintados por un tosco pincel. Su boca roja parece torcerse en un gesto de dolor. El resto del cuerpo, fabricado con diarios y piolas, es macizo y contrahecho.

Con los brazos levantados al cielo, parece pedir misericordia. ¡Bien puede pedirla! Roberto, su autor, es ahora su más encarnizado enemigo; ¡y si fuera solamente Roberto!...

Tomados de la mano brincan á su alrededor Adita, Juan, Manolo, Victorita, María Delia, Roberto, Margarita, Max y Marco Arturo, riendo á carcajadas del pobre muñeco á quien han bautizado con el feo nombre de «bruja».

Y no se contentan con reír. El mayor empeño de todos es derribar á la pobre «bruja», tratando, cada uno, de hacer que su vecino la voltee. El que la hace caer pierde el juego y sale de la rueda. Ya Margarita, Marco

Biblioteca Nacional de Maestros

Arturo, Max, Victorita, Adita y María Delia la han volteado. Sentados uno al lado del otro, esperan el final del juego.

También Manolo perdió ya. Sólo quedan frente á frente Juan y Roberto. Roberto es más fuerte, pero Juan es más ágil. Roberto tira con fuerza de las manos de su contrario tratando de arrastrarlo. Juan salta para un lado y otro sin tocar al muñeco. De pronto cae Roberto al suelo volteando también la «bruja».

— ¡Trampa! grita desde el suelo.

Juan se ríe triunfante. Ha metido un pie entre los de Roberto, haciéndole perder el equilibrio. Pero pronto se desvanece su risa; Manolo, Victoria y los demás espectadores protestan indignados, junto con Roberto:

— ¡Eso no es permitido!

— ¡Es trampa!

— ¡Vuelta, vuelta! ¡no vale!

Juan comprende entonces que no ha procedido legalmente, y tranquiliza á sus compañeros, comprometiéndose á empezar de nuevo la prueba con Roberto.

Esta vez, la habilidad de Juan para esquivar la «bruja» no le dura mucho tiempo, pues á los pocos minutos queda extenuado, y Roberto, quien decidida-

Biblioteca Nacional de Maestros

mente tiene más fuerza, consigue por fin vencerlo. La «bruja» cae por última vez al suelo junto con Juan. Roberto ha triunfado.

Y ha triunfado en buena ley, sin recurrir á la astucia.

CON QUE LA SUPO...

— Hoy aprenderemos una fábula, dice la señorita. Y los niños repiten con ella:

Subió una mona á un nogal
y, cogiendo una nuez verde,
en la cáscara la muerde,
con que la supo muy mal...

¿Con que la supo? se pregunta asombrado Max, sin oír el final de la frase.

¿Quién supo? ¿qué cosa? ¿y con qué...? ¿con que la supo? No... Max no comprende, le parecen muy raras esas palabras.

— ¡Atención, niños! empezamos otra vez, dice la señorita.

Biblioteca Nacional de Maestros

Max quiere comprender, y escucha atentamente...

Pero al llegar las palabras para él tan misteriosas, se detiene de nuevo sin comprender: ¿La nuez supo? ¿y cómo puede una nuez saber ó no saber alguna cosa? ¿la mona supo? ¿pero qué supo la mona? Se puede saber una lección, pero aquí se trata solamente de una mona y una nuez...

— Max, dinos tú la fábula, dice la señorita, sorprendiéndole en su meditación...

Max se adelanta, junta todo su valor y empieza:

Subió una mona á un nogal
y, cogiendo una nuez verde,
en la cáscara la muerde,
con que la supo... con que la supo...

Mira al techo, mira á la ventana, mira al suelo; pero ni en el techo, ni en la ventana, ni en el suelo está escrita la continuación.

Marco Arturo le sopla: «muy mal, muy mal...»

Max se vuelve y le mira fastidiado.

Manolo, María Delia, Juan, todos sus condiscípulos le dicen á la vez «muy mal, muy mal».

Max, cada vez más avergonzado, cree que le des-

Biblioteca Nacional de Maestros

aprueban, y cuando la señorita repite también en alta voz, «muy mal», se vuelve á su asiento con ganas de llorar.

Pero, no ha podido salir de sus dudas. ¿Por qué no pregunta Max á la maestra lo que no ha comprendido? Teniendo vergüenza de preguntar lo que no se sabe, no se aprende nunca nada. La señorita le hubiera explicado que «supo» puede tener dos significados, y que la fábula se refiere al *sabor* amargo de la cáscara de la nuez, que no fué del agrado de la mona.

Mientras Max sigue pensando, Victorita se adelanta y recita:

Subió una mona á un nogal
y, cogiendo una nuez verde,
en la cáscara la muerde,
con que la supo muy mal.
Arrojóla el animal,
y se quedó sin comer:
así suele suceder
á quien la empresa abandona
porque halla, como la mona,
al principio, qué vencer.

¿A quién podría aplicarse esta fábula? A Max sin duda.

Biblioteca Nacional de Maestros

EL REGRESO DE LA ESCUELA

—¿A que no adivinan lo que llevo?

— No hables tan alto, Jorge, ¿no ves que todos se vuelven á mirarte cuando gritas?

—¡Pero si no grito, Adita! solamente les pregunto. Esperen aquí un momento. Levantando una puntita del papel, les mostraré lo que llevo.

— Eres incorregible. ¿Quieres que nos detengamos precisamente en medio de la calle, para que nos atropelle un coche? Papá y mamá, y lo mismo la señorita Elcira, nos enseñan que, en la calle, debemos seguir nuestro camino sin detenernos acá y allá, ni hablar á gritos.

De pronto, Jorge exclama: —¡Estás silbando, Juan!

— Es verdad.

— También nos enseñan que no silbemos por la calle.

— Tienes razón; lo hice distraído.

Jorge no oye la contestación de Juan. Ha visto en la puerta de su casa á Tito, el hermanito menor, y corre á darle un beso.

Biblioteca Nacional de Maestros

En su carrera, deja caer el paquete que con tanto cuidado llevaba. El papel se rompe, dando libertad á una preciosa palomita blanca.

— ¡Mi paloma! exclama Jorge consternado, mirándola alejarse. La cacé en la puerta del colegio. No tuve más que agacharme á recogerla, porque cayó á mis pies. ¡Yo pensaba hacerle un palomar!

— ¿Pensabas hacerle un palomar? preguntó don Augusto, apareciendo en el umbral de la puerta.

— Sí, papá; y todos los días hubiera traído alguna paloma de la calle hasta tener muchas.

— ¡Cuántos castillos en el aire! ¿No comprendes, hijito, que sólo por casualidad has podido traer ésta? Probablemente es una paloma mensajera que ha caído extenuada á tus pies, sin fuerzas para seguir volando En cuanto la soltaras, se te hubiese escapado, deseosa de llegar cuanto antes á su palomar.

Los niños contemplaron todavía unos minutos á la palomita que se alejaba, y, cuando la perdieron completamente de vista, entraron corriendo á saludar á su mamá, contándole, todos á la vez, el cuento de la paloma de Jorge.

Biblioteca Nacional de Maestros

LA MUELA DE MANOLO

Manolo tiene una muela enferma. ¡Pobre Manolo! ¡Cómo le duele! Si se la sacaran, no le dolería más. Pero Manolo tiene tanto miedo, que, apenas oye nombrar al dentista, corre á esconderse debajo de algún mueble.

¿Cómo hará su papá para llevarle á casa del dentista? Le llevará sin decirle nada.

Y Manolo sale muy contento de la mano de su papá.

— ¿A dónde vamos, papá?

Su papá no quisiera engañarle, pero si le dijera «á casa del dentista», Manolo se echaría á correr como un loco por la calle, hasta hacerse aplastar por un automóvil.

Ya han llegado. Y Manolo pregunta:

— ¿Quién vive aquí, papá?

El papá no le dice nada.

— ¿Quién es ese señor, papá?

El papá no le dice nada.

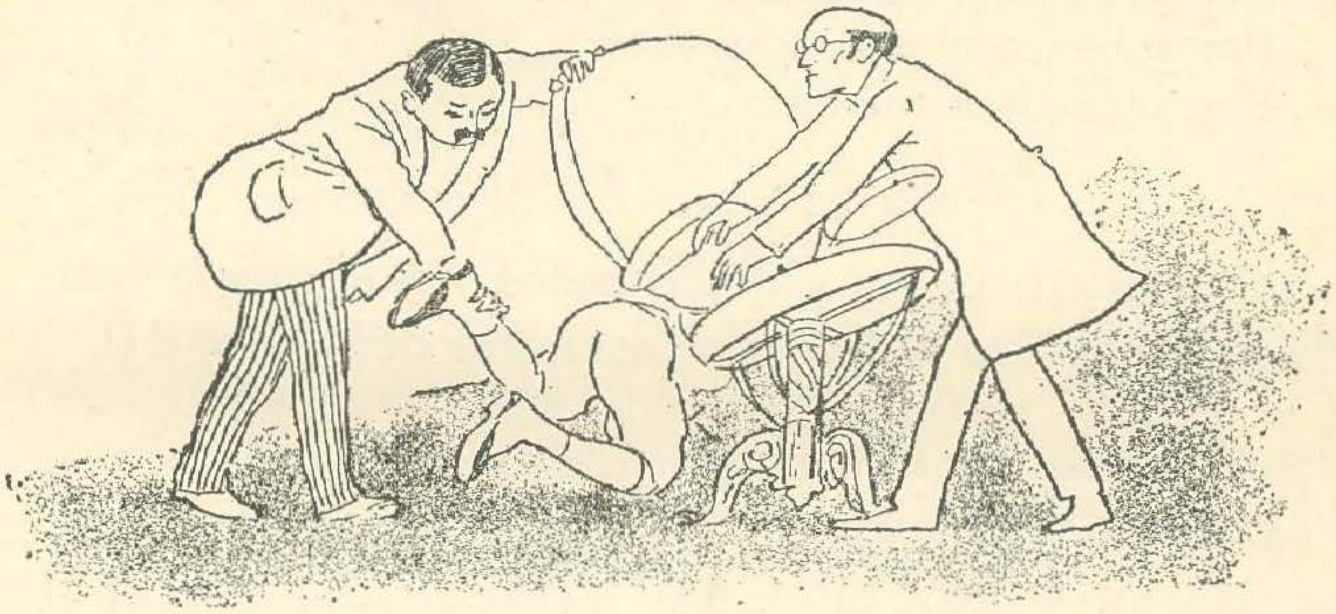
Pero, cuando al entrar en la sala, ve Manolo el gran sillón y los aparatos, ya no pregunta más.

¡Bien comprende de qué se trata! Y empieza á correr como un gato, sin saber lo que hace

Biblioteca Nacional de Maestros

Salta por sobre las mesas, pasa por debajo de las sillas, se agarra de la vitrina en que están los aparatos... Detrás de él corren, saltan el dentista y el papá.

¡Ah, Manolo! ¡Ya te cazaron!



Sujetos los brazos y las piernas, le abren por fuerza la boca, el dentista mete su tenaza y ¡zas!...

Mientras Manolo, apenas libre, corre escaleras abajo y su papá detrás de él, el dentista consternado, contempla, en la punta de su instrumento, una muelita blanca y brillante como una perla. ¡Le ha sacado una muela sana!

— ¡Pícaro chico! exclama enojado, ¿por qué se movería tanto?

Biblioteca Nacional de Maestros

Al día siguiente don Manuel recibe esta cuenta del doctor Müller:

	Pesos
Por dos sillas rotas.....	8
Por una vitrina y aparatos hechos pedazos	120
Por el pestillo de una puerta descompuesto	2
Por mi saco nuevo destrozado.....	20
Por sacar una muela.....	5
TOTAL.....	155

¡Ciento cincuenta y cinco pesos y una muela sana! ¡Hé ahí el precio del miedo insensato de Manolo!!!

LA FIESTA DE MANOLO

Entretanto, Manolo no podía comer caramelos; á veces no dormía, y lloraba, ¡tan agudo era su dolor de muelas! Entonces él mismo pidió que lo llevaran de nuevo á casa del dentista, pero no á la del doctor Müller, porque tenía mucha vergüenza.

Esta vez Manolo ni siquiera esperó á que se lo dijeran, para sentarse en el sillón del dentista, pues tenía gran prisa de verse libre de sus dolores. Además quería reparar su falta pasada, mostrándose muy valiente. El doctor Thompson se asombró de verle tan animoso.

Biblioteca Nacional de Maestros

Después de sacada la muela enferma, cesaron por fin los dolores, y Manolo tuvo tal alegría que quiso dar una fiesta, é invitó á sus primos Adita, Juan, Jorge y Tito, y á sus vecinos Max, Marco Arturo, Adrianita, Roberto, Margarita, Victorita, Dick y Angel.

En el patio de su casa había preparado varias hileras de sillas, como en el teatro, y con cajones, tablas y ramas, construyó el escenario.

Allí ejecutó Manolo muchas pruebas en su bicicleta, y pronunció un discurso.

Luego Max, con un traje adornado, como de torero, presentaba una capa punzó á Bravo, el perrito de Manolo. Bravo lo embestía como un verdadero toro.

Pero lo más lindo de la fiesta fué la representación de la «Caperucita roja». Adrianita, con la misma capa del torero y con una canastita en el brazo, hacía de Caperucita Roja.

Cuando llegó el momento en que el lobo, en la cama de la abuelita, dice: «Para comerte mejor», Marco Arturo lo dijo con una voz tan gruesa, con unos ojos tan terribles, y abriendo una boca tan grande, que Adrianita se asustó. Casi creyó que era verdad.

¿Quién de ustedes sabe el cuento de la Caperucita Roja? ¿Y quiénes sabrían representarlo como Adrianita y Marco Arturo?

Biblioteca Nacional de Maestros

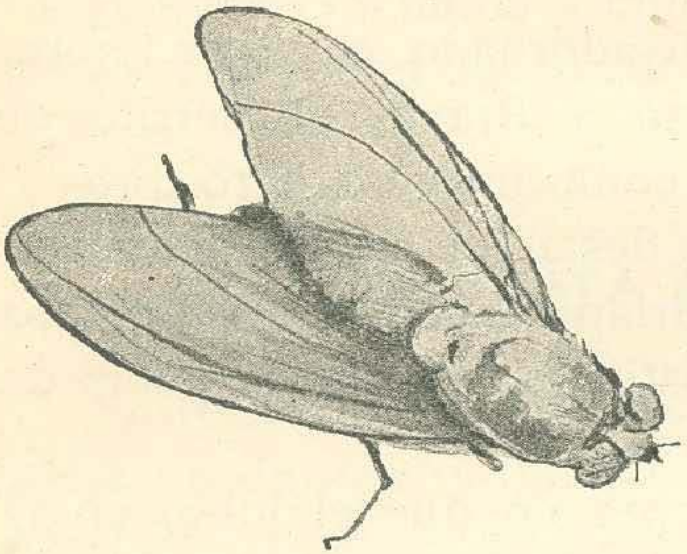
EL VIDRIO DE AUMENTO

—¿Quién me trae una mosca? pregunta don Augusto á sus hijitos.

— Yo, papá, dicen todos, y salen corriendo en busca de moscas que, como empieza el frío, no abundan ya.

Juan y Adita van á la cocina. Jorge se empeña en cazar al vuelo la única que se ve en el comedor.

Tito corre, y toma entre sus deditos una que ha visto presa en una telaraña, entre las plantas.



— Ya la cacé, dice triunfante.

—¿Tú ó la araña?

—Con la red de la araña, la cacé yo.

—Está bien. A Tito le toca mirarla primero con mi lente, dice el papá.

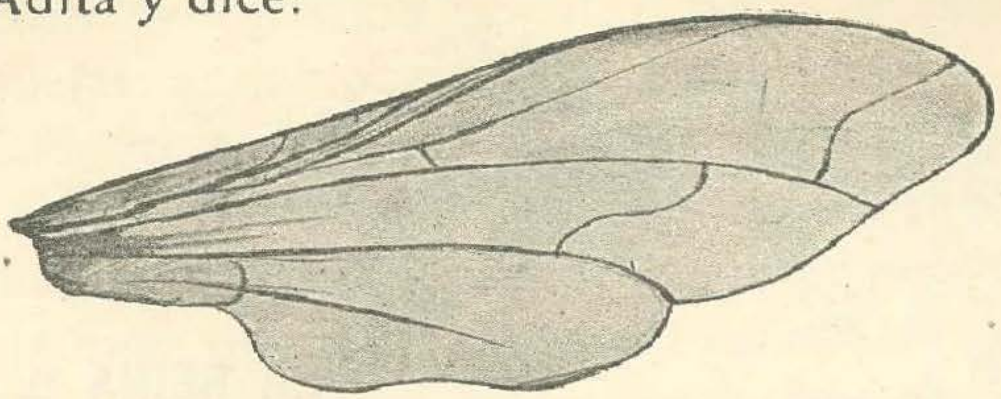
Y Tito mira la mosca á través del vidrio.

— ¡Qué fea! exclama, casi me da miedo con esa cabeza tan peluda, y con sus seis patas peludas también.

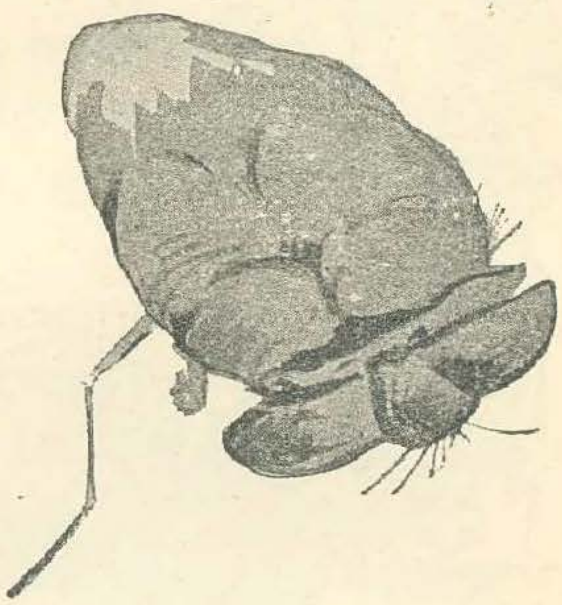
— ¿A ver? dice Jorge, ¡qué ojos tan grandes tiene! ¡Con razón no podía yo cazar la mía!

Biblioteca Nacional de Maestros

Mira Adita y dice:



—¡Qué bonita es el ala! Tiene venas como las hojas de las plantas. El borde es, en una parte, como un serrucho, y en lo restante como un flequito de seda. Parece una hojita de cristal.



—¿A ver? dice Juan, que estaba ya impaciente. ¡Hola! exclama al mirar; yo veo otra cosa... ¡Pobre mosca! tiene un bichito pegado..

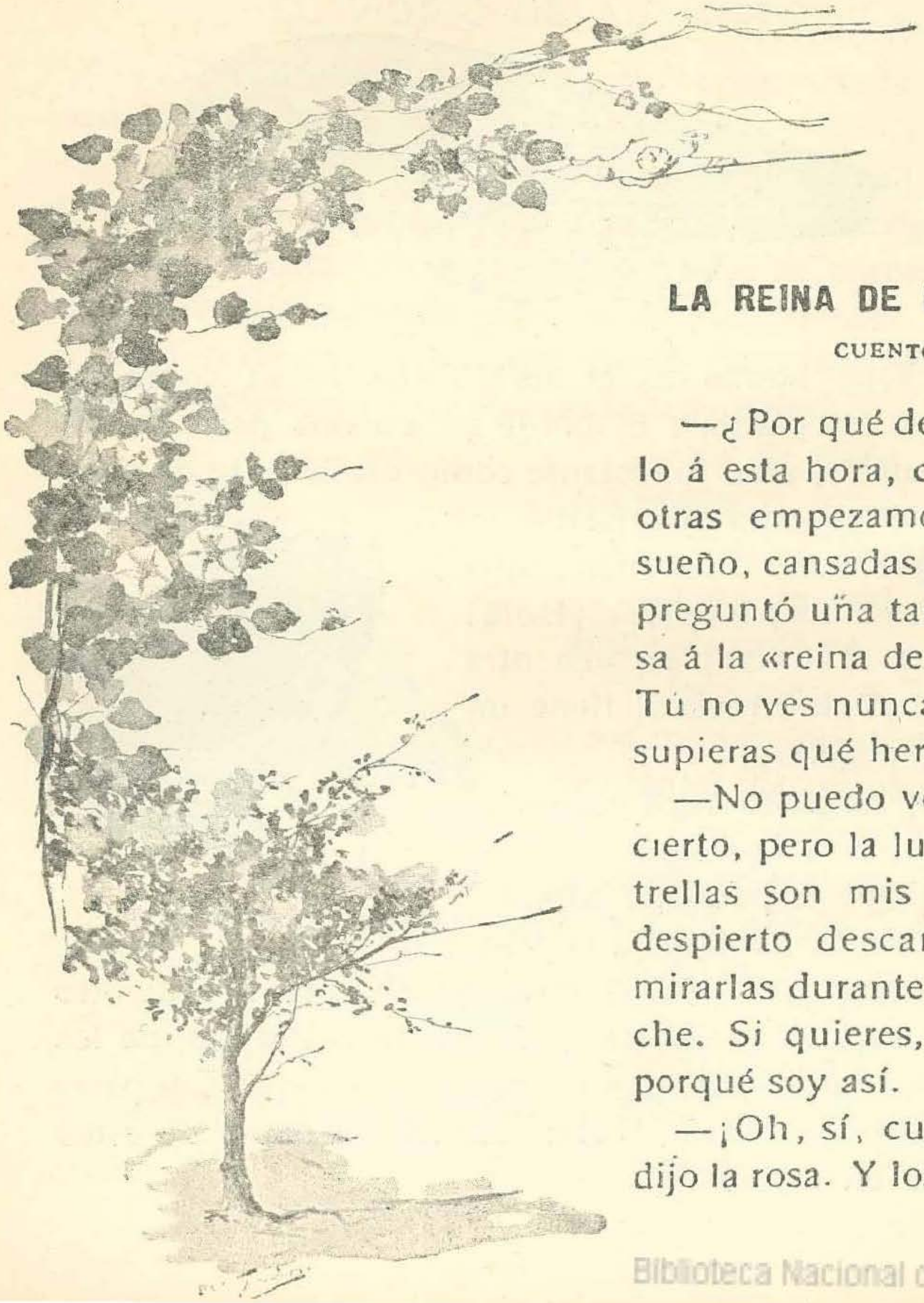
Don Augusto miró y dijo:

—Sí, es un *parásito*.

—¿Qué es parásito, papá?

—Parásito se llama á la planta ó animal que vive á costa de otra planta ó de otro animal á quien perjudica más ó menos. Por eso, de los hombres que no trabajan en nada se dice que son parásitos de la sociedad. Hacen en ella el papel de estos bichitos en la mosca.

Biblioteca Nacional de Maestros



LA REINA DE LA NOCHE

CUENTO

—¿Por qué despiertas sólo á esta hora, cuando nosotras empezamos á sentir sueño, cansadas ya del día?, preguntó uña tarde una rosa á la «reina de la noche». Tú no ves nunca el sol; ¡si supieras qué hermoso es!

—No puedo ver el sol, es cierto, pero la luna y las estrellas son mis amigas, y despierto descansada para mirarlas durante toda la noche. Si quieres, te contaré porqué soy así.

—¡Oh, sí, cuéntanoslo!, dijo la rosa. Y los pimpollos

Biblioteca Nacional de Maestros

se pusieron á escuchar tambien. A pesar de estar muertos de sueño, abrían sus pétalos de curiosidad.

—Cuando bautizaron á la primera de nosotras, dijo la «reina de la noche», mis padres invitaron á cuatro hadas del jardín, sin acordarse de que existía otra hada más, que tenía muy mal carácter.

Acudieron las cuatro hadas buenas al bautismo, y la primera dijo:

— Que sea siempre blanca.

— Que conserve la forma de una estrella, para que sea la preferida de los astros, dijo la segunda.

— Que sea perfumada, dijo la tercera.

En esto, el hada de mal carácter, que no había sido invitada, y estaba por ello furiosa, gritó desde lejos:

— ¡Que duerma todo el día!

Felizmente, la cuarta hada buena no había pronunciado aún su voto, y me salvó diciendo:

— Pero que despierte fresca y lozana con la primera estrella...

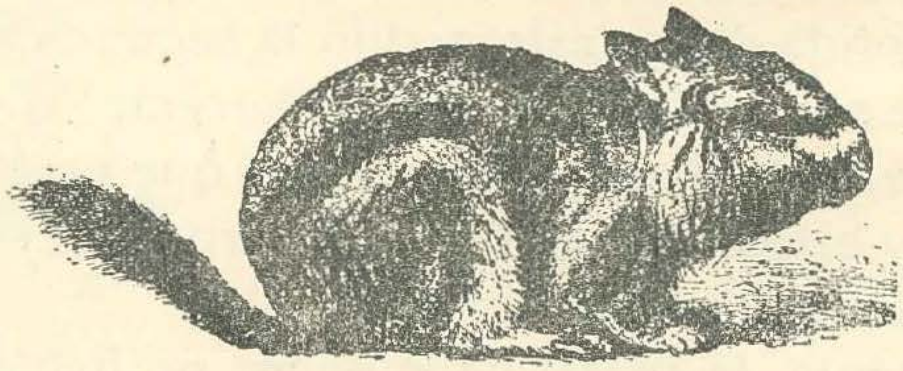
Y por eso, al anochecer, cuando vosotras inclináis vuestros tallos, yo levanto la cabeza para contemplar esa primera estrella que es mi mejor amiga. A los que pasan delante de mí les parece que despierto para decirles con mi perfume: ¡buenas noches!, por lo cual muchos me dan también el nombre de «buenas noches».

Biblioteca Nacional de Maestros

— ¡Buenas noches! dijeron las rosas que ya se dormían, porque habían madrugado mucho. Es muy linda tu historia.

— ¡Buenas noches! dijeron los pimpollos, y se quedaron dormidos. Pero la «reina de la noche» siguió conversando con la primera estrella que parecía su espejo.

VIZCACHA, VIZCACHÓN Y VIZCACHITA



¡Qué curiosidad tiene Juancito de conocer las vizcachas!

En la quinta, que estuvo unos años abandonada, hay algunas. Juancito las ha visto de lejos, á la luz de la luna, y lo único que ha podido observar es que se parecen á las liebres y á los conejos.

— Es que pertenecen, como ellos, á la familia de los *roedores,* le explica su papá.

Como durante el día las vizcachas permanecen

Biblioteca Nacional de Maestros

escondidas en sus cuevas, bajo tierra, Juancito, que quiere verlas en plena luz, pregunta:

—¿No se puede cavar un pozo para encontrarlas?

—Habría mucho que cavar, le contesta don Augusto. Las galerías subterráneas que conducen al salón donde se reúnen las vizcachas, tienen varios metros de largo, y dan muchas vueltas.

Para ver si consigue hacerlas salir, Juancito llama á Pipo, que es gran cazador, y le dice: «¡busca! ¡busca!». Pipo olfatea, mete la cabeza por la abertura de la cueva, y gruñe.

Las vizcachas contestan desde adentro con otro gruñido. Pero Pipo es muy gordo y no puede entrar en la *vizcachera*. Juancito busca entonces al perro del vecino. Boby, que es también cazador y muy bravo, pero flaquito, desaparece por el tubo subterráneo.

Se oyen ladridos, gruñidos... Juancito está inquieto. Entre todas las vizcachas ¿no lo matarán?...

Al rato le ve salir arañado y jadeante.

—¿Eran muchas, Boby? le pregunta. El perro sólo le contesta mirándole con ojos encendidos. Juan, no le permite repetir la prueba, pues sabe que las vizcachas tienen dos dientes largos y arqueados, capaces de hacerle mucho daño. Lo ha visto en una osamenta encontrada al borde de la cueva.

Biblioteca Nacional de Maestros

También allí ha encontrado algunos objetos duros y brillantes, vidrios rotos, huesos y hasta un reloj de lata de Tito. ¿Para qué querrán esas cosas las vizcachas? se pregunta con curiosidad.

Como un paisano le ha dicho que esos animales se reúnen de noche á rezar, alrededor de sus cuevas, una noche deja abierta la puerta de su cuarto, y desde la cama escucha con atención. Muy pronto los oye...

¡Oh! ése no reza, piensa Juancito al oír un gruñido; es un vizcachón viejo..., se diría que rezonga. . ¡Ah! ahora oigo que rezan. ¿Será la vizcacha grande? ¡Las vizcachitas parece que estornudan! ¡Qué risa! Ahora discuten todas á la vez.

A la noche siguiente, no contento con oírlas desde su cuarto, se sienta delante de la cueva y espera inmóvil, en medio de la oscuridad. Ve salir primero una vizcacha, después otra... y otra...

Juancito las reconoce. «Éste es el rezongón, ésta es la rezadora y éstas son las vizcachitas que estornudan cuando hablan», se dice. Y como está tan quieto y en la sombra, las vizcachas, que no saben lo que es, le rodean, llenas de curiosidad.

Pero cuando empieza la discusión y el vizcachón da un gran resoplido, como diciendo: «¡cállense to-

Biblioteca Nacional de Maestros

dos!» Juancito se asusta y echa á correr. Y las vizcachas despavoridas, se dispersan por la quinta.

—¡Al fin las he visto de cerca! dice Juan triunfante.

Y muy á tiempo, porque á la mañana siguiente don Augusto resuelve exterminarlas, para plantar legumbres, flores y frutas.

—¿No sirven para nada? pregunta Juancito.

—Son animales poco estudiados todavía, le contesta el padre. Hay quienes cazan á tiros á las vizcachas para comerlas, y dicen que, tiernitas, son sabrosas.

Entre don Augusto y don Tomás, con muchas precauciones, pues se trata de algo sumamente peligroso, encienden en la boca de la cueva una pequeña cantidad de sulfuro de carbono. El humo entra por las galerías, llegando á envenenar y asfixiar á las vizcachas.

—¡Pobres animales! pero hay que matarlos, porque destruyen toda la quinta.

—Por allá sale humo, advierte Juancito, descubriendo en el otro extremo del terreno, una boca de la vizcachera, que tapan en seguida con piedras y tierra.

Y á la noche siguiente Juancito escucha... Ni vizcachón, ni vizcacha, ni vizcachita... Todo está en silencio... ¡Ya no rezarán más á la luz de la luna! ¡Pobres vizcachas!

Biblioteca Nacional de Maestros

LA HUERTA

El terreno que rodea la casa de don Augusto es suficientemente extenso para poder dedicarlo al cultivo de flores, frutas y legumbres.

Don Augusto llamó á un quintero hábil para que le ayudara á convertir aquella tierra inculta en una huerta.

La llegada de don Tomás y su familia fué un acontecimiento que festejaron con entusiasmo chicos y grandes.

Don Tomás, con su larga barba negra, inspiró al principio mucho miedo á Tito, pero se mostró luego tan bondadoso para con los niños, que conquistó inmediatamente el afecto de todos.

La huerta quedó pronto terminada, porque fueron muchos los obreros que en ella trabajaron: Don Tomás, su esposa doña Micaela y sus dos hijos mayores Eustaquio y María. Don Augusto, Adita, Juan y Jorge les ayudaban también.

El antiguo cerco de postes y alambres estirados que rodeaba la propiedad, fué reemplazado por un cerco de alambre tejido para impedir la entrada de perros y gatos vagabundos.

Después de destruir todos los hormigueros, plantó don Tomás, cerca del alambrado, árboles frutales;

Biblioteca Nacional de Maestros

duraznos, damascos, perales, guindos, ciruelos é higueras.

Dejando el frente del terreno para jardín, dividió la parte del fondo en cuatro cuadros separados por dos calles anchas y apisonadas.

Adita y María, sosteniendo una cuerda, cada una por un extremo, ayudaron á medir los cuadros; y para conservar el trazado de las calles, Juan, Jorge y Eustaquio plantaron en los bordes tomillo y orégano.

Subdividió don Tomás los cuadros grandes en otros más pequeños, separados por caminitos angostos. Y después de cavar y desmenuzar muy bien la tierra, la mezcló, para abonarla, con hojas secas y estiércol, dejándola así preparada para la siembra.

Sembró primero don Tomás habas y arvejas dentro de pequeños surcos, en montoncitos de tres ó cuatro semillas.

Preparó *almácigos* de cebollas, de perejil y de otras hortalizas que se siembran en otoño, lo mismo que de coles, coliflores, escarolas, lechugas y remolachas, plantas que pueden sembrarse todo el año.

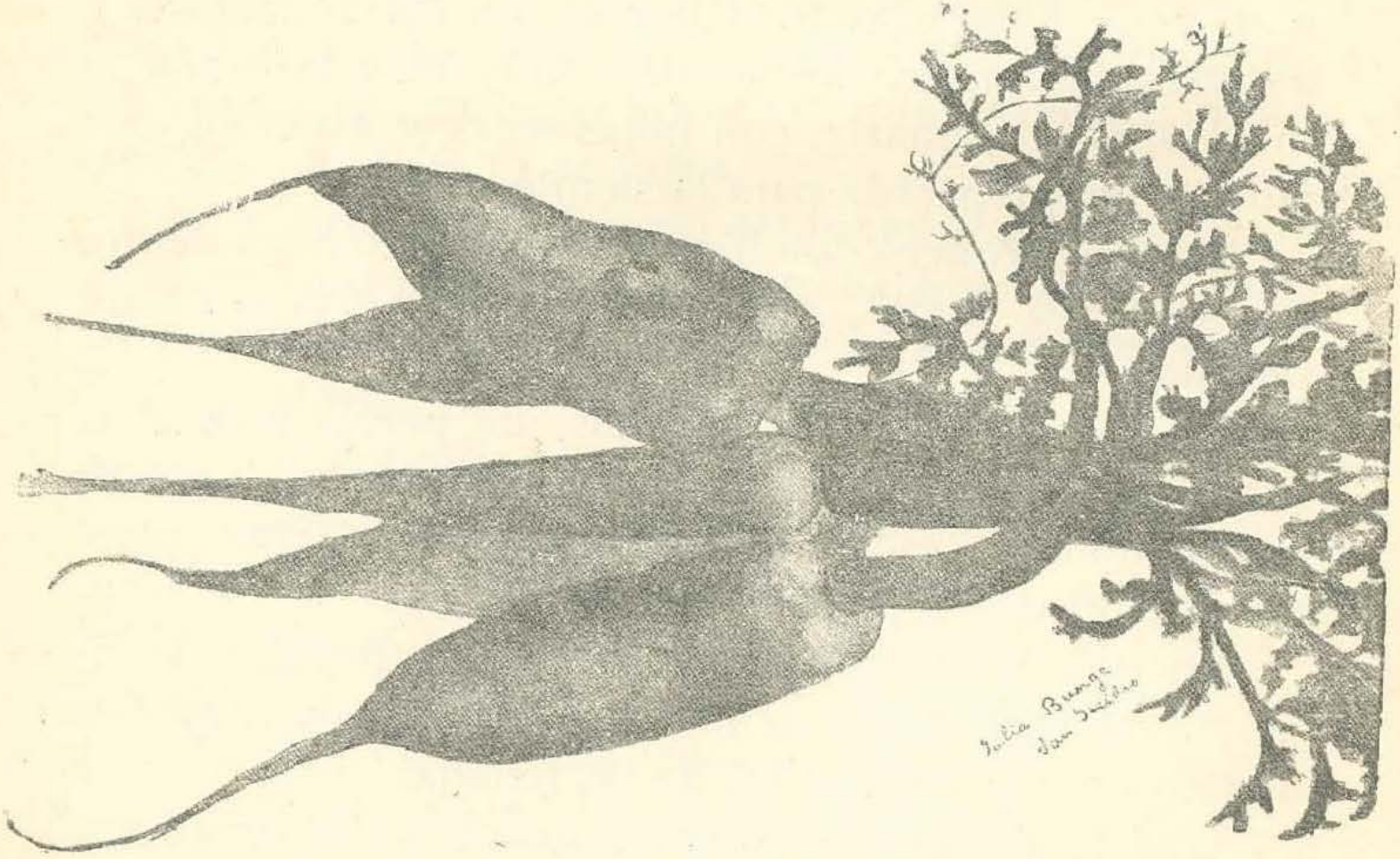
Luego regó abundantemente los sembrados, y, finalmente, cubrió las semillas con una capa muy fina de tierra para preservarlas de las heladas.

Don Tomás preparó además otros cuadros para sem-

Biblioteca Nacional de Maestros

brar, cuando llegase la primavera, alcauciles, papas, batatas, tomates, ajíes, berenjenas, apio, orégano, tomillo, zanahorias, salsifíes, melones, sandías, zapallos, porotos y lentejas.

Don Augusto está satisfecho, porque sabe que pronto empezarán á brotar las legumbres Entonces no necesitarán ir á buscarlas al mercado y las comerán más frescas Y pasados tres ó cuatro años, cuando esté también el jardín concluído, y todas las plantas crecidas, tendrán en abundancia legumbres, frutas y flores.



UN PRODUCTO DE LA HUERTA

Biblioteca Nacional de Maestros

CANCIÓN DEL SOL

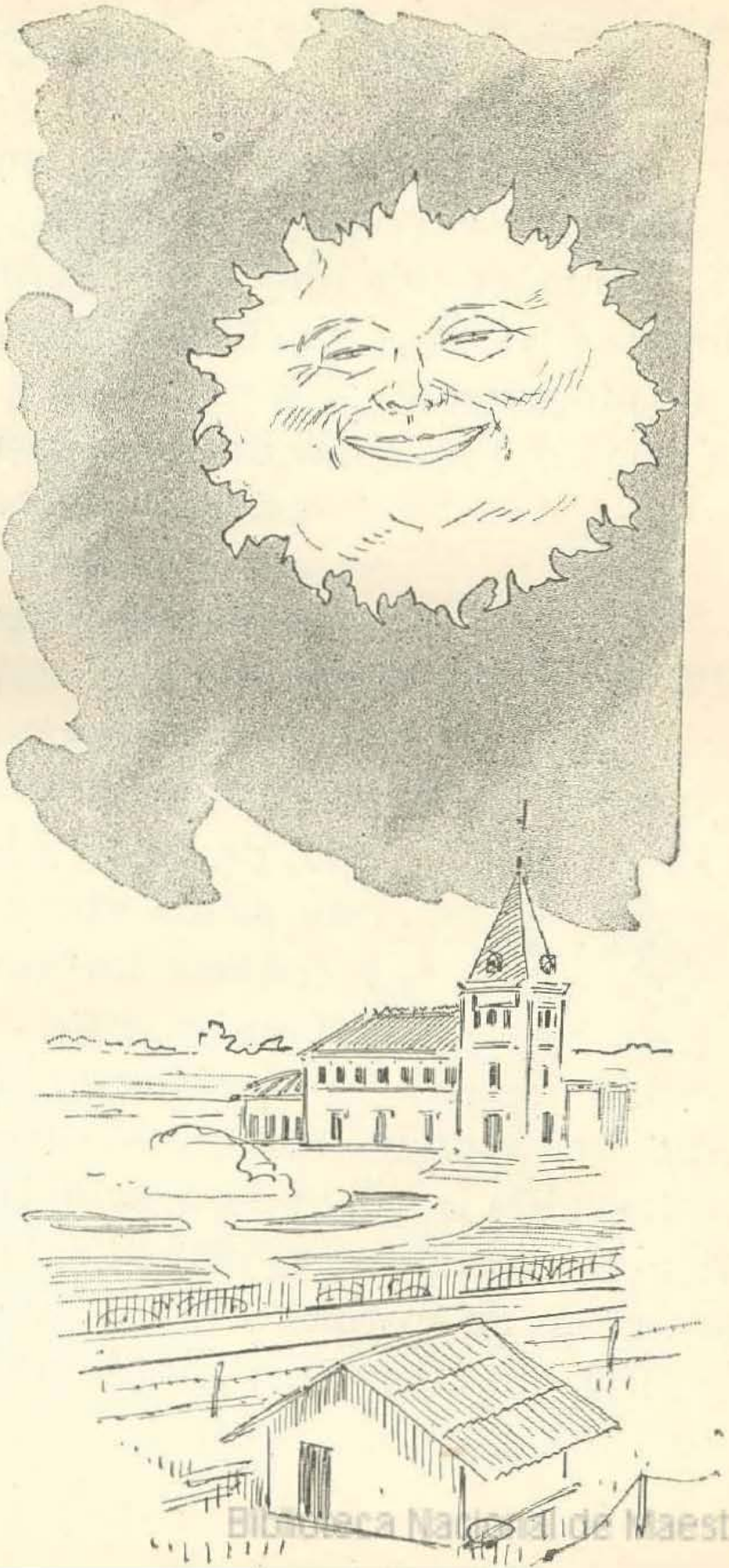
¿Quién no me ama?
Doy luz, caliento,
Y no soy llama
Que apaga el viento

La espiga doro,
Para que abunde
El pan, soy oro
Que nadie funde.

Yo nazco hermoso,
Y hermoso muero,
Vivo glorioso,
Y á todos quiero.

Baño el espacio
Y la montaña;
Entro al palacio
Y á la cabaña.

Al pobre, al rico,
Con tierno amor,
Al grande, al chico
Doy mi calor.



Biblioteca Nacional de Maestros

LO QUE HA APRENDIDO ADITA

¡Qué relucientes y bonitas son las botas nuevas de Adita! Se las pone para salir á paseo.

Como es una niñita muy ordenada, Adita no sale sin arreglar antes su cuarto. Toma una escoba, lo barre cuidadosamente, y echa luego al cajón de los papeles la caja en que le llevaron los botines.

Llega á los pocos minutos María, ve en el cajón la caja de cartón que todavía está limpia, y se la lleva á su casa.

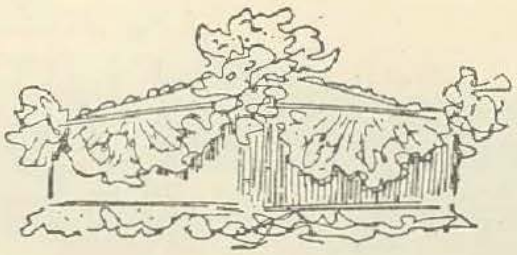
Con harina y agua hace engrudo; y con una tirita de trapo, pega la tapa á la caja, de modo que ésta pueda abrirse y cerrarse sin que la tapa se salga.

Luego, con unos recortes de muselina y puntillitas que le diera Adita, forra la caja, y ya concluída, la pone sobre la mesa para guardar sus útiles de costura.

Esa misma tarde, Adita entra en el cuarto de María

Biblioteca Nacional de Maestros

y, al ver la caja forrada, exclama: ¡Qué precioso costurero!



—¿Lo quieres? tómalo, dice María.

—¿Pero entonces te quedas tú sin él?

—No importa, yo haré otro.

—¡Cómo! ¿Lo has hecho tú?

—Sí, Adita, con una caja que tiraste por inservible y con unos trapitos que me diste el otro día.

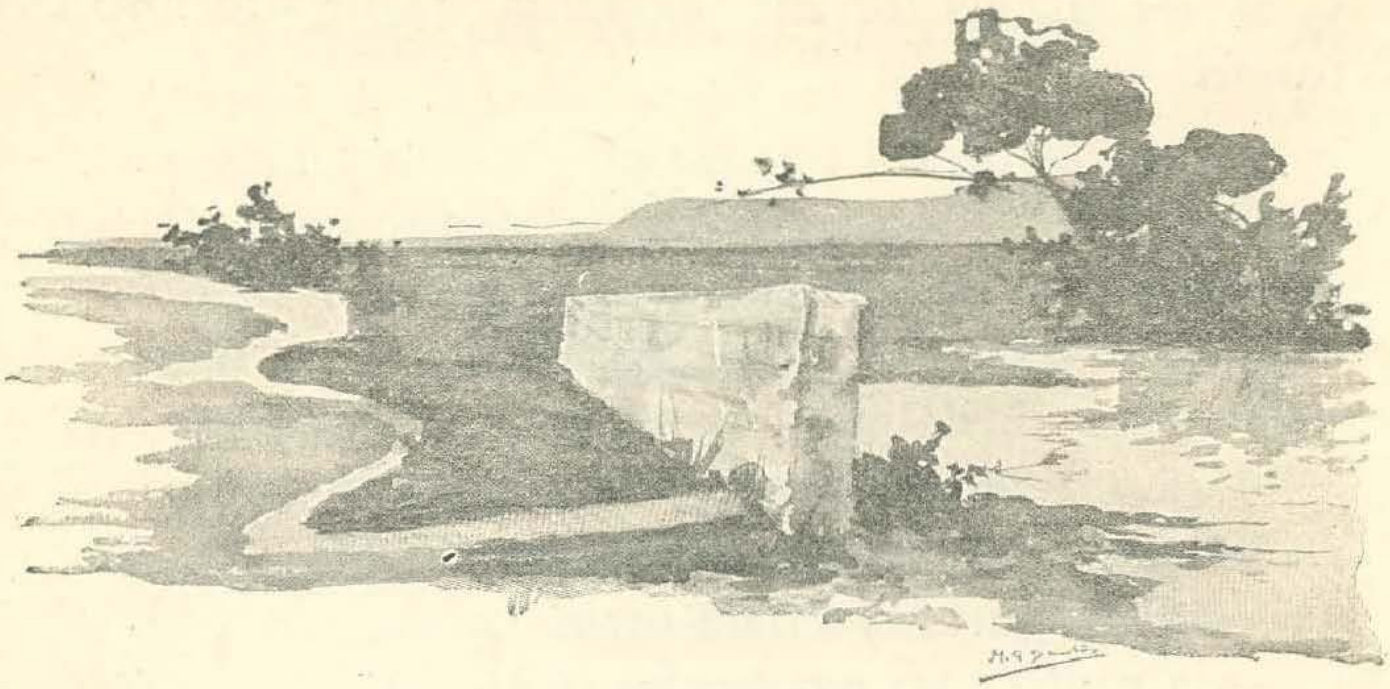
Adita no puede creer á sus ojos. No se anima á recibir el regalo.

Al fin lo acepta, y dice á María:

—Tú me regalas este costurero, pero yo quiero hacerte otro igual.

Desde entonces Adita ha aprendido muchas cosas. Sabe que todo se aprovecha, y que, antes de tirar un objeto, hay que ver si puede emplearse en algo útil para nosotros ó para los demás.

Biblioteca Nacional de Maestros



EL ESTANQUE

—Papá, cuando veníamos en el tren, vimos unos cajones á la orilla de una laguna. ¿Por qué estarían allí?

—¿Cómo eran los cajones?

—Muy grandes. Un hombre dijo que tal vez estuvieran llenos de peces destinados á poblar la laguna.

—Es muy posible... ¿Era una laguna formada por la lluvia, ó recibía el agua de algún arroyito?

—Recibía el agua de un arroyo, y, para que el agua no se escapara, le habían hecho una pared en un lado.

—Esa pared se llama *tajamar*. El tajamar tiene una pequeña abertura para dar salida al agua. Gracias á esa

Biblioteca Nacional de Maestros

abertura, el estanque no se desborda, y el arroyito puede continuar su curso. ¿Quieres que te diga qué clase de pescados echaban allí?

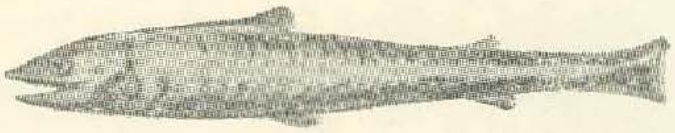
—¿Pero cómo puedes saberlo?

—¿Había árboles alrededor de la laguna?

—Muchos y muy grandes. Y también en las orillas del arroyo.

—Pues entonces serían truchas. La trucha gusta de las aguas frescas de los estanques que tienen árboles en las orillas, y teme el *limo* de las aguas estancadas. La época mejor para poblar con truchas un estanque es el otoño. Como estamos en mayo, como había árboles á orillas del agua, y las aguas eran renovadas continuamente por un arroyito, pienso que eran truchas.

—¿Y cómo son las truchas, papá?



—Se parecen mucho al salmón. Tienen el vientre plateado y el lomo verde. Su carne es exquisita. Sin duda el dueño de esa laguna pensaba hacer un buen negocio, porque las truchas se multiplican rápidamente O tal vez fuera algún hombre caritativo, como hay algunos, que, cuando tienen un estanque en su quinta ó

Biblioteca Nacional de Maestros

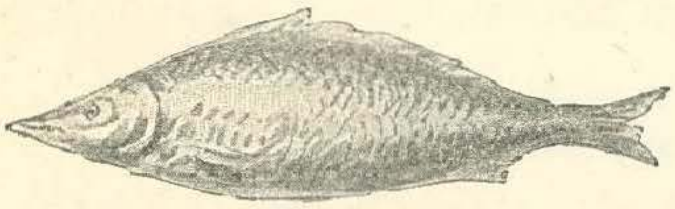
estancia, lo llenan de truchas ú otros pescados. Pasados dos años, durante los cuales prohiben la pesca, permiten á los pobres que vayan á pescar allí, proporcionándoles así un alimento excelente. Si el estanque no es á propósito para truchas, lo llenan de carpas y anguilas.

—¿Y cuándo es á propósito para carpas?

—Las carpas prefieren las aguas fangosas, estancadas, el agua tibia de los estanques que no tienen árboles en las orillas.

Para las anguilas todas las aguas son buenas. Pero son tan voraces, que no se pueden tener en gran cantidad con otros peces porque los exterminarían. Y no conviene poblar un estanque con anguilas porque son inferiores á las truchas y á las carpas.

—¿Y cómo son las carpas y las anguilas?



—Las carpas tienen el lomo encorvado, de color castaño dorado y el vientre blancuzco amarillento. Son más chicas que las truchas, pero su carne es también muy nutritiva y agradable.

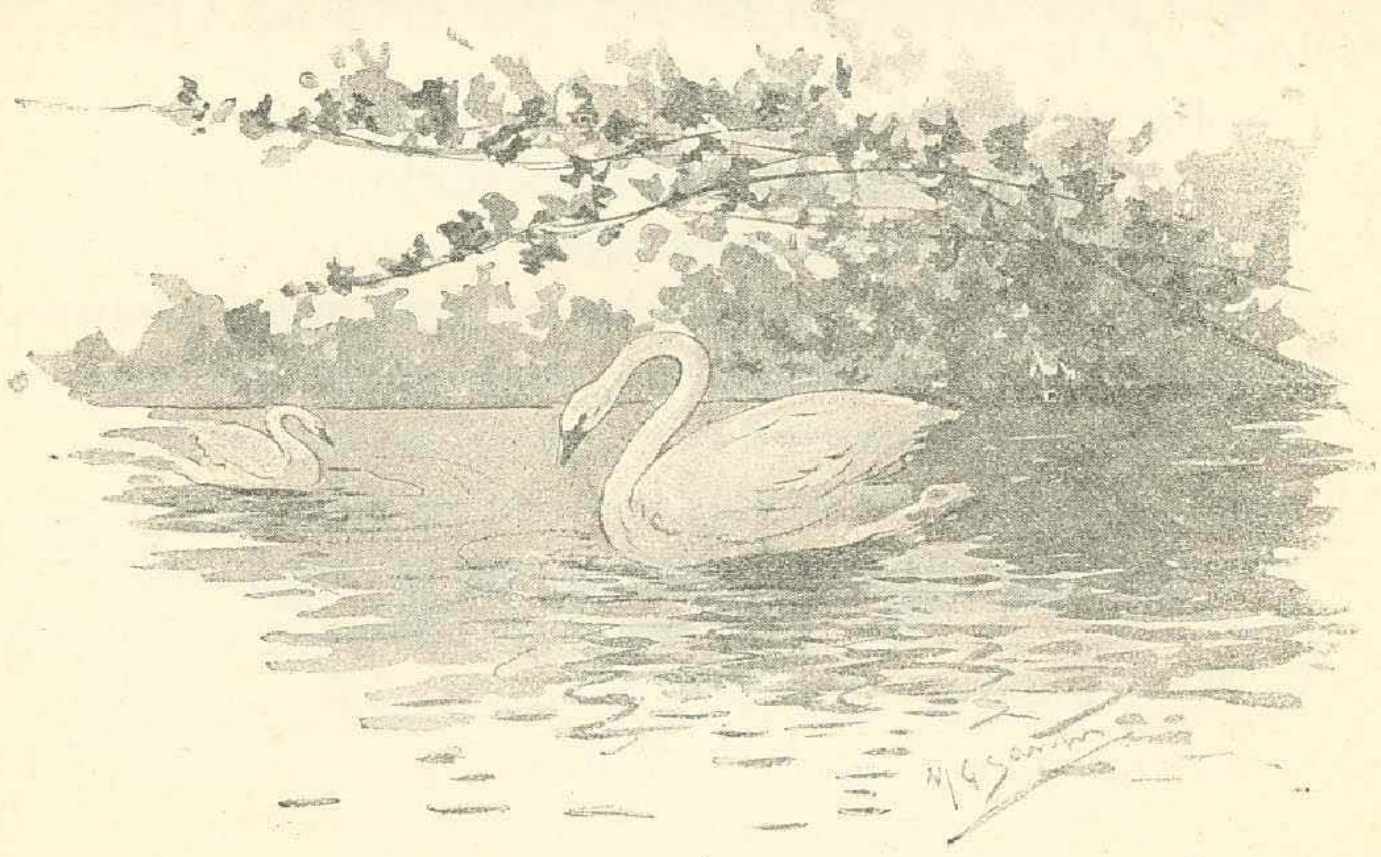
Las anguilas le darían miedo á Tito si las viera,

Biblioteca Nacional de Maestros

porque se parecen mucho á las víboras. Nadan con suma ligereza y andan en tierra con la misma rapidez. Son muy difíciles de agarrar, porque resbalan entre las manos como si estuvieran untadas con aceite. A veces tienen más de un metro de largo.

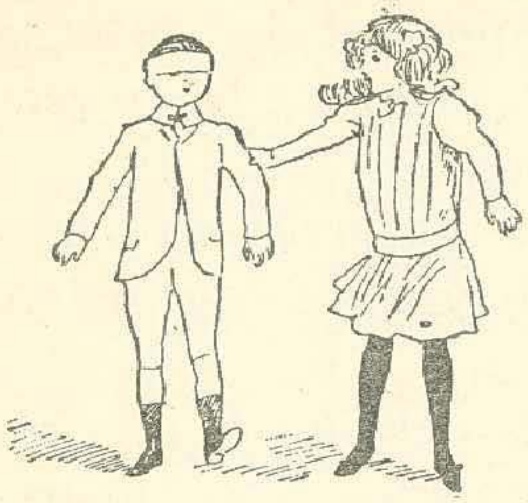
Esos son los peces que mejor prosperan en los estanques. En el río y en el mar hay otros muchísimos muy sabrosos y nutritivos.

Entre todos los de la América del Sud el pejerrey, como su nombre lo dice es el rey de los peces. Es muy apreciado también en Europa á donde es transportado en frigoríficos.



Biblioteca Nacional de Maestros

JUEGO DE ORIENTACIÓN



Le vendo los ojos á Juancito.

Le hago dar vueltas en el jardín para *desorientarlo*.

Frente al portón le pregunto: ¿dónde estás?

—Frente á la cocina, dice Juancito.

Le hago dar vueltas de nuevo. Frente á la cocina le pregunto: ¿dónde estás?

—Frente al portón, dice Juancito.

Le hago dar vueltas por tercera vez. Y le pregunto: ¿dónde estás?

—Frente al gallinero.

—Esta vez, Juancito, has acertado.

Le quito la venda de los ojos.

Y ahora Juancito hara lo mismo conmigo hasta que yo sepa decir dónde estoy.

Biblioteca Nacional de Maestros

EL SANTO DE LA SEÑORITA ELCIRA

Carta de Margarita

Querida Angélica: ¡Qué lindo día hemos pasado! ¡Cuánto siento que hayas tenido que ausentarte tan pronto! Quiero por lo menos contártelo todo, para que, aunque sea desde lejos, participes de nuestra fiesta.

Hoy era el santo de la señorita Elcira. Yo lo sabia por mamá, que es muy amiga de la señorita. Lo conté á los chicos en el recreo, y entre todos nos propusimos darle una grata sorpresa.

Con permiso de la directora, entramos más temprano que de costumbre á la clase. Cada uno de nos-

Biblioteca Nacional de Maestros

otros llevaba algunas flores así es que reunimos una buena cantidad. Pusimos las más lindas sobre el pupitre de la señorita, y con las restantes y ramas verdes adornamos los retratos de los grandes hombres, y el mapa de la república. ¡Qué bonita quedó la clase! ¡Y qué sorpresa la de la señorita!

Manolo quiso, el día anterior, componer él mismo los versos que le habíamos de decir. Empezaba:

«Buenos días, señorita,
mantantirulirulá.»

pero no sabía seguir

Entonces fuimos á pedirle á don Augusto que nos escribiera la composición.

Nosotros nos reíamos de ese comienzo de Manolo.

—Eso está bueno para jugar, decíamos, pero no para decírselo á la señorita.

—¿Y por qué no? dijo don Augusto. A la señorita le agradará que piensen en ella con alegría.

Y Manolo recitó, en nombre de todos, los versos compuestos por don Augusto:

Buenos días, señorita,
mantantirulirulá;
con nuestros juegos y cantos
hoy te queremos honrar.

Pues es tu mayor elogio
nuestra alegría ¿verdad?
En ella ves reflejadas
tu paciencia y tu bondad.

Biblioteca Nacional de Maestros

Y tú nos has enseñado
que la alegría es el pan
que no se compra con oro,
mas con buena voluntad.

—

Que, cumpliendo los deberes,
se llena el alma de paz,
y se enciende en la conciencia
una inmensa claridad.

—

Yo sé que toda tu vida
trabajaste con afán,
para enseñar á los niños
alejándolos del mal

Con cariño nuestras rosas
recibe, pues. — ¡Ojalá
seamos tu recompensa,
sin disgustarte jamás!

—

Pero ofrecerte queremos
una flor de otro rosal,
una palabra escogida
en un libro de verdad

—

Dice ese libro que un día,
en cielo de eterna paz,
los que en la tierra enseñaron
como estrellas brillarán.

Buenos días, señorita,
mantantirulirulá.

¿Te gustan? La señorita nos dio las gracias conmovida. Y nosotros nos sentimos felices al ver que le habíamos causado tanto contento manifestándole nuestro cariño.

Te abraza

MARGARITA.

Biblioteca Nacional de Maestros

UN NIÑO OBSERVADOR

—¡Mira, papá, la luna! ¡Cómo corre delante de mí cuando yo corro!

—Yo también corro y corro, y no puedo alcanzarla ni dejarla atrás, ¿por qué, papá?

—Es, hijo mío, porque la luna está demasiado alta y demasiado lejos para que podáis, corriendo, aumentar ó disminuir sensiblemente la distancia que os separa de ella. Por eso la veis siempre delante y os parece que corre con vosotros.

—Pero, aunque nosotros no corramos, la vemos caminar, papá; se esconde detrás de las nubes, y vuelve á aparecer más lejos.

—Lo que veis moverse no es la luna, son las nubes. Me gusta que seáis observadores, y que preguntéis. Es el mejor modo de aprender. Había una vez un niño que no tenía aún siete años, y se pasaba ya largas horas contemplando los astros. Una noche se entabló entre él y sus amiguitos una discusión. Sus compañeros imaginaban, como vosotros, que las nubes estaban inmóviles, y que era la luna la que veían pasearse por el cielo. El pequeño observador decía, por el contrario, que estaba persuadido de que la luna no tenía movi-

Biblioteca Nacional de Maestros

miento apreciable á la vista, y de que eran las nubes las que se movían con tanta rapidez.

Las razones no convencían á sus compañeros. ¿Qué hizo el niño? Los condujo debajo de un árbol, y les hizo observar cómo se veía la luna constantemente entre las mismas ramas, mientras que las nubes pasaban y desaparecían á sus ojos

Ese niño observador fué más tarde un sabio astrónomo; el célebre Gassendi.

Biblioteca Nacional de Maestros

SUEÑO DEL 8 DE JULIO

—¡Qué lindo sueño tuve anoche, señorita!

—Cuéntalo, Manolo.

—Vi venir á San Martín en su caballo, como está en la plaza del Retiro, me dió una espada y me dijo: «Sé valiente.»

Vino luego Belgrano. Me prendió en el pecho una escarapela azul y blanca, y me dijo: «Ama y defiende tu bandera, que es el símbolo de la Patria.»

Rivadavia me dejó una balanza con estas palabras: «Sé honrado, trabajador y justo.»

Apareció Sarmiento. Me dió un libro, y me dijo: «Sé estudioso.»

Y Mitre me puso su chambergo, diciéndome:

Biblioteca Nacional de Maestros

«Imita á los hombres que honran á su país, y saben hacerse querer del pueblo.»

En esto llegó mamá, me dió un beso, y me dijo: «Sé bueno.»

Pero esta vez ya no era un sueño. Mamá me despertaba con este saludo: «¡Sé bueno; levántate prontito!» Le conté entonces mi sueño, y ella me contestó: «Lo que has soñado es muy hermoso, y para que no lo olvides, tu papá te regalará una espada. Aquí está la escarapela que he cosido en tu solapa para que la lleves á la fiesta de la escuela.»

—Sí, Manolo; tu sueño es muy verdadero y muy hermoso, y aquí en nuestra clase recordarás todos los días el consejo de Sarmiento, pues fué él, cómo sabes, quien abrió las escuelas para todos los niños. Pero te lo recordará mejor que nada este libro, que es sin duda el que Sarmiento te presentaba. En él encontrarás el ejemplo de muchos hombres que fueron honrados, valientes, trabajadores y justos, é hicieron la gloria de su Patria.

Estúdialo con cariño. Todas sus páginas son hermosas: es la Historia Argentina.

—¡Viva la patria! ¡Viva la República Argentina! ¡Juremos amar siempre su bandera!

Biblioteca Nacional de Maestros

SERVIR Á LA PATRIA

—Estoy deseando que haya una guerra en mi país, señorita.

—No digas eso, Max; la guerra es terrible, cruel.

—Es que yo quiero pelear para defender á mi patria.

—Sí, se debe defender á la patria cuando es atacada, pero una guerra no debe desearse jamás; todo país sufre mucho con ella.

—Pero usted, señorita, nos ha dicho que debemos servir á la patria. ¿Y cómo la serviremos si no hay guerras?

—No creas, Max, que sólo se sirve á la patria con la espada. Se la sirve igualmente con la pluma, con el arado... Todo hombre que trabaja sirve á la patria. La sirve todo buen ciudadano; y no sólo los que pelean son buenos ciudadanos.

Los labradores la hacen rica cultivando su suelo.

Los buenos gobernantes, los hombres que han estudiado mucho, hacen el bien á la patria dictando sabias leyes que mantienen la moral y el orden público.

Biblioteca Nacional de Maestros

Hacen bien al país los que saben mantenernos en buenas relaciones con el extranjero; los hombres de ciencia que cuidan de la salud pública, y facilitan con sus descubrimientos el trabajo y la producción.

Sí, todo hombre que trabaja honradamente, ya sea que siembre ó que estudie, que maneje la espada, ó se dedique al comercio, trabaja para el engrandecimiento de su país.

Vosotros, niños, que estudiáis en esta escuela, estáis ya sirviendo á la patria, porque la instrucción de los niños aumenta la felicidad y el honor del país.

Un hombre de bien sirve á su patria en todos los actos de su vida.

Biblioteca Nacional de Maestros

CUANDO SEA GRANDE

—Cuando sea grande, decía Manolo, una tarde en el recreo, serviré á mi patria, seré escritor.

Max le repuso

—Más la serviré yo, que voy á ser general.

—La señorita nos ha dicho que se sirve á la patria en cualquier trabajo ó estudio, contestó Manolo. Hay un proverbio que dice: «Más fuerte es la pluma que la espada.»

Marco Arturo intervino:

—Más poderoso es «el bastón presidencial» ó «la cartera de ministro». Cuando sea grande seré presidente como mi tío abuelo ó ministro como mi abuelito.

Los niños que los rodeaban, miraron á Marco Arturo con respeto, imaginándole ya presidente. Pero Jorge, que también estaba en el grupo, dijo con desdén:

—Lo que es á mí nada me importa ser presidente, militar ó escritor. Yo quiero andar por el aire y cruzar los mares. Seré ingeniero mecánico, construiré buques y aeroplanos.

Biblioteca Nacional de Maestros

—Yo me contento con la tierra que es lo más hermoso, dijo Juan. Seré agricultor... cultivaré las plantas que son tan indispensables á nuestra vida.

—Sí, aprobó Manolo; no hay nada más noble que trabajar la tierra y obligarla á que nos dé sus frutos.

—Yo seré artista, dijo Victorita.

—Y yo vigilante, dijo Roberto.

María Delia quiso ser señora y princesa.

Margarita le recordó que las señoras y las princesas también trabajan.

—Entonces, dijo María Delia cambiando de parecer, quiero ser «la libertad». Y tomando un papel rojo, lo dobló imitando el gorro frigio de la estatua, y se lo puso..

Todos se inclinaron ante «la libertad», como ante la imagen de la patria, rindiéndole sus homenajes.

Manolo le ofreció su pluma, Max su espada, Juan su arado, Jorge su compás, Marco Arturo su bastón presidencial, y Roberto su machete.

María Delia dió las gracias y sonrió á todos.

Biblioteca Nacional de Maestros

EN INVIERNO

Ya han enmudecido las pobres chicharras
Y sólo del viento se escucha la voz,
Por eso aprendemos las dulces canciones
Que llenan las horas de suave emoción.

—

Ya no es agradable correr por los prados
En los días tristes, días sin calor,
Por eso marcamos el paso en la escuela
Y en casa bailamos gato y pericón.

—

La tierra cansada no brinda sus frutos,
Prepara en silencio la nueva estación,
Por eso aprendiendo trabajos manuales
Más afán ponemos en nuestra labor.

—

Los días son cortos y las lluvias largas,
Ya con tanta fuerza no calienta el sol,
Por eso en las noches de invierno es tan dulce
Del hogar tranquilo sentir el calor.

—

Ya no contemplamos las constelaciones,
Ni ya en su lenguaje nos habla la flor,
Por eso maestros y libros nos cuentan
Historias que encierran preciosa lección.

—

De ancianos y enfermos se agravan los males,
Del pobre es más ruda la diaria labor,
Por eso debemos á todo el que sufre
Durante el invierno mayor compasión.

Biblioteca Nacional de Maestros

EL VESTIDO NUEVO

—¡Yo quiero tener mi vestido nuevo para mañana!

—¡Pero, hijita! ¡si ni empezado está todavía!

—¡No importa! todas mis amigas tendrán vestidos nuevos en la fiesta; ¡yo quiero tener el mío!

—Bueno, Adita; tendrás el vestido nuevo, si lo deseas después de oír este cuento:

«Había una vez una costurera, en cuyo taller trabajaban tres obreritas: Juana, Pepita y Rosa. Aunque poco mayores que tú, iban todos los días al taller, y cosían desde la mañana hasta la tarde para ganar algo con qué ayudar á sus padres.

Un día, á la hora en que generalmente se retiraban, alegres, por haber trabajado y por sentirse útiles, vieron á la costurera que había salido, volver de la calle con un paquete debajo del brazo.

—Hijas mías, les dijo, aquí traigo trabajo. Aunque ya es casi la hora de dejarlo, es preciso que hoy lo prolonguemos un poco más, porque la niña Carmen quiere el vestido para mañana, y me he comprometido á concluirlo.

Las tres obreritas obedecieron en silencio. La costurera había sido siempre bondadosa con ellas, y por eso deseaban complacerla. Generalmente las obreras canta-

Biblioteca Nacional de Maestros

ban mientras cosían; está vez sólo se oía el ligero chasquido de la aguja rozando el dedal ó atravesando la tela.

Al llegar la noche Juana dijo:

—Señorita, estoy cansada.

—No importa, contestó la costurera, la niña Carmen quiere el vestido para mañana.

— Tengo sueño, dijo Pepita.

— Calla, perezosa, la niña quiere el vestido para mañana.

—Mi mamá está enferma, y no la he visto en todo el día, observó Rosa

— La verás más tarde; la niña quiere el vestido para mañana; es preciso concluirlo.

La costurera trajo un poco de pan para que cenaran; pero Juana, que sentía un gran peso en las espaldas, Pepita que se dormía y Rosa que estaba inquieta por su madre, no probaron el pan, á pesar de tener hambre, por terminar cuanto antes su tarea.

En eso Pepita, que de sueño no sabía ya lo que ha-

Biblioteca Nacional de Maestros

cía, y se le cerraban los ojos por lo mucho que había madrugado, se pinchó un dedo fuertemente. Sintió un vivo dolor, mas lo único que la afligió fué ver manchado el forro de la bata que cosía, con una gotita de sangre.

Juana, que era delicada, empezó á toser; pero sólo la afligió el haber arrugado la pollerita con sus dedos febriles.

Rosa, que pensaba en su madre enferma, dejó caer una lágrima sobre la manga que no había concluido aún: «Felizmente, pensó, las lágrimas no manchan.»

Entretanto Carmencita, cansada de reír y de jugar, después de haber comido con su mamá, con su papá y sus hermanitos, soñaba en su camita con el vestido nuevo que estrenaría al día siguiente.

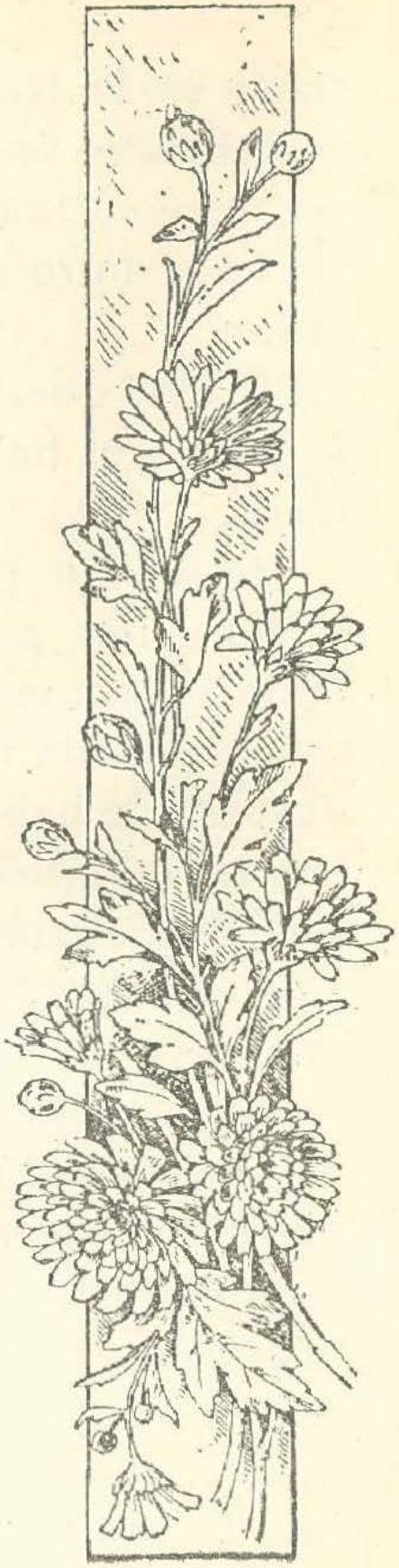
—Dime ahora, hijita, ¿quieres el vestido para mañana?

—¡Ah, no, mamá! nunca quisiera hacer sufrir á los pobres. Iré mañana á la fiesta de la escuela con este vestido. Está bastante bueno, y siempre me parecerá más lindo que uno que haya costado lágrimas á las pobres obreritas.

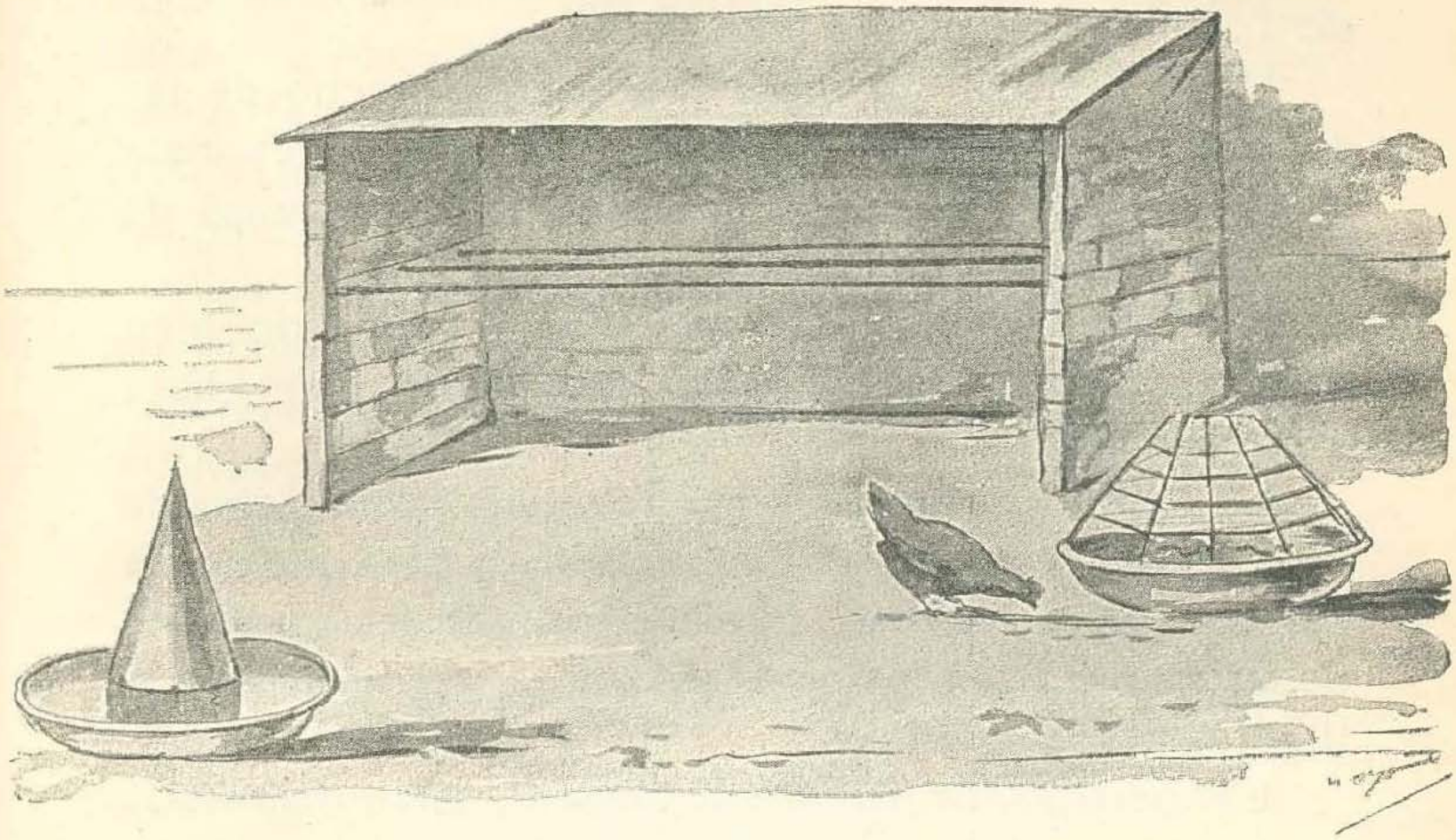
Biblioteca Nacional de Maestros

JUEGO DE CONSONANTES

—Pienso una palabra que rima con *rubí*.
—¿Es un perfume?
—No es benjuí.
—¿Tiene corola?
—No es alelí.
—¿Es picante?
—No es ají.
—¿Es un muñeco?
—No es maniquí
—¿Es un color?
—No es carmesí.
—¿Sabe nadar?
—No es surubí.
—¿Anda en los bosques?
—No es jabalí.
—¿Tiene plumas y hermosos colores?
—Sí, es colibrí.



Biblioteca Nacional de Maestros



EL GALLINERO

Todas las mañanas, María, con un jarro de maíz, va al gallinero y da de comer á las gallinas, que acuden presurosas á su llamado.

María las conoce á todas. Aquélla es la *batará* de pintas grises y blancas; la otra es la negrita criolla que cuida tan bien á sus polluelos; la de más allá es la española de cara blanca, excelente ponedora. Cada una recibe su puñado de maíz.

Biblioteca Nacional de Maestros

María inspecciona después el gallinero, cuidando de que todo esté limpio y en orden.

Doña Micaela, su madre, se ocupa mucho de las gallinas, y saca buen provecho de ellas, pues cada semana puede mandar al mercado varias docenas de huevos y algunos pollos.

Ha hecho construir el gallinero en un sitio bien alto, para evitar la humedad que tanto daño hace a las gallinas.

La casilla es de ladrillos, revocada, con techo de zinc. El piso es de tierra bien apisonada para que pueda barrerse todos los días, pues los principales enemigos de las gallinas son los parásitos que se crían en los gallineros poco higiénicos.

Las perchas, de listones de madera, están dispuestas á una misma altura, para que las gallinas no se peleen, por ocupar los sitios más altos.

Alrededor de la casilla, hay cajones con paja que se renueva á menudo. Esos cajones son los nidos, los *ponederos*.

María cambia todos los días el agua de los *bebederos*. Y pone en los *comederos* bien limpios la comida que sobra de la mesa después de picada y hervida toda junta.

En un rincón del gallinero hay un pozo con tierra

Biblioteca Nacional de Maestros

desmenuzada donde las gallinas, el gallo y los pollos toman su baño de polvo, zarandeándose de un lado y otro para que el polvo les penetre bien entre las plumas. Esto lo hacen para destruir los parásitos que les incomodan.

Con todos estos cuidados, doña Micaela y su hija han conseguido que sus gallinas no se enfermen sino muy rara vez, que pongan muchos huevos, y saquen muchos pollitos.

LA TRISTE HISTORIA DE PEDRITO EL TONTO

(Adaptado del alemán)

Pedrito quiere ser carpintero, pero encuentra el martillo muy pesado

Pedrito quiere ser lustra-botas, pero considera ese oficio poco noble.

Pedrito quiere ser jardinero, ¡pero agacharse cansa tanto!

Pedrito quiere ser panadero, pero para él el horno está siempre demasiado caliente.

Y en cada oficio que ensaya, encuentra una nueva dificultad, no trabaja y es despedido por el patrón.

Biblioteca Nacional de Maestros

¡Pedrito, Pedrito, piensa un poco! ¿Qué va á ser de ti?

Pedrito quiere ser sastre, pero la aguja le pincha.

Pedrito quiere ser zapatero, pero las suelas le parecen demasiado duras.

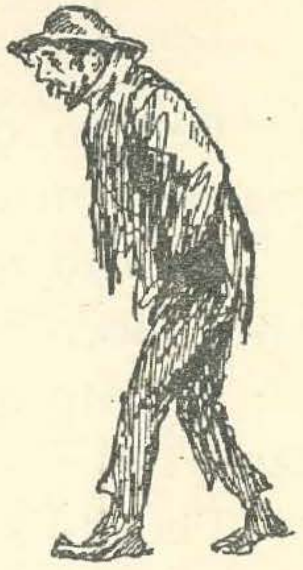
Pedrito quiere ser vidriero, pero el vidrio se quiebra en sus manos.

Pedrito quiere ser dependiente de tienda, pero le cansa estar de pie.

¡Pedrito, Pedrito, piensa un poco! ¿Qué será de ti?

Pedrito ha ensayado ya muchos oficios, pero ninguno ha sido de su agrado.

Sus manos no se han ejercitado en ningún trabajo, y de ningún trabajo son capaces.



Pedrito es ahora Pedro.

Pedro está hambriento y sin hogar. Pide limosna, llora, y se lamenta desde la mañana hasta la noche diciendo: ¡Ah! ¿Por qué habré sido tan holgazán? ¿Por qué no habré sido aplicado en mi juventud?

Ya nadie me llama sino «Pedro el tonto».

¡Bien comprendo ahora que ya nada bueno puede ser de mí!

Biblioteca Nacional de Maestros

LA MUÑEQUITA

En la vidriera de una juguetería, lucía una muñequita sus ojos celestes, su pelo rubio y su vestido rosado. Teresita no había visto nunca nada tan precioso.

—¿Me la comprarás? preguntó á su papá una noche acariciándole la barba.

El padre no contestó. El salario era escaso, y los hijos numerosos, contando el mayor apenas doce años. En vida de la madre, tan buena y hacendosa, había mucho desahogo en la casa, y hubiera podido permitirse ese lujo. ¡Pero los tiempos eran tan distintos!

Teresita, comprendiendo que su padre no podía comprarle la muñeca, se acurrucó, calladita, en sus rodillas. Pero en el fondo de su corazón deseaba ardientemente poseerla. ¡Era tan preciosa con sus ojos celestes, su pelo rubio y su vestido rosado!

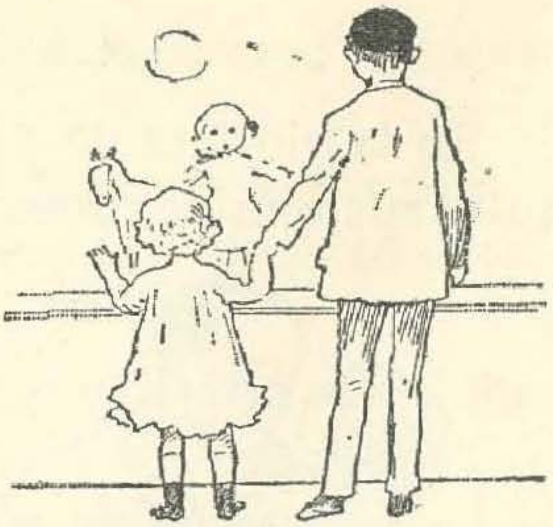
Un día, deseando volver á verla, pidió á su hermano que la llevara á pasear. Y presurosa se dirigió por el camino de la juguetería. Al llegar á la vidriera se detuvo.

—¿Has visto, Juan José, qué linda es?

Biblioteca Nacional de Maestros

—¿Qué cosa?

—La muñeca que no me puede comprar papacito.



Juan José la miró con indiferencia. Sólo vió que tenía sujeto en el vestido un cartel con el precio, $ 1,50: y arrancando á Teresita de su contemplación, continuó con ella su camino.

Dos ó tres días más tarde salían de nuevo á pasear, y como la vez anterior, se detuvieron delante de la vidriera.

—Ahí está, todavía, dijo Teresita.

Juan José ya no preguntó «qué cosa»; hasta le pareció que la muñeca los mirabá con tristeza, como diciéndoles «¿no me llevan?»

Y apenado por no poder regalársela á su hermana, se alejó de la juguetería seguido de Teresita, quien repetidas veces volvió la cabeza, como despidiéndose de su amiguita.

Cuando por tercera vez se acercaron á la vidriera, en el primer momento no pudieron ver la muñeca. Mas no tardó Teresita en exclamar con alegría:

—¡Ahí está, en el rincón!

Allí estaba, en efecto, escondida entre otras muñe-

Biblioteca Nacional de Maestros

cas más grandes y hermosas. Pero Juan José y Teresita no miraban más que á la pequeña de ojos celestes, pelo rubio y vestido rosado que, desde su rincón parecía asomar la cabecita para saludarlos con cariño.

Por la mente de Juan José cruzó una idea. Se acercaba el cumpleaños de Teresita y ese día le regalaría la muñeca.

Resuelto á ganar dinero para comprarla, esa misma tarde, cuando regresó de la escuela, salió de su casa como solía hacerlo. Pero en lugar de vagar sin rumbo ó de jugar con los vecinos como otras veces, en la primera casa que encontró, se detuvo preguntando:

—¿No necesitan un muchacho?

La dueña de casa, que casualmente hacía trasladar los muebles de un dormitorio á otro, aceptó el ofrecimiento. Juan José ayudó á la mucama, y gozoso, recibió en pago unas monedas.

Alentado por este primer éxito, siguió buscando trabajo, pero llamó á una puerta y á otra, sin conseguir ninguna nueva comisión.

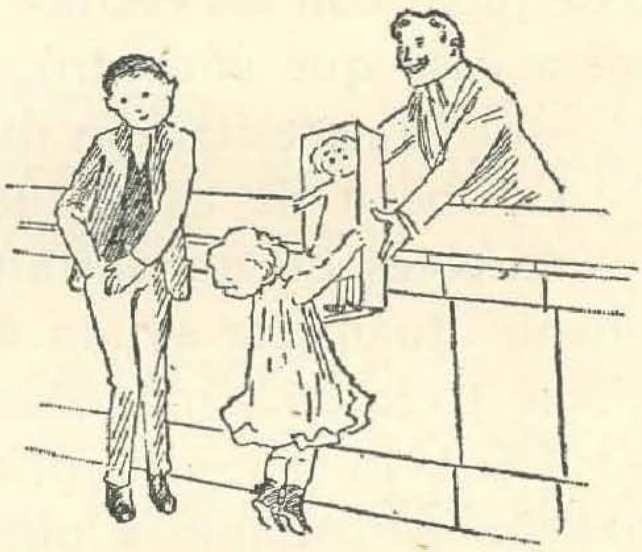
Juan José no había aún reunido la suma que necesitaba, pero esperaba conseguirlo poco á poco. Tan pronto barría un patio, como llevaba una balija ó buscaba un coche.

Vendió además un ramo de claveles de una planta

Biblioteca Nacional de Maestros

que le regalaron y que regaba siempre, ayudó á descargar carros y á sacar la alfombra de una sala.

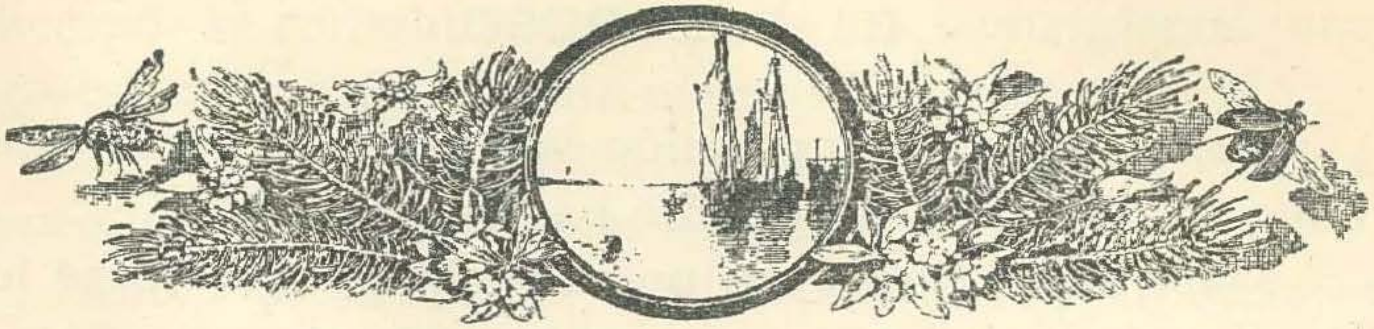
Llegó por fin el día del cumpleaños de Teresita. Juan José, sin decirle palabra, la llevó á la juguetería. Teresita miraba maravillada aquella inmensidad de juguetes reunidos. Pero su sorpresa fué todavía mayor, cuando su hermano pidió la muñeca de ojos celestes y vestido rosado, y, poniéndosela en la mano, le dijo: te la regalo.



Su alegría era muy grande, y sólo comparable con la de Juan José que se sentía dichoso en hacer feliz á su hermanita.

Por otra parte, Juan José se había acostumbrado á ganar todos los días sus changuitas, y pensó que podía seguir trabajando y aliviar así á su padre, sin descuidar por eso los estudios.

Biblioteca Nacional de Maestros



SONIDOS

He oído tres *zumbidos:*

El de una abeja, el de una mosca y el de un trompo.

He oído tres *chirridos:*

El de una chicharra, el del aceite en la sartén y el de una carreta desvencijada.

He oído tres *chillidos:*

El de un chicuelo, el de un ratón y el de un murciélago que volaba.

He oído tres *crujidos:*

El de una rama al romperse, el de una tela que se rasgaba y el de las hojas que pisé.

He oído tres *silbidos:*

El de una víbora, el de una locomotora y el del viento.

He oído tres *graznidos:*

El de un cuervo, el de un ganso y el de un grajo.

He oído tres *bramidos:*

El de un trueno, el de un toro y el del mar.

Biblioteca Nacional de Maestros

EL PROGRESO

Max. — ¡Una composición sobre *el progreso!* ¡qué tema tan difícil! Yo no podré hacerla, señorita...

Señorita. — Debes comprender, Max, que yo sé lo que ustedes pueden, y que no les pido nunca un imposible. ¿Por qué no esperas, antes de decir precipitadamente «no podré», que te explique lo que quiero de ti? No se trata de hablar del «progreso» en general, sino de que cada uno de ustedes traiga una composición en que se lea el origen de alguna de las comodidades de que ahora gozamos, y de los cambios por que ha pasado antes de llegar á su perfeccionamiento actual.

Así podremos darnos cuenta de los grandes beneficios que trae la civilización. Por ejemplo, vamos á estudiar los progresos de la luz. Antes de conocer la luz eléctrica, ¿con qué nos alumbrábamos, Max?

Max. — Con gas, señorita.

Señorita. — Y donde no hay todavía gas ni luz eléctrica, ¿qué se emplea?

Max. — El kerosene.

Señorita. — Y antes de emplear el kerosene se utilizaba el aceite animal y vegetal para las lámparas.

Manolo. — Yo he oído, señorita, que hace mucho

Biblioteca Nacional de Maestros

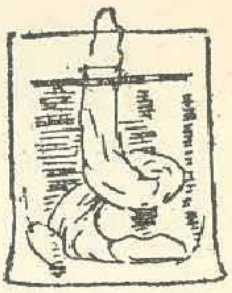
tiempo, se conseguía también la luz sumergiendo una gruesa mecha de algodón en grasa de animal.

Señorita. — Es verdad, Manolo. Después, poco á poco, se llegó á la fabricación de las velas.

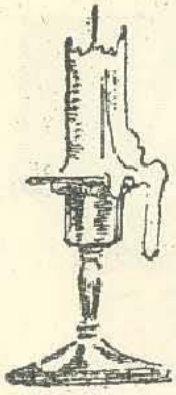
Ahora escribe, Max, en la pizarra. Voy á dictarte una composición sobre la luz, con los datos que tú mismo y tus compañeros me han suministrado. Les servirá de modelo:

La Luz

(Dictado)

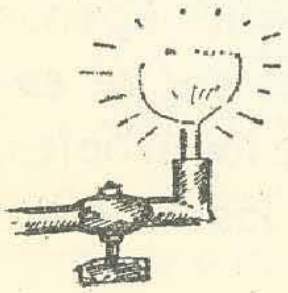


Hace mucho, mucho tiempo, no se conocía otra luz artificial que la que se conseguía sumergiendo una gruesa mecha de algodón en grasa de animal ó en aceite.

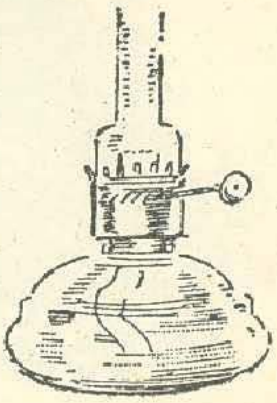


Poco á poco la mecha se fué afinando hasta llegar á las velas hechas con cera de panal de abeja, ó con grasa de ballena.

Después se inventaron las lámparas con mecha y tubo, para el aceite.

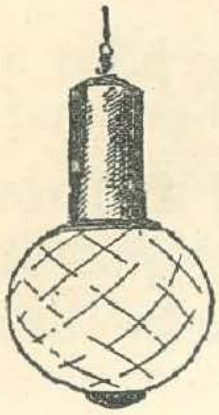


El aceite de las lámparas fué reemplazado por kerosene y alcohol. Las lámparas por picos de gas.



Biblioteca Nacional de Maestros

Y finalmente, el gas ha sido derrotado por la luz eléctrica.

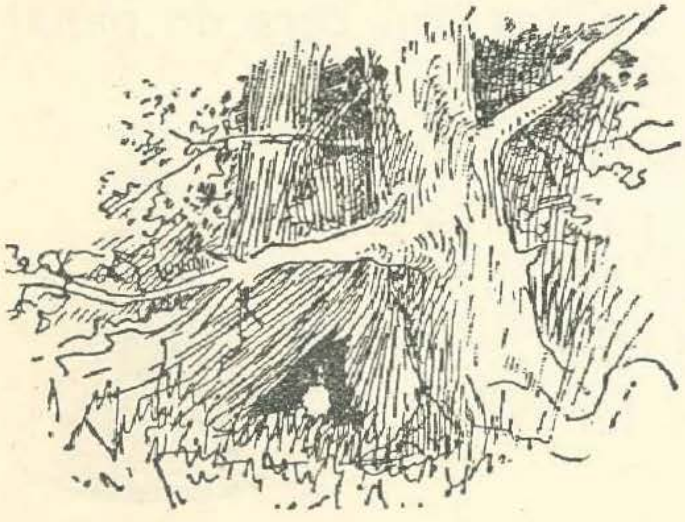


—Ahora cada uno de ustedes puede elegir, para su composición, el tema que más le interese. Pregunten en sus casas, busquen en el diccionario, y hasta si se animan, vengan á estudiar á la biblioteca de la escuela.

LA HABITACIÓN

(Composición de Manolo)

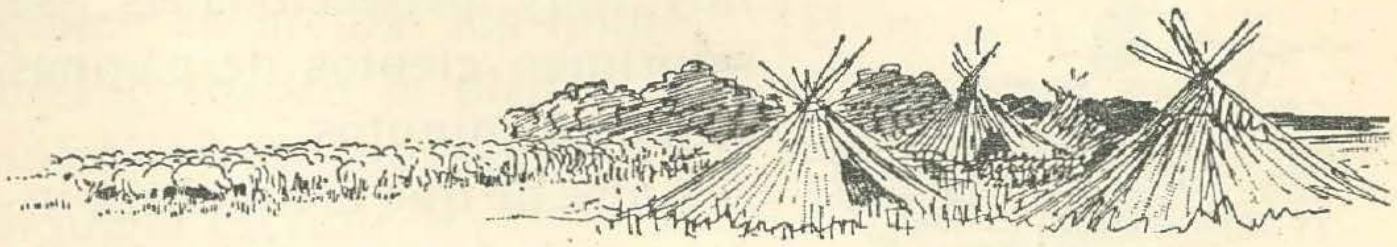
En los tiempos primitivos, los hombres habitaban en cavernas, que disputaban á las bestias feroces.



Después empezaron á construir, con ramas secas, chozas que apenas sobresalían del suelo, escondidas entre los árboles, por temor á las mismas bestias.

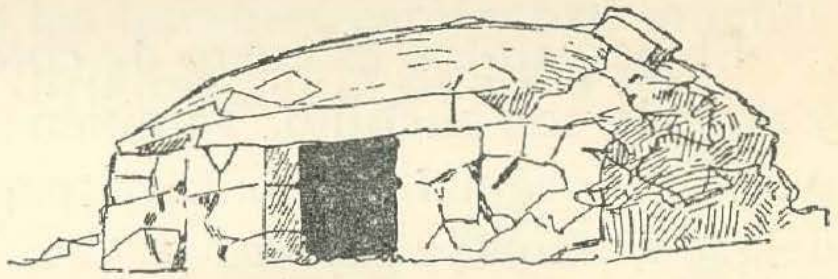
Biblioteca Nacional de Maestros

Llegó la época en que los hombres inventaron la agricultura, y domesticaron el ganado. Necesitando ayudarse entre sí, construyeron sus chozas más cerca

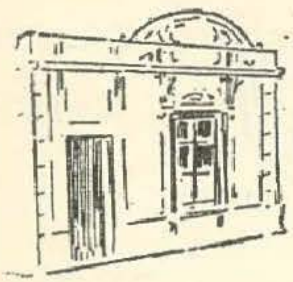


las unas de las otras. Así formaban *tribus* ó ciudades organizadas bajo la autoridad de un jefe.

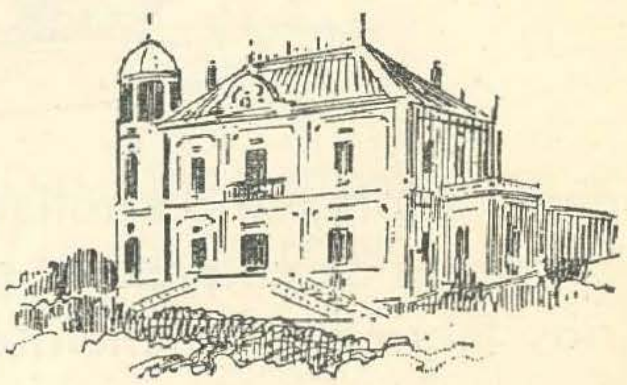
Pero estas construcciones no eran sólidas. Se levantaron entonces las habitaciones de piedra.



Pronto la civilización cambió la pesada piedra por el ladrillo de barro cocido, que es sólido, liviano y de fácil transporte.



Desde la primera casa construída con ladrillo y techo de zinc hasta el magnífico palacio con techo de pizarra, la habitación ha pasado aún por muchísimas transformaciones.

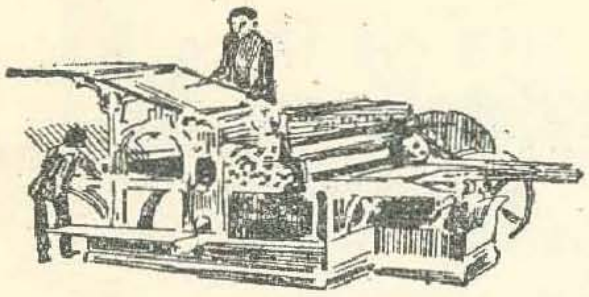


Biblioteca Nacional de Maestros

LA ESCRITURA

(Composición de Roberto)

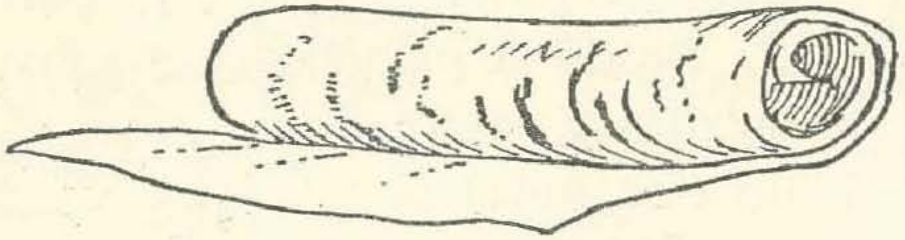
Gutemberg inventó la imprenta. Con máquinas, hoy muy perfeccionadas, se imprimen cientos de páginas en pocos minutos.



Antes de que Gutemberg inventara la imprenta, los libros eran de pergamino, escritos á mano con plumas de ave.

El pergamino es cuero de cordero estirado, raspado y afinado con cuchillo. También se escribió en una preparación vegetal parecida al papel, pero muy frágil y delgada, llamada *papiro*.

Los libros no fueron en un principio encuadernados



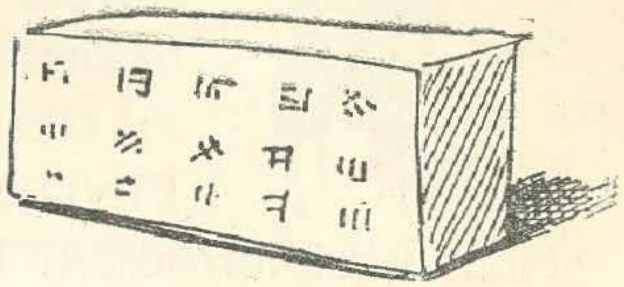
como ahora, sino arrollados como papel de empapelar.

Antes de emplear el pergamino ó el papiro, los asirios fabricaban planchitas de arcilla. Cuando estaban

Biblioteca Nacional de Maestros

secas trazaban en ellas la escritura con un punzón, y luego las cocían, como si se tratara de hacer un ladrillo.

Pero todavía, antes de grabar en arcilla, los hombres grababan la piedra, y antes de eso no sabían ni siquiera escribir.

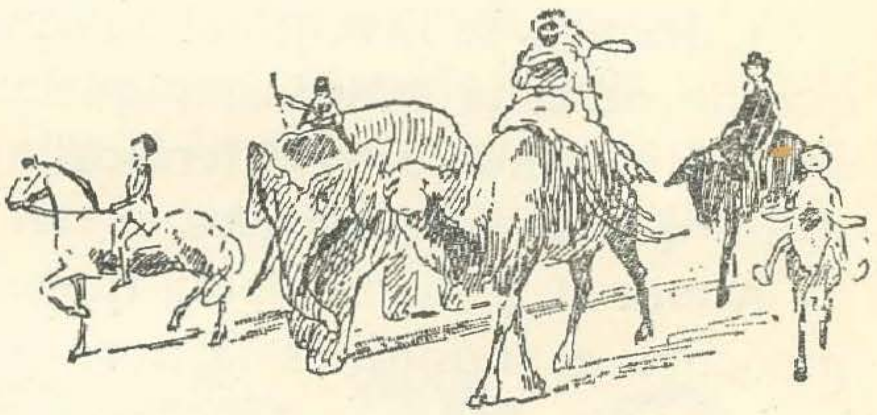


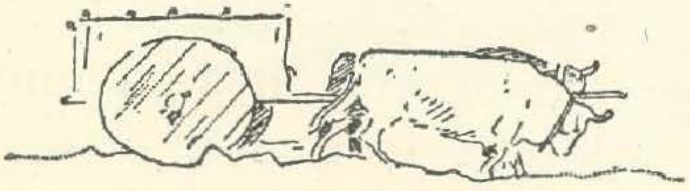
MEDIOS DE TRANSPORTE

(Composición de Adita)

Primero los hombres caminaban muchas horas para dirigirse de un punto á otro.

Después montaron en caballos, burros, mulas, elefantes y camellos.

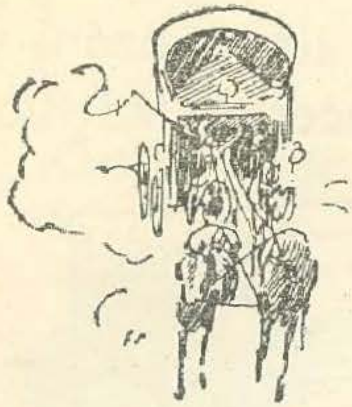




Después empezaron a andar en carretas tiradas por bueyes.

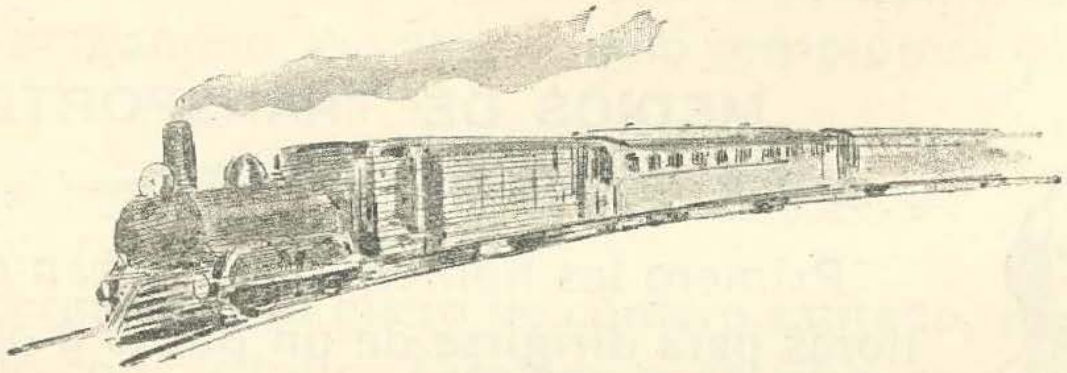
Después inventaron la *diligencia*, coche tirado por

Biblioteca Nacional de Maestros

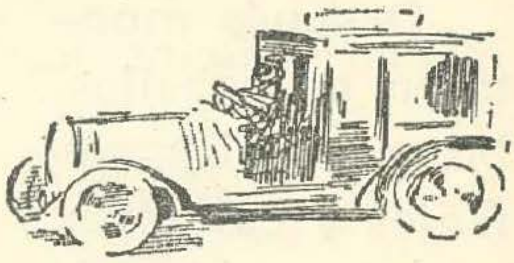


cuatro ó seis caballos. El viaje, que en carreta hubiera durado un mes, en diligencia se hacía en una semana.

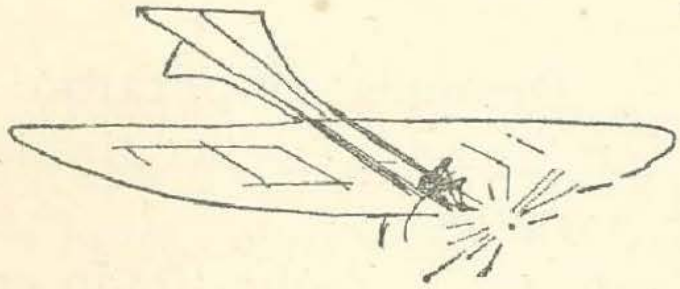
Después se inventó el ferrocarril. El viaje que la diligencia hacía en una semana, el ferrocarril lo hace en un día.



Y después se inventó el automóvil, que es un coche que no necesita caballos, y que anda tan ligero como el ferrocarril, y que no necesita vías.



Ahora el gran problema que preocupa al mundo es la *aviación*. Cuando lleguen á perfeccionarse los globos y *aeroplanos*, haremos en unos minutos lo que la carreta hacía en un mes.



Biblioteca Nacional de Maestros

EL ESTILO

Señorita.—Quiero llamarles la atención sobre esta última composición. ¿No le encuentran ustedes un defecto?

Max.—Sí, señorita; Adita se ha olvidado de los vapores.

Juancito.—Pero ella trata solamente de los medios de transporte por tierra.

Max.—No, porque menciona también el aeroplano que cruza el aire.

Señorita.—Tienes razón, Max. Y tú, Manolo, ¿no tienes nada que decir?

Manolo.—Le encuentro otro defecto, señorita, y es que, en una composición tan corta, Adita emplea la palabra «después», como cuatro ó cinco veces.

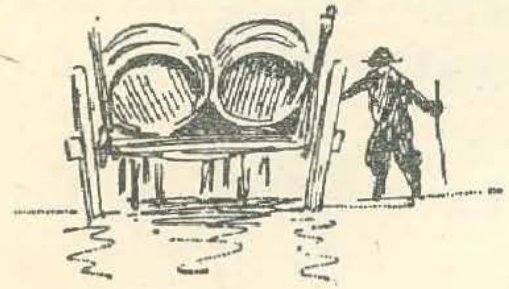
Señorita.—Con el tiempo, Manolo, serás un buen escritor, porque cuidas *el estilo* al mismo tiempo que las ideas. ¿Quieren leer todavía otras composiciones?

—¡Sí, sí, señorita...!

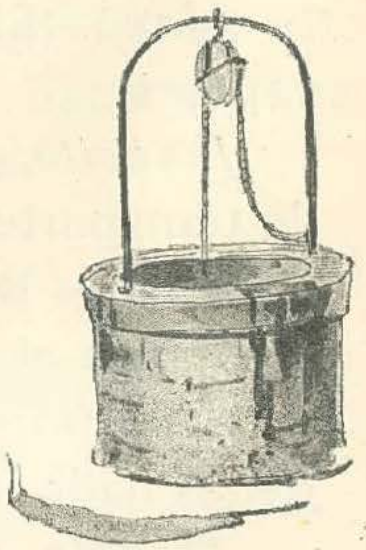
Biblioteca Nacional de Maestros

EL AGUA

(Composición de Juancito)

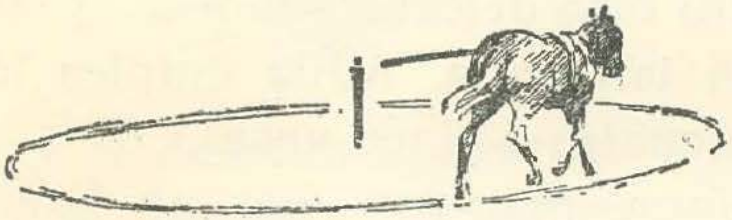


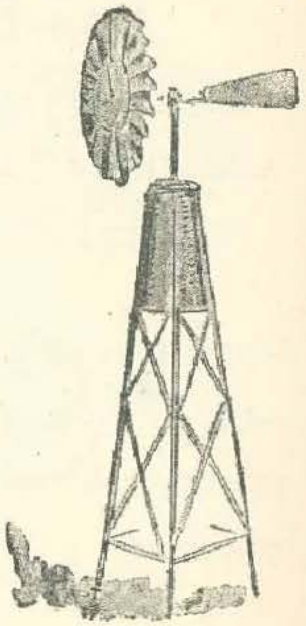
Hace algún tiempo, en Buenos Aires, los *aguateros* iban con barriles á buscar al río el agua, que vendían por «canecas» en las puertas de las casas.



Después se construyeron los aljibes que recogen el agua de las lluvias, buena para ser bebida, y los pozos para el riego.

Como los pozos eran muy profundos, y costaba mucho trabajo sacar el agua á mano, se inventaron las «norias». El caballo atado á la noria, con los ojos vendados, daba vueltas y vueltas, y así sacaba, en unas horas, más agua que la que sacaba antes un hombre en un dia.





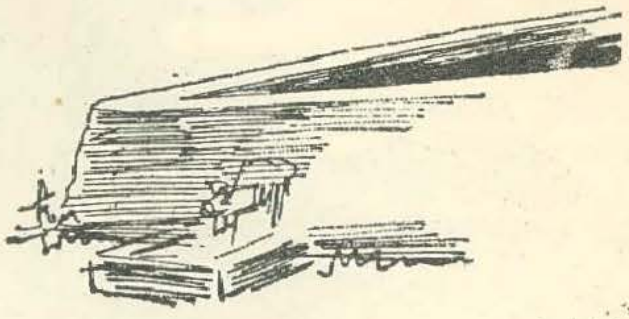
Luego se inventaron los molinos de viento.

Por su gran facilidad para descomponerse y hasta romperse con los fuertes ven-

Biblioteca Nacional de Maestros

tarrones, los molinos de viento van siendo substituídos por molinos á vapor.

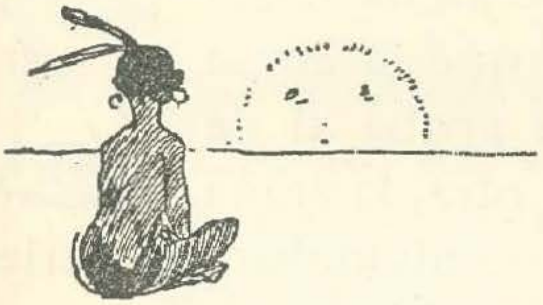
En las grandes ciudades el agua es distribuída por medio de enormes depósitos, máquinas y caños, sistema llamado de «las aguas corrientes», que facilita mucho el aseo.



EL RELOJ

(Composición de Margarita)

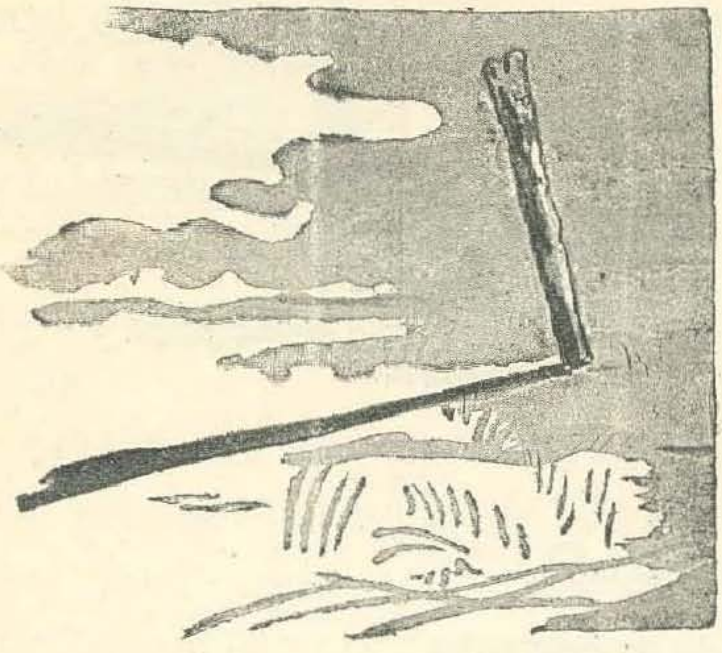
Antiguamente los hombres no tenían los relojes que ahora usamos. Se guiaban por el sol para conocer la hora. Sabían que, cuando está en el Este es la mañana; cuando está completamente sobre nuestras cabezas, es medio día, y cuando baja por el Oeste avanza la tarde.



Después inventaron los relojes de sol. Clavando una estaca en el campo observaban que la sombra que proyectaba en el suelo era más ó menos larga, y caía á uno ú otro lado, según la hora. Por la mañana, caía

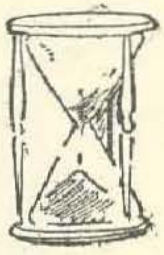
Biblioteca Nacional de Maestros

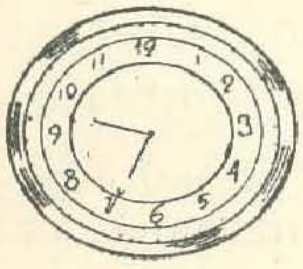
hacia el Oeste y era muy larga; á medida que se acercaba el medio día, la sombra era cada vez más corta, hasta que desaparecía casi por completo á las 12 en punto. Después volvía á aparecer, cayendo hacia el Este, y alargándose cada vez mas al caer la tarde.



Pero de noche, como no habia sol, los hombres se quedaban sin saber la hora.

Inventaron entonces los relojes de arena formados por dos embudos que comunicaban entre sí por sus vértices. El de arriba era llenado de arena hasta la mitad. Calculaban el tiempo que la arena tardaba en pasar del embudo de arriba al de abajo, é invirtiéndolos una vez y otra, la arena seguia pasando siempre. Pero si se olvidaban de darles vuelta perdían el cálculo.





Y por fin se inventaron los relojes que hoy usamos, á los que basta darles cuerda una vez al día, y á algunos, una sola vez al año.

Biblioteca Nacional de Maestros

EL VIAJERO

El viajero fatigado sentóse á descansar en una piedra Como en sueños, oyó un murmullo, casi imperceptible.

Apartó las hierbas y descubrió á sus pies, con alegría, un hilo de agua fresca y cristalina que brotaba de la tierra. Era una fuente. Se arrodilló y bebió en el hueco de su mano.

—¿Qué haces ahí tan escondida? preguntó á la fuentecita.

— Como lo has experimentado, apago la sed del viajero, contestó ella.

Y como seguía brotando, el viajero preguntó de nuevo:

—¿No te cansas de brotar?

—¡Oh, no! Así vivo contenta, siempre nuevita.

—¿Y á dónde vas?

— Sigue el hilo de agua, y lo sabrás.

Siguiólo el viajero, y llegó á un arroyo que corría y saltaba entre las piedras.

—¿A dónde vas tan de prisa? preguntó de nuevo, después de refrescarse la cara y las manos.

Biblioteca Nacional de Maestros

—Corro, corro, porque así mis aguas se mantienen puras, contestó el arroyo Además, tengo que recorrer un largo camino fertilizando el campo que atravieso.

¿No ves la hermosura de los árboles que crecen en mis orillas?

—Sí, y es muy agradable descansar á su sombra. Pero dime, arroyuelo, ¿hasta dónde llegas?

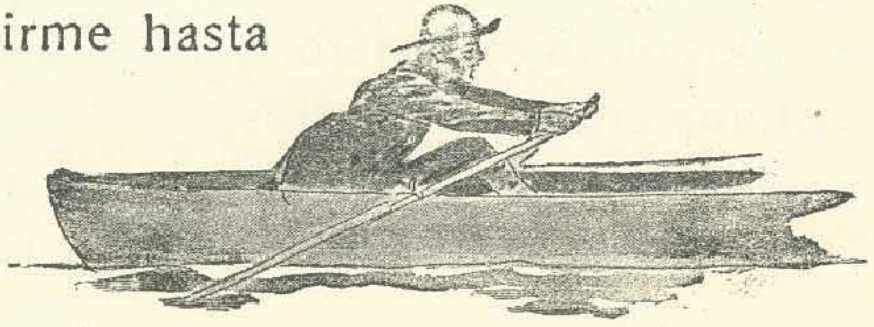
—Sígueme, sígueme, repetía el arroyo sin dejar de correr. Hablaba y corría; corría y hablaba.

Y así, charlando y andando, y siguiendo el arroyo, el viajero llegó hasta un ancho y hermoso río. En sus aguas tranquilas se reflejaba el cielo.

—Y tú ¿qué haces? le pregunto el viajero.

—Suministro agua á la ciudad, repuso el río. Además crío, para alimento de los hombres, multitud de peces muy sabrosos.

—¿Y quieres decirme hasta dónde llegas?



—Sube en un bote y te llevaré sobre mis blandas aguas.

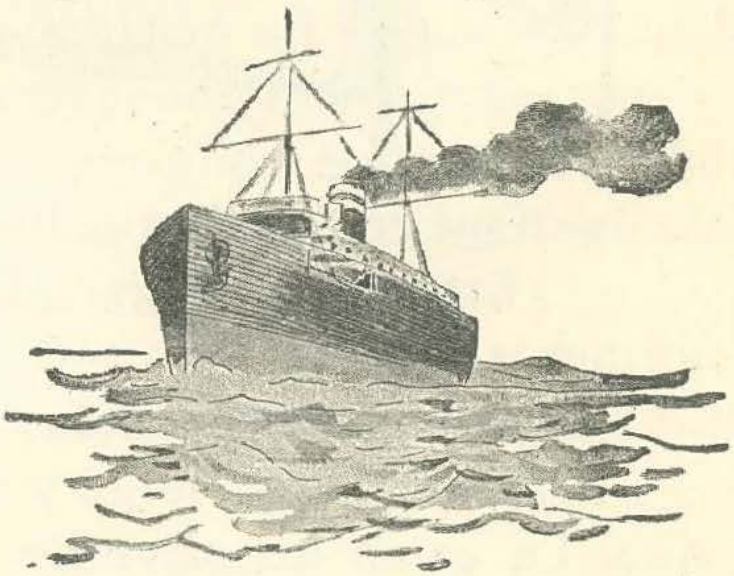
Biblioteca Nacional de Maestros

El viajero subió en un bote. Remando y remando se alejó mucho del sitio en que primero estaba. Y empezó á oír un ¡Aaah! continuo y muy sonoro.

Era el mar. Sus aguas eran azules y saladas, y sus olas agitadas se cubrían de espuma. En las costas había rocas escarpadas. Y por cuarta vez preguntó el viajero:

—¿Qué haces tú? ¿Cuál es tu misión?

— Sería muy largo enumerar todo lo que hago, dijo el mar. En mis aguas guardo un tesoro de plantas extrañas, peces de todos tamaños, y animales y flores que nunca has visto. Separo y uno los continentes. Los pescadores salen en barcas, echan en mis aguas sus grandes redes, y las sacan cargadas de salmones, anchoas, sardinas y mil otros pescados; pero no pueden alejarse mucho de la costa, en sus embarcaciones ligeras. Si lo deseas, sube en un vapor, y llegarás conmigo á tierras lejanas.



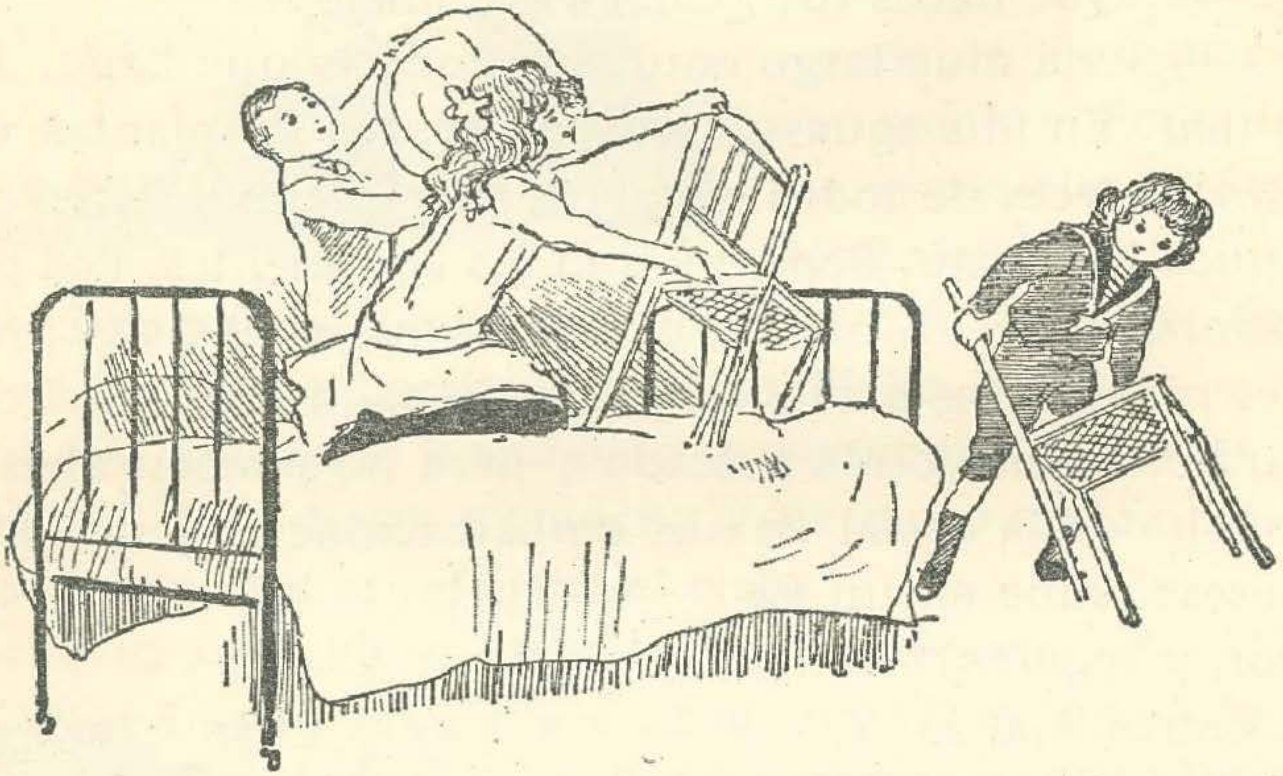
El viajero se embarcó en un gran vapor en el cual había dormitorios, llamados *camarotes*, cocina y víveres para una larga travesía.

Biblioteca Nacional de Maestros

A los pocos días de navegar en él, el viajero no divisaba ya ninguna orilla. ¡Agua, y siempre agua!

Estaba en medio del inmenso mar, que le daba una idea de la grandeza del universo.

NAUFRAGIO



—¡Qué truenos! ¡qué lindo para jugar á los buques!

—¿Estás loco, Jorge? ¿Embarcarnos con semejante tormenta?

—Por lo mismo... será más divertido.

Y Adita, Juan, Jorge y Manolo, construyen el buque. La cama les sirve de casco. Colocan sobre ella

Biblioteca Nacional de Maestros

una silla, que será el mástil, atan á su respaldo una punta de la colcha, y las otras puntas en la baranda de la cama. Amontonan además otras sillas alrededor.

— Así parece un buque con toldo, declara Tito.

— Yo soy el capitán, dice Jorge.

— Tú quieres siempre ser el capitán; esta vez me toca á mí. Esta corneta es mi anteojo de larga vista.

— Bueno, Juan, tú eres el capitán. Pero acuérdate de que si el buque naufraga, deberás dirigir el salvamento y esperar que se salve hasta el último *tripulante* antes que tú.

— Conozco los deberes del capitán. Tú y Manolo son marineros. Adita y Tito...

— Yo soy marinero también, dice Adita.

— Y yo cocinero, dice Tito.

— ¿Y quiénes son entonces los *pasajeros?*

— Que no haya pasajeros; será un buque *mercante.*

— Viene de Inglaterra trayendo hierro y carbón.

— Pero es un buque argentino. Salimos de aquí cargados de trigo y volvemos con productos ingleses.

— ¿Están listos los botes y los salvavidas?

— Sí, capitán.

— Ya estamos en alta mar... ¡Hum!... está malo el tiempo...

— No importa, somos valientes.

Biblioteca Nacional de Maestros

— *¡Trrrramplomplamplín!*

— ¡Rayos y truenos!; ¡aprontad los botes!

Juan dirige la maniobra; los marineros corren por todos lados.

— ¡Naufragamos!, gritan.

— ¡Al agua la carga!

Y las sillas ruedan haciendo gran bochinche.

— ¡Qué ruina! dice el capitán agarrándose la cabeza.

Y al suelo van el hierro y el carbón y toda la carga de Inglaterra. Allá van las almohadas y las colchas. Ya se disponen á tirar el colchón, cuando el capitán, grita:

— ¡Salvados! ¡Hurrah!

— ¡Hurrah! repiten todos.

La tormenta ha pasado, pero Tito no se mueve. Sentadito en una silla mira aterrado á sus hermanos.

— No se asuste, cocinero; ya pasó el peligro; tráiganos algo bueno, le dicen.

Tito alcanza un platito con nueces.

— ¿Y las galletitas?

— Como el capitán ordenó que todo fuese al agua, quise salvar las galletitas, contestó el cocinero.

— ¿Y qué hizo?

— Me las comí. Las nueces no las pude partir.

— ¡Ah, bribonzuelo! ¿por eso no las comiste también?

Biblioteca Nacional de Maestros

Los niños ríen, y hacen su merienda conversando sobre los peligros del mar. En eso se oye un gruñido, y esta vez no es un trueno.

—¡Guarda la ballena! grita Juan poniéndose de pie.

Jorge-ballena ataca furiosamente al buque... Agarra al capitán por una pierna y le arrastra hasta el suelo. El capitán y la ballena gritan á más y mejor, y se hacen chichones en su lucha en medio del mar.

—Las ballenas no se comen á la gente, grita el capitán indignado.

—No soy ballena, soy tiburón... y los tiburones, aunque más chicos, son más terribles que las ballenas.

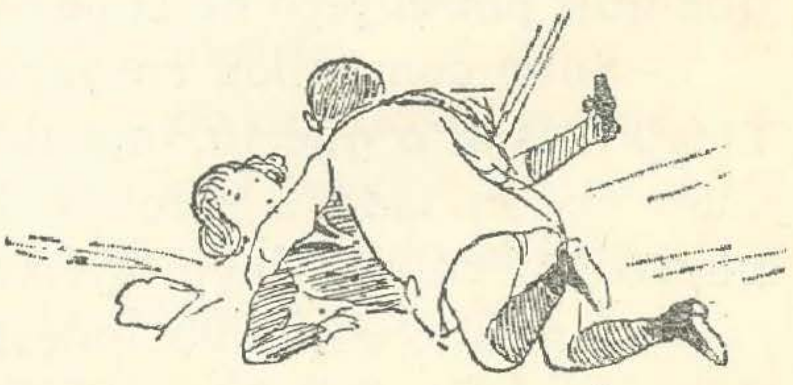
—¡Traicionero!

—Los tiburones no avisan para atacar.

—Los tiburones no atacan.

—Atacan, cuando les da la gana...

Juan y Jorge gritan, pelean y concluyen dándose de moquetes. Y esa es la verdadera tormenta en la cual naufraga el juego. ¿Por qué?

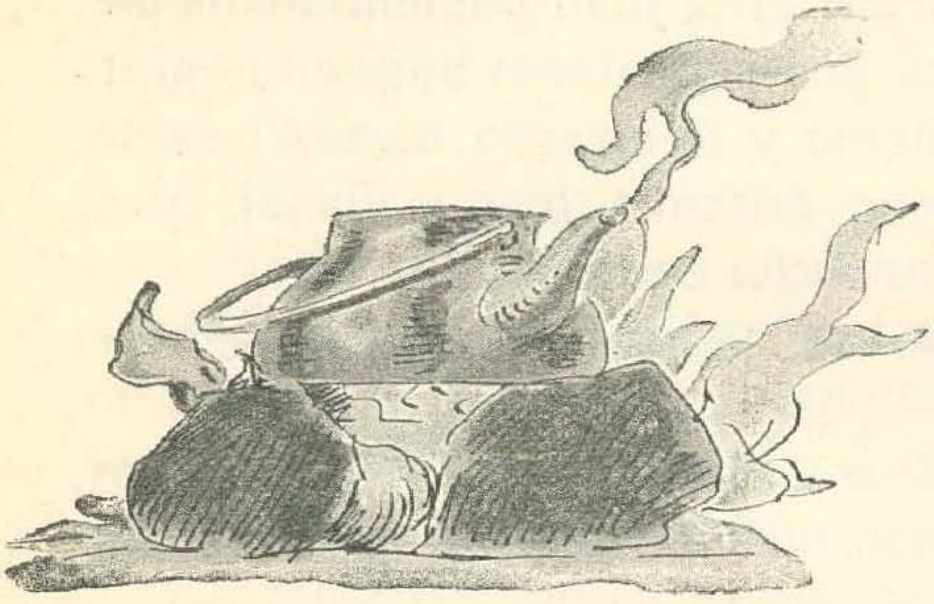


Porque Juan y Jorge no han sido moderados en el juego, como deben serlo en todas las cosas.

Biblioteca Nacional de Maestros

DOS POTENCIAS

Al ver en la hornilla de la cocina al agua siempre hirviendo sobre el fuego, creeríase que se trata de dos muy buenos amigos. Sin embargo, el fuego y el agua son enemigos irreconciliables.



Felizmente está la pava de por medio, y no los deja maltratarse demasiado. Pero eso no les impide chillar y discutir á más y mejor.

—Si me derramara sobre ti, te apagaría, dice el agua.

—¡Ja, ja! le contesta el fuego Yo, sin tocarte, te estoy calentando la cabeza, y no te queda otro remedio que huir por el pico de la pava.

—Subo convertida en vapor, porque así me place. Llego más alto que tú, me hago nube, y ando por el cielo de un lado á otro. Y cuando quiero bajar de nuevo, me convierto en lluvia.

—Más alto estoy yo, puesto que estoy en el sol y

Biblioteca Nacional de Maestros

soy yo quien desde el sol te absorbe. Podría no dejar gota de ti en la tierra.

El agua hervía de rabia, y el fuego echaba chispas.

—Yo estoy en el rayo y en la centella, añadía el fuego.

—Yo en el granizo, en la nieve, en los negros nubarrones y en el mar... Ocupo tres cuartas partes del globo, y me encuentro también en las profundidades de la tierra.

—Y yo hasta en su centro mismo. Y cuándo salgo por la boca de los volcanes, aterro á los hombres, y destruyo las ciudades.

—No son menos temibles las inundaciones. Cuando tú incendias las casas, ¿á quién se acude sino á mí? Soy yo quien vence, quien te apaga.

—¿Y no ponen delante de mí los objetos que tú mojas, para que yo los seque?

—Los hombres no pudieron vivir sin mí ni un día, replicó el agua más orgullosa que nunca. En cambio tardaron algún tiempo en descubrirte.

—¡Tonta! ¿Qué hubiera sido de ellos si yo me hubiese apagado en el centro de la tierra? Soy el calor que mantiene la vida; cuando el mundo se enfríe, los hombres, los animales y las plantas perecerán.

—También pueden perecer de sed. Yo estoy en la

Biblioteca Nacional de Maestros

savia de las plantas y en la sangre de los animales y de los hombres.

Al llegar aquí la discusión, apareció el genio del fuego y del agua, que era uno solo y el mismo, y les dijo:

—No tenéis por qué enorgulleceros. Sois tan terribles é indispensables en la naturaleza la una como el otro, pero estáis ambos sujetos á un Poder más grande que el vuestro, á un orden superior que rige los elementos.

JUEGO DE PROVERBIOS

Adita, Jorge, Manolo, Max, María Delia y Tito, sentados en fila, se preparan para un juego que despierta en ellos gran interés. Han elegido un *proverbio* muy conocido, y Juan debe adivinarlo.

Para esto, Juan que ha estado ausente mientras se hacía la eleccion de la frase, volverá cuando lo llamen. Hará á cada uno por turno, una pregunta cualquiera. Y el interrogado contestará, haciendo entrar en su respuesta, sin que resalte demasiado, la palabra del proverbio que á él le corresponde.

Juan pregunta lo primero que se le ocurre:

Juan. — ¿Qué hace el pajarito?

Biblioteca Nacional de Maestros

Adita. — Duerme *en* su nidito.

Juan. — ¿Y qué hizo esta mañana tempranito?

Jorge. — Dió de comer al pichón en su *boca,* que es un piquito.

Juan. — ¿De dónde salió el pichoncito?

Manolo. — De una casita *cerrada,* que era un huevito.

Juan. — ¿Y todavía no vuela?

Max. — Todavía *no* vuela, ni va á la escuela.

Juan. — ¿Fuiste tú á verlo en su casita?

María Delia. — En el nido no *entran* visitas.

Juan. — Dime, hermanito, ¿comerías roscas?

Tito. — Sí... con *moscas.*

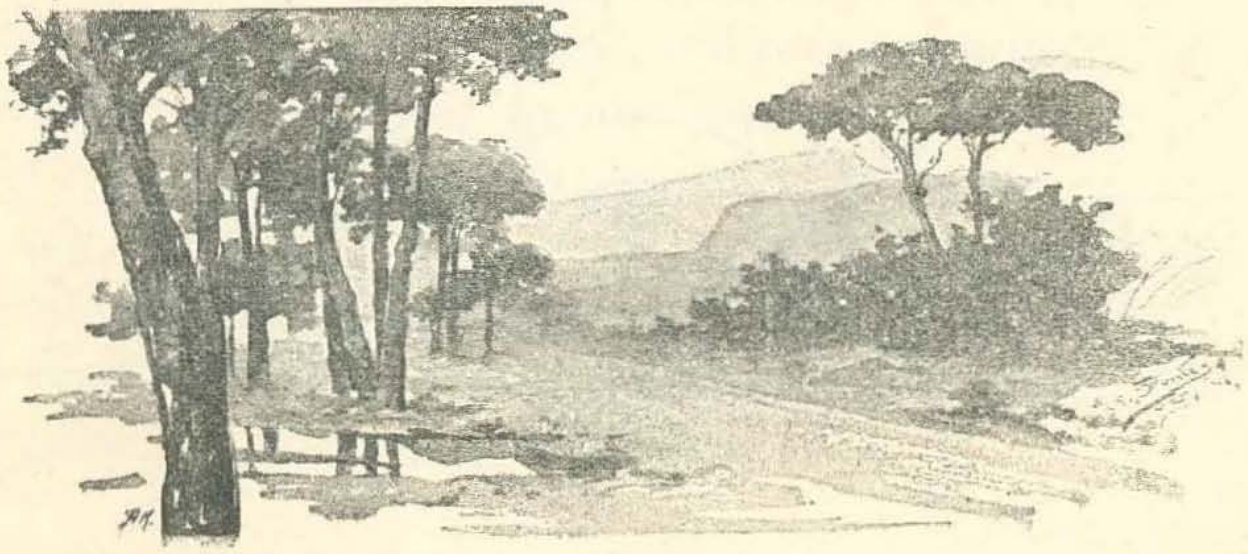
— Te gustarían más con pasas, si el proverbio no te obligara á decir *moscas*... ¿Verdad?... ¿Moscas?.. Y Jorge habló de *boca,* sin venir muy al caso... Y Manolo de una casa *cerrada*... ¡Ya sé! Es:

En boca cerrada no entran moscas.

Biblioteca Nacional de Maestros

REINO MINERAL

REINO ANIMAL



REINO VEGETAL

Biblioteca Nacional de Maestros

LA CASA. EL VESTIDO, EL ALIMENTO

Señorita. — Yo quisiera saber cuál de los tres reinos de la naturaleza les parece á ustedes más útil al hombre. Como ya saben, el reino mineral comprende los minerales: agua, rocas, metales, etc. Al reino vegetal pertenecen las plantas, y al reino animal todos los animales.

Max. — El reino animal es el más útil, señorita.

Señorita. — Tú has pensado tal vez en un buen asado, pero, antes de dar una opinión, estudiemos las utilidades que presta cada reino en las principales necesidades del hombre. Para la alimentación ¿qué nos da el reino animal?

Victorita. — La carne de vaca. de cordero, de cabra y de gallina.

Juancito. — Y de pato, ganso, pavo y demás aves de corral...

Roberto. — Y de otras aves y animales de caza...

Señorita. — Y los pescados, y los moluscos, como los caracoles, las ostras, etc. Pero hay otros productos animales muy apreciados y nutritivos...

María Delia. — Yo lo sé, señorita; los huevos y la leche son productos animales.

Señorita. — ¿Y del reino vegetal qué comemos?

Biblioteca Nacional de Maestros

Margarita. — La fruta, las verduras y las legumbres.

Señorita. — Y algunas semillas que se llaman *cereales:* trigo, cebada, maíz, avena, arroz. ¿De qué otras semillas nos alimentamos?

Manolo. — De porotos, alberjas, habas, café, cacao...

Señorita. — ¿Nadie recuerda algún otro producto importante?

Juancito. — La caña de azúcar y la remolacha, de las cuales se saca el azúcar.

Manolo. — Y el olivo, del cual sacamos el aceite, y la viña, que nos da el vino.

Señorita. — Del reino mineral ¿qué utilizamos en nuestras comidas?

Roberto. — El agua, señorita.

Juancito — Como remedio se toma hierro.

Max. — El hierro no se come, es un metal

Juancito. — No se come, pero puede obtenerse de él un tónico muy bueno para las personas débiles...

Señorita. — Tiene razón Juancito: El hierro y otros muchos minerales se emplean — por medio de procedimientos químicos y farmacéuticos — en la preparación de bebidas medicinales. Pero no hemos nombrado aún un mineral muy importante en la alimentación.

Marco Arturo. — La sal, señorita.

Biblioteca Nacional de Maestros

Señorita. — Muy bien. También el aire puede ser considerado como un alimento y el más indispensable á todo ser viviente.

Veamos ahora de dónde saca sus vestidos el hombre.

Victorita. — Del reino animal saca la lana, que es uno de los mejores abrigos; el cuero, con que se hacen los zapatos, y la seda, obra de los gusanos.

Señorita. — Del vegetal sacamos el algodón, el cáñamo y el lino, con los cuales se tejen muchas telas. ¿Y del reino mineral?

Adita. — No se emplea ningún metal en los vestidos, señorita.

Señorita. — Piensa un poquito, Adita, ¿de qué están hechos tus zapatos?

Adita. — De cuero, que es un producto animal.

Señorita. — Tienes razón, pero ¿esos clavitos que sujetan la suela?

Adita. — Es verdad, señorita; son de hierro.

Señorita. — Y el reloj y la cadena de tu papá, ¿de qué son?

Adita. — De plata.

Señorita. — ¿Y el reloj de la directora?

Adita. — De oro.

Señorita. — Y si hay botones de madera, de hueso y de nácar, también los hay de metal. Ya ves que el

Biblioteca Nacional de Maestros

hombre utiliza productos minerales en sus vestidos. Además del vestido y del alimento, ¿qué necesitamos para vivir?

Max. — Una casa, señorita.

Señorita. — ¿Y qué empleamos del reino animal en nuestras habitaciones?

Roberto. — Los huesos de los animales y los cueros. Yo he visto en las sierras de Córdoba un rancho que tenía las ventanas tapadas con cuero los días de viento, los asientos eran cabezas de vaca, y en las paredes había colgadas cabezas de ciervo ó de cabra, cuyos cuernos servian de perchas. Además en el suelo había un cuero de cordero estirado como alfombra.

Señorita. — Muy bien observado, Roberto; todo eso pertenece al reino animal. ¿Y del reino vegetal no había nada en ese rancho?

Roberto. — Las paredes estaban sujetas con troncos de árboles, y el techo era de paja.

Señorita. — Y seguramente el rancho estaría rodeado de árboles que le diesen sombra, y que podian considerarse como parte de la habitación. ¿Puedes decirnos qué habían empleado en esa construcción, que perteneciera al reino mineral?

Roberto — Clavos y algunas latas de kerosene, señorita.

Biblioteca Nacional de Maestros

Señorita. — Examinemos ahora una habitación un poco más confortable; la casa de un guardavía, por ejemplo.

Roberto. — Tiene las paredes de madera y el techo de zinc.

Señorita. — ¿Y quién sabría decir con qué está construído el edificio de la escuela?

Marco Arturo. — Está construído con ladrillos, hierro y madera.

Señorita. — Muy bien. ¿Cuál de los tres reinos de la naturaleza les parece á ustedes ahora que es más útil al hombre?

Los tres le son igualmente indispensables. Si le faltara alguno de ellos, no podría vivir Y para que recuerden las diferencias por las cuales se distinguen los seres ú objetos que cada reino comprende, escriban lo que voy á dictarles:

«Los animales crecen, se mueven, se reproducen, se alimentan y respiran.

Las plantas crecen, se reproducen, se alimentan y respiran, pero no se mueven.

Los minerales no se mueven, no se reproducen, no se alimentan ni respiran, pero sufren transformaciones por la acción del aire, de la electricidad y de otros fenómenos naturales.»

Biblioteca Nacional de Maestros

JUGANDO AL CIEGO

— Adivina ¿qué es esto?

— Es el mármol del lavatorio.

— ¿En qué lo conociste?

— En que es frío, duro y liso.

— ¿Y esto?

— Es suave, es flexible; es algodón.

— Ahora dame el dedo, ¿qué es esto?

— Es agua.

— No, es vino.

— Es cierto, ya siento el olor. Esto que me haces tocar ahora es curvo; está tibio; parece un huevo recién puesto, ó calentado.

— ¿Y esto?

— Es chato, tiene bordes; es la pizarra. ¡Oh, qué áspero es lo que me das ahora! ¿Es la corteza de un árbol?

— Sí, es un pedazo de leña.

Biblioteca Nacional de Maestros

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

— Esto tan liviano, es un papel. Y esto que tanto pesa ¿es plomo?

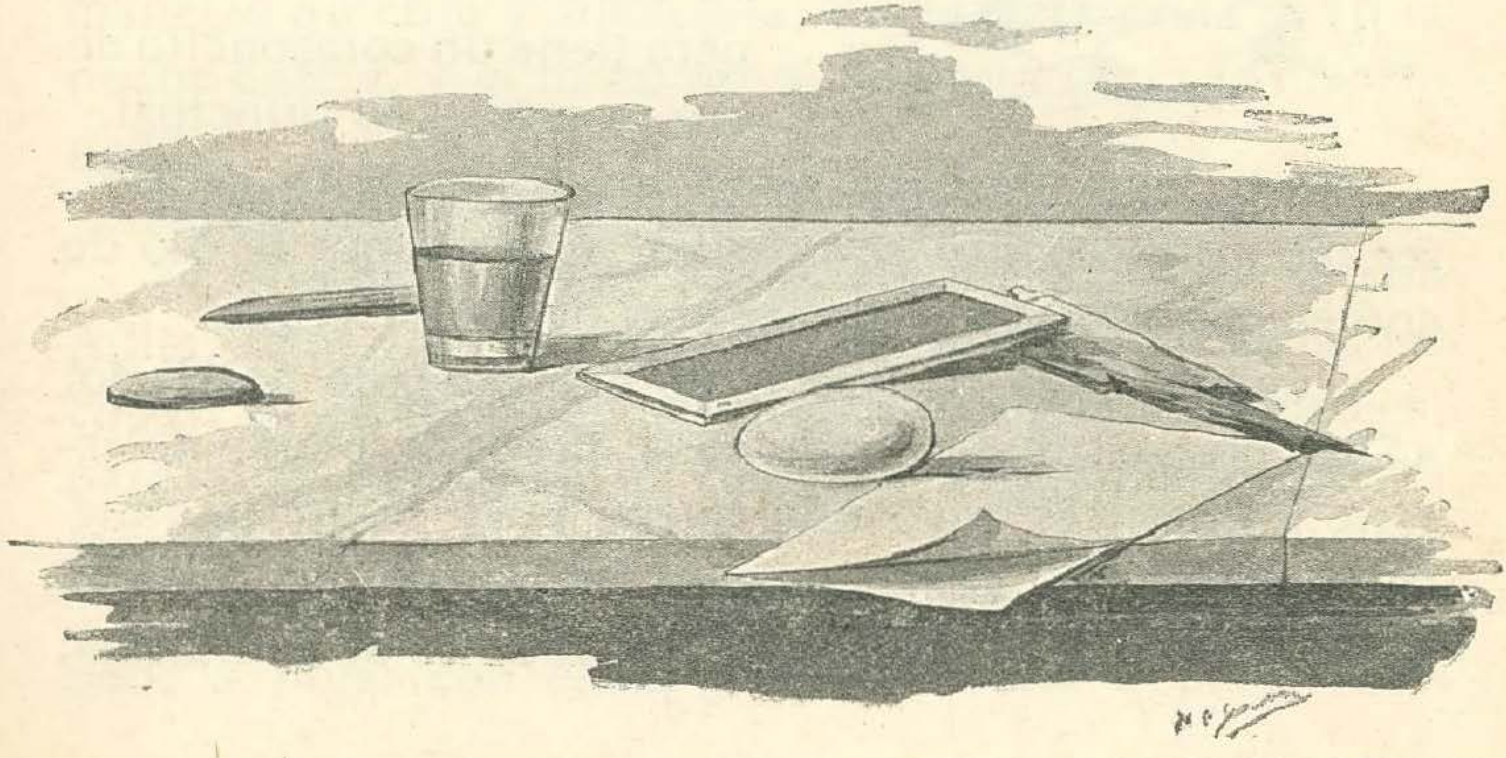
— Adivinaste, es el tejo con que jugamos á la rayuela. Ahora toca con cuidado...

— Pincha; es un alfiler.

— Toca esto con cuidado también...

— Es afilado.

— Has tocado la arista de una piedra. Por el tacto conoces entonces: si una cosa es fría ó caliente, dura ó blanda, rígida ó flexible, suave ó áspera, pesada ó liviana. Puedes también darte cuenta de su forma; de si es curva ó plana y saber si corta ó pincha. Y lo mismo si es sólida ó líquida. Pero lo que no puedes saber es su color. ¡Pobre cieguito! quítate la venda.



Biblioteca Nacional de Maestros

EL BURRITO LA MUÑECA Y EL TORDO

(Histórico)

Juan y Jorge le regalaron á Adita, el día de su santo, una muñeca, y Tito le regaló un burrito de cartón. Pero lo que más la alegró fué un tordo que le llevó María, diciéndole: «Es huerfanito, lo he encontrado en el suelo, cerca de un nido abandonado. Tiene hambre y frío, y he pensado que nadie lo cuidaría mejor que tú.»

El tordo es un pájaro gris oscuro, á veces negro; su aspecto no es brillante, pero tiene un corazoncito de oro, y esto es lo principal.

Adita, que también tiene un corazoncito de oro, recibió al huerfanito con cariño. Ella misma le dió de comer pan mojado y raspaduras de carne cruda.

Cuando llegó la noche no sabía dónde acostarlo. «Si lo pongo sobre mi almohada, pensaba, puedo aplastarlo.» Entonces tuvo una buena idea. Sobre una mesa, al lado de su cama, puso al burrito de pie. Encima de él sentó á la muñeca, y en las rodillas de la muñeca,

Biblioteca Nacional de Maestros

sobre la pollerita de lana, colocó al tordo, como en un nido. Y dijo al burrito: «Ten cuidado de la muñeca, no des ninguna coz, ni eches á correr.»

El burrito movió la cabeza con resorte de alambre, como diciendo: «Está bien, está bien.»

Luego dijo á la muñeca: «Cuida bien al tordo, tenlo abrigado, y si se despierta, hazlo dormir de nuevo.»

La muñeca miró á Adita con sus ojos azules muy abiertos, como contestando: «Velaré toda la noche.»

Y Adita dijo por fin: «¡Buenas noches, Tordito, duerme bien!» El tordo contestó: «pío, pío...» y todos se durmieron.

El burrito dejó de mover la cabeza, la muñeca permaneció quietita y silenciosa; ni siquiera pestañó en la noche entera, y el tordo no se despertó hasta la madrugada.

Desde entonces pasaron así todas las noches.

El pajarito crecía de día en día... Iba á la mesa con Adita, comía de su plato, y tomaba agua en todas las copas. Al principio andaba á saltitos sobre los muebles, pero muy pronto se le vió volar alegremente, de un lado á otro.

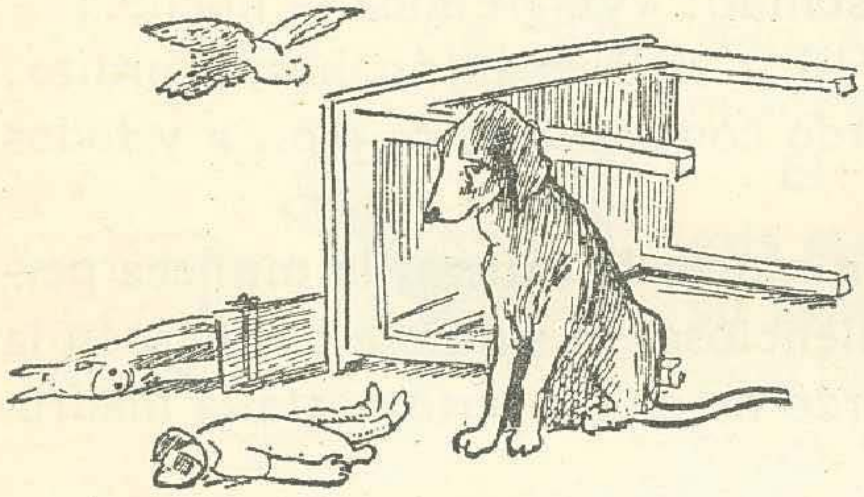
Cuando acudían otros tordos al jardín, Tordito salía á jugar con ellos, y luego volvía á posarse en

Biblioteca Nacional de Maestros

el hombro de Adita. Y por la noche, antes de dormirse, contaba al burrito y á la muñeca lo que había visto en el jardín.

El burrito movía la cabeza, como si entendiese, y la muñeca lo miraba siempre con sus lindos ojitos de vidrio. Eran los mejores amigos del mundo.

Un día Pipo se subió á la mesa, y la derribó. El resorte de alambre del burrito se quebró al caer, y la cara de porcelana de la muñeca se hizo pedazos.



El tordo, revoloteando sobre ellos, dió gritos tan desesperados, que Adita acudió á ver lo que pasaba... Pipo, avergonzado, se escondía detrás de la mesa.

Al ver sus juguetes rotos, Adita se echó á llorar, pero se consoló diciendo: «Al tordito no le ha pasado nada.» Enjugó sus lágrimas, colocó de nuevo el burrito con su cabeza inmóvil sobre la mesa, encima á la muñeca, descabezada. Y acostó al tordito en sus faldas como todas las noches...

Y como todas las noches, Tordito empezó á contar á sus amigos lo que había visto en el jardín. Pero ¡ay!

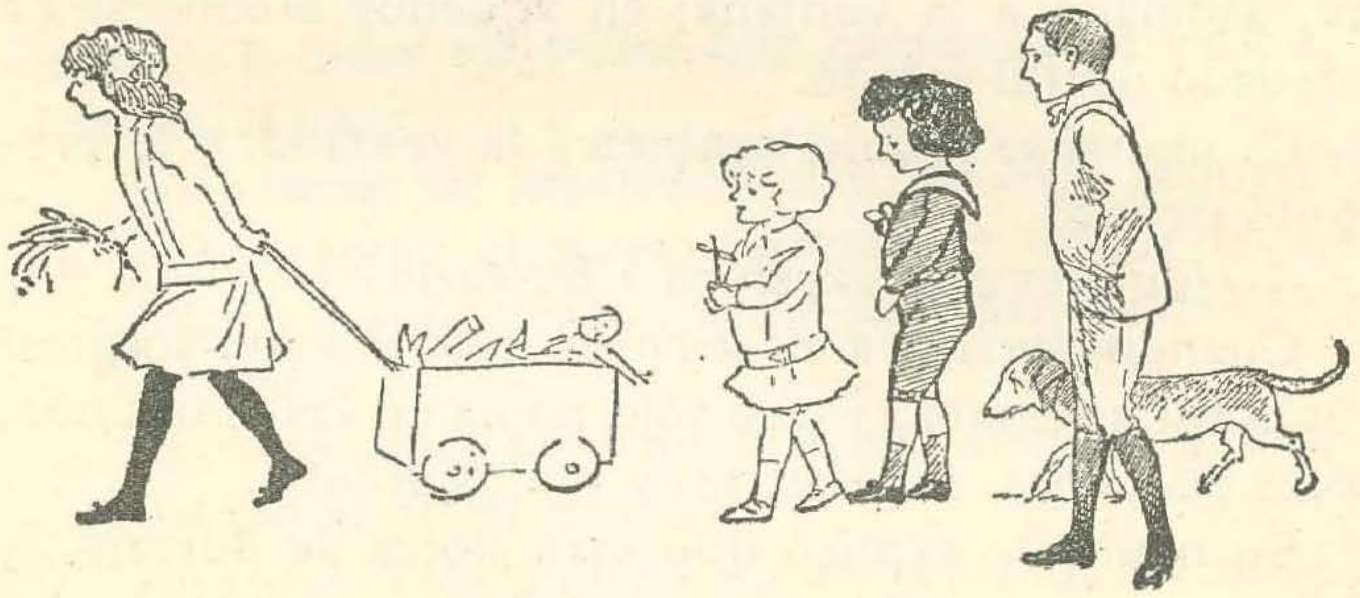
Biblioteca Nacional de Maestros

el burrito no movía la cabeza, ni la muñeca lo miraba ya con sus lindos ojitos celestes.

Y sobre la pollerita de lana de la muñeca sin ojos, amaneció al otro día el tordo con su cabecita inclinada...

Tampoco él movía ya su cabeza, como si hubiese perdido algún resorte de alambre lo mismo que el burrito. Y tampoco él miraba ya... Sus ojos se habían cerrado para no ver más á sus amigos destrozados... Se había muerto de pena. Entonces sí que lloró Adita sin consuelo.

Juan, Jorge y Tito cercaron un rincón de la huerta, y en el centro plantaron una planta de «no me olvides» que Adita riega todos los días. Pues allí ha enterrado ella misma, uno al lado de otro: al burrito, á la muñeca y al tordo...



Biblioteca Nacional de Maestros

FLORES Y FRUTOS

—¡Mamá! exclamó Tito una mañana de septiembre, asomado á la ventana; en aquellos árboles se ha enredado un tul rosado.

La mamá se asomó también á la ventana, y le preguntó riendo:

—¿Quieres que vayamos á buscarlo?

Cuando llegaron á los árboles, Tito vió con sorpresa que el tul no estaba, y que sólo había en las ramas unas flores pequeñas, rosadas, muy juntas al tallo.

Su mamá le explicó que eran flores de durazno, y Tito, más sorprendido aún, exclamó:

Biblioteca Nacional de Maestros

—Los duraznos no son flores, mamá; flores son las rosas y los jazmines. Los duraznos son fruta.

La mamá preguntó á Tito:

—¿Qué árboles son los que están junto á la casa de don Tomás?

—Damascos.

—Vamos á verlos.

Tito, que estaba muy seguro de encontrarlos cubiertos de damasquitos chiquititos, al ver las ramas llenas de flores blancas, no supo ya qué decir.

—Casi todos los árboles y las plantas, le dijo su mamá, florecen en primavera. Esas flores se convierten después en *fruto*.

Hay frutos de distintas clases.

Entre ellos están los duraznos, las manzanas, las peras, las guindas, las ciruelas, las uvas, que tanto te gustan; á todos los frutos que comemos de postre los llamamos *fruta*.

Las plantas de legumbres dan también primero las flores y después el fruto; algunas en forma de vaina con varios granos dentro, como las alberjas, los porotos y las lentejas.

Las rosas que tú crees que son siempre flores, se convierten también en fruto.

Para que Tito pudiera ver de cerca las flores de los

Biblioteca Nacional de Maestros

árboles frutales, la mamá quiso cortar una rama, pero Tito se opuso:

— No las cortes, mamá; si las flores se convierten en fruto, cortándolas, tendremos menos damascos y duraznos cuando maduren.

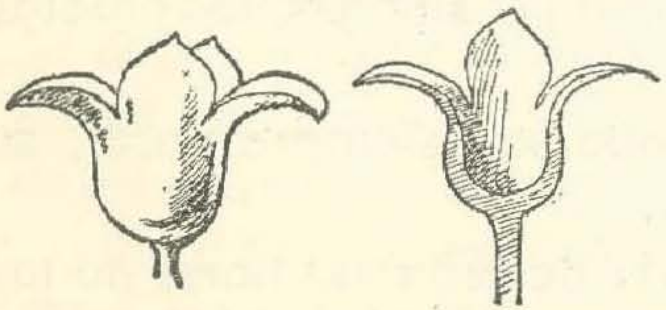
— Pero serán más grandes, Tito, le contestó su mamá. Cuando los frutos están demasiado juntos, es mejor entresacarlos para que maduren bien los que quedan.

LA FLOR

Adita llevó al colegio una ramita de flores de durazno, otra de damasco y otras muchas flores del jardín.

La señorita Elcira, eligió la más insignificante del ramo; una florecita blanca llamada «revienta caballo», por ser la más fácil de examinar.

Señorita. — ¿Ven ustedes esta estrellita verde que hay debajo de la flor?

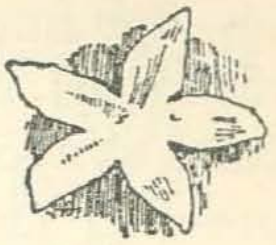


María Delia. — Sí, señorita; es el *cáliz.*

Juan. — Y el hilito verdoso que une la flor con la planta es el *pedúnculo.*

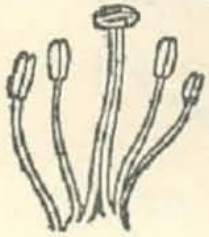
Biblioteca Nacional de Maestros

Señorita. — ¿Y quién sabe como se llama esta estrella blanca con cinco rayos ligeramente unidos entre sí, de modo que forman una estrella de una sola pieza?



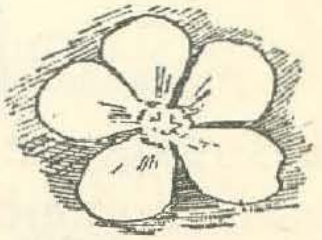
Manolo. — Se llama *corola.*

Señorita. — ¿Ven en el centro de la estrella una columna amarilla, de cuyo centro se levanta á su vez un hilito claro? Esta columna se compone de cinco piezas. ¿Cómo se llaman esas piezas?



Max.— Pistilos, señorita.

Señorita. — Max, confundes; son los *estambres.* El *pistilo* es el hilito blanquecino verdoso que está en el centro. Ya ven ustedes; ésta es una flor *completa*, porque tiene *cáliz, corola, estambres* y *pistilo.* Ahora tomo una flor de durazno. Veamos, Max, si sabes cómo se llaman las cinco piezas de la corola.



Max. — Son los *pétalos.*

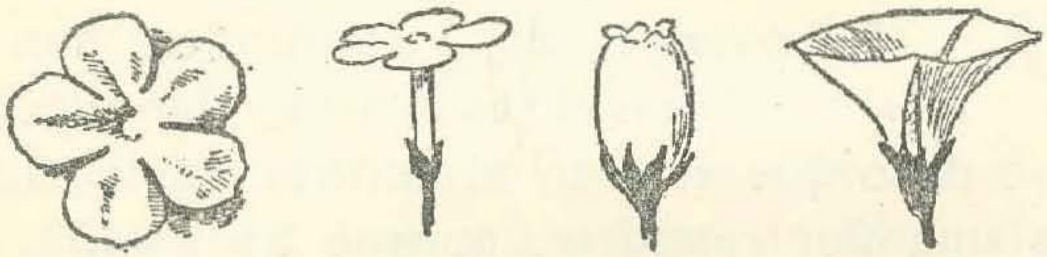
Señorita. — ¿Y el polvito amarillo que tienen los estambres en la punta?

Max. — Se llama *polen,* señorita.

Señorita. — Muy bien, Max, progresas en botánica. No crean ustedes que todas las corolas son de la misma forma. Voy á dibujar en la pizarra, para que las copien, unas cuantas corolas de formas diversas. Ya hemos

Biblioteca Nacional de Maestros

visto que la flor de «revienta caballo» tiene cinco pétalos ligeramente unidos entre sí, y que en la flor de durazno los pétalos están separados. En el jazmín del país, «yuyo de sapo» y otras flores análogas, la corola presenta la misma forma de estrella, pero termina por debajo en un largo tubo. En el «huevo de gallo» es de forma cilíndrica, y las campanillas de los cercos recuerdan un embudo.



Además, hay otras muchísimas formas de corolas. Las rosas, de clases tan variadas, tienen generalmente gran número de pétalos coquetamente combinados. Las violetas, los conejos, el tulipán, tienen muy distintas corolas. Pero todas las flores están formadas más ó menos lo mismo: de *cáliz, corola, estambres* y *pistilo*. No todas son completas; algunas carecen de cáliz por caérseles las hojas del cáliz antes de abrir la flor; otras carecen de corola; algunas de estambres, y otras de pistilo. Estas se llaman flores *incompletas*.

Biblioteca Nacional de Maestros

CANCIÓN DE LA PEQUEÑA FLORISTA

Yo vendo flores
Por mí cortadas,
Flores fresquitas
Y perfumadas.

Tejo collares
Con los jazmines,
¡Ved las coronas
De mis jardines!

Con los que ríen
Ríen las flores,
Luciendo alegres
Vivos colores.

Y á los que lloran
Llevan consuelo,
Porque las flores
Hablan del cielo.

Llenas de encantos
Calman su mal
A los enfermos
Del hospital.

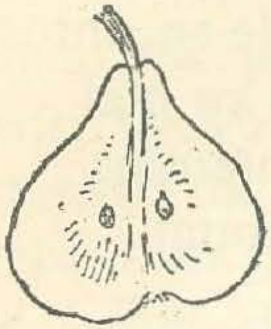
¡Llevadles lilas,
Claveles, rosas!
Y al que más sufra
Las más hermosas.

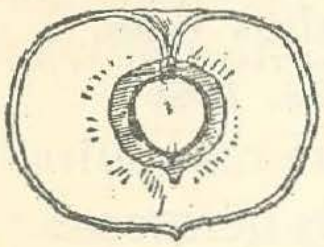
Yo vendo flores
Por mí cortadas,
Flores fresquitas
Y perfumadas.

Dalias, jacintos,
Suave alelí,
Amables lirios,
¡Hablad por mí!

Biblioteca Nacional de Maestros

SEMILLAS

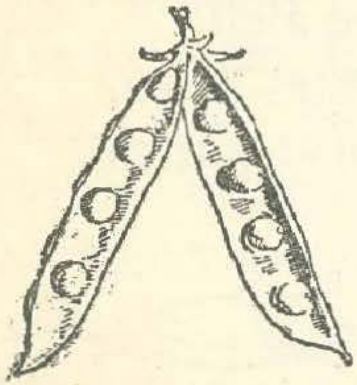




Dentro del fruto están las semillas. Las manzanas, peras y membrillos tienen en el centro pequeñas semillas negras; los duraznos, damascos, cerezas y ciruelas, sus carozos. Todas estas frutas se caen cuando están maduras.

Los abrojos cubren sus semillas de espinas, con las cuales se prenden á la lana de las ovejas y á las crines de los caballos para trasladarse á otros lugares.

De los cardos salen unas semillitas envueltas en una pelusa de seda que les permite volar muy lejos por el aire.



Las vainas se abren, y dejan caer sus porotos.

De cada semilla, si cae en tierra fértil y tiene riego, nacerá un planta

¿Qué otras semillas conocen ustedes?

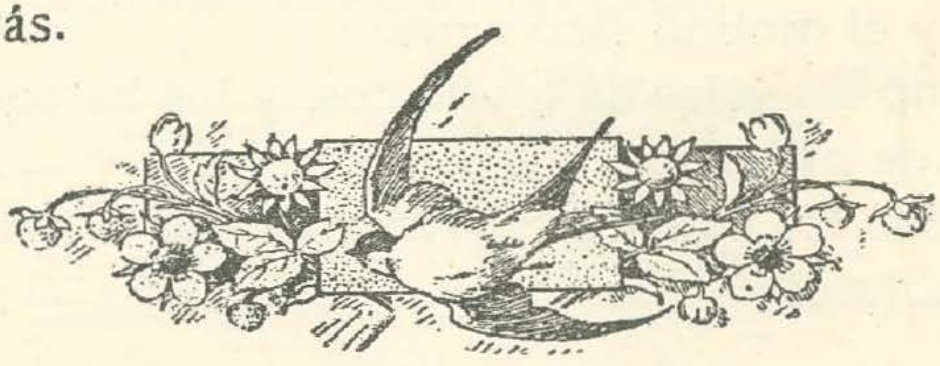
Biblioteca Nacional de Maestros

ADIVINANZA

—¿Qué es una cosa que anda por el aire?
—¿Es una máquina?
—No es un aeroplano.
—¿Tiene alas?
—No es un pájaro.
—¿Es vapor?
—No es una nube
—¿Es la semilla del cardo?
—Sí, es un «panadero».

¿Á DÓNDE VAS?

—Panadero, panadero ¿á dónde vas?
—A buscar el lugarcito de la tierra que me guste más.
—¿Y allí qué harás? ¿Dormirás, dormirás?
—Y algún día convertido en planta me verás.
—¿Y qué darás? ¿Me lo dirás?
—Alegría al campo con mis flores, y alimento á los asnos, á las vacas, á las palomas y á algunos otros pajaritos más.



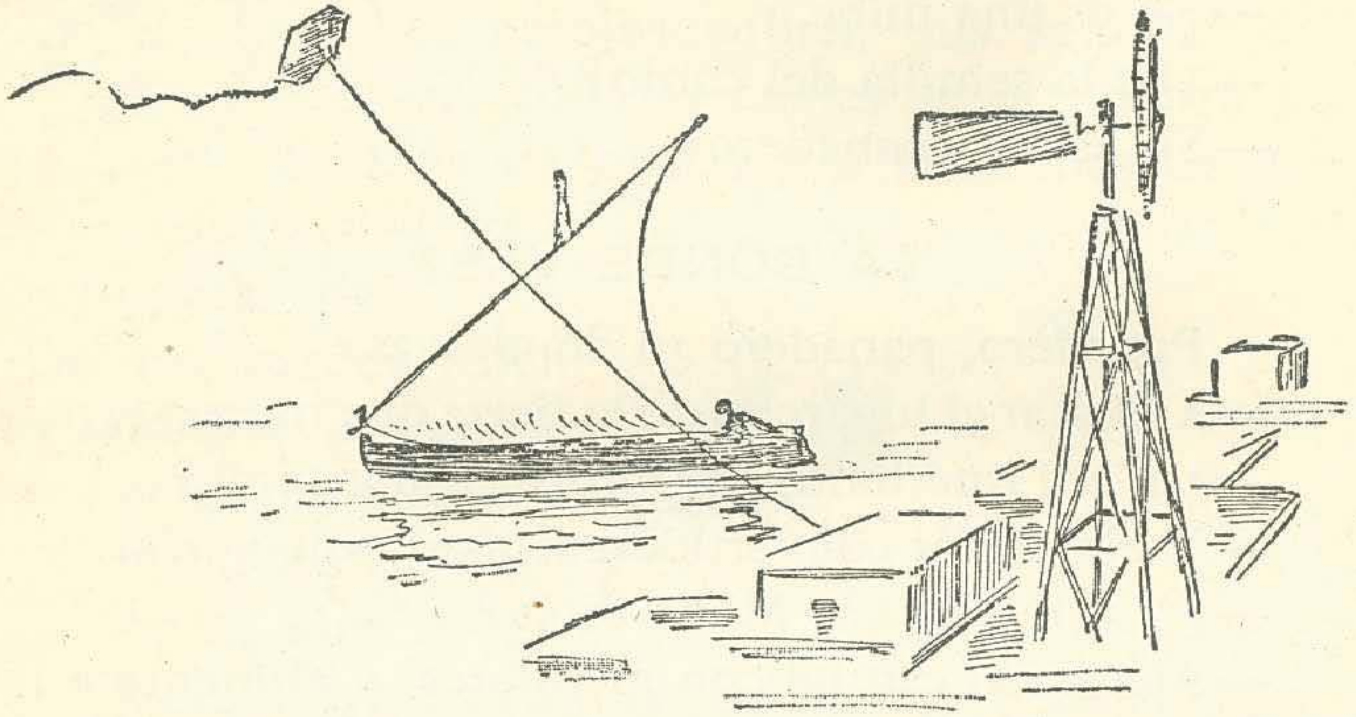
Biblioteca Nacional de Maestros

BRISA, VIENTO, HURACÁN

Vino una *brisa* suave y acarició las flores; las flores le dieron su perfume, y la brisa lo esparció.

Se puso á cantar en las ramas; las ramas le dieron sus semillas, y la brisa las sembró.

Llamó á mi ventana, *toc, toc;* le abrí de par en par, y la brisa refrescó mi habitación.



Vino un *viento* moderado; movió la rueda del molino, y el molino sacó agua.

Hinchó las velas de los barcos, y los barcos navegaron más de prisa.

Levantó los barriletes, y volaron por el aire sus colas y sus flecos.

Biblioteca Nacional de Maestros

Vino un viento fuerte; arrastró las nubes, y los rayos del sol llegaron radiantes á la tierra.

Deshojó las flores, y sus pétalos volaron como mariposas.

Arrancó las hojas de los árboles, y las hojas bailaron con él alegremente.

Le cerraron las puertas, y entró por las rendijas.

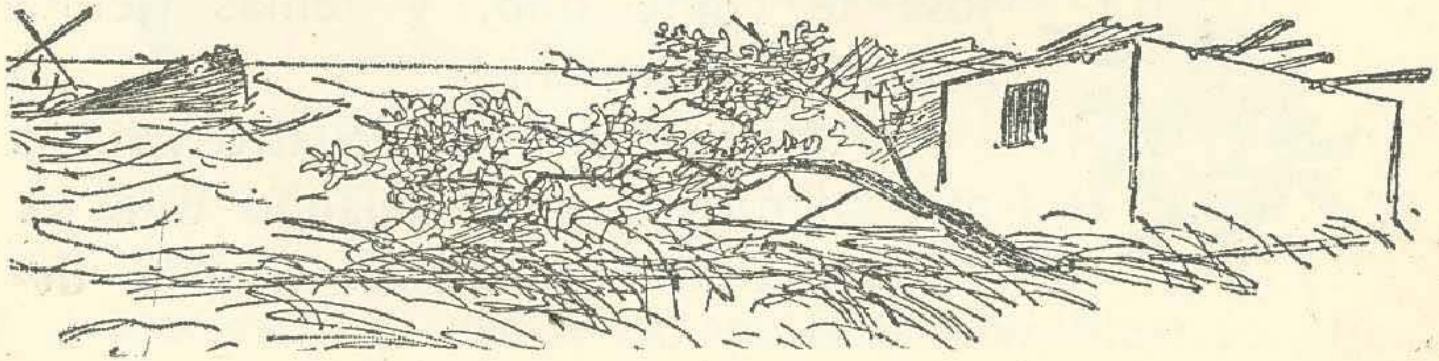
Jugó al aro con los sombreros, y sus dueños tuvieron que correr para alcanzarlos.

El viento purifica la atmósfera, el viento juega, se divierte.

Pero ¡ay, cuando se convierte en *huracán!* En vez de arrancar las hojas, arranca los árboles de raíz.

Hace pedazos la rueda del molino, á los barcos los hace naufragar.

Y lo mismo que los sombreros, suele arrancar, en su furor, hasta los techos de las casas.



Biblioteca Nacional de Maestros

EL JARDÍN DE LA SEÑORITA ELCIRA

—Hoy, niñitos, vamos á jugar á la escuela de las flores. Y diciendo esto, la señorita Elcira puso un nombre de flor á cada uno de sus discípulos. Ni Margarita, ni Rosa, ni Hortensia, ni Jacinto, tuvieron que cambiar de nombre.

—Y usted, señorita, tiene que ser la flor más grande de todas, dijo Juancito, á quien le había tocado ser Tulipán.

—Y la más buena, dijo Max-pimpollo.

—Y la más linda, añadió Manolo-flor-de-cereza.

—Muchas gracias, niñitos, ustedes son las flores; yo seré el jardinero que las cuide. Dime, Violetita, si recibes en tus pétalos tres gotas de rocío, bebes una, y quedas satisfecha, ¿qué sucederá despues?

—Que el sol se bebera lás otras dos, y yo me quedaré muy fresquita...

—Muy bien dicho. Y tú, Rosa; si el viento te arranca cinco pétalos, una vaquita de San José te come uno, y tenías treinta ¿cuantos te quedan?

—Me quedan veinticuatro pétalos mal seguros, porque cuando uno ha volado, todos los demás sienten de-

Biblioteca Nacional de Maestros

seos de volar también, y me cuesta gran trabajo mantenerlos en mi cáliz.

—Y cuando hayas perdido todos los pétalos ¿qué te quedará además del cáliz?

—Me quedarán los estambres y el pistilo.

—¿Y qué harás entonces?

—Preparo mi frutita colorada; dentro de ella están mis semillas.

—¿Sabrás decirnos, Pimpollo, qué te hace falta para convertirte en una linda rosa como tu hermana?

—Tiempo, para que mis pétalos vayan abriendo uno á uno.

—¿Y qué más?

—Aire, luz, agua, calor..

—Si una abeja te visita ¿qué se lleva de ti, Tulipán?

—Lleva néctar para su miel y también polen en las patitas.

—¿Y qué hace la abeja con el polen?

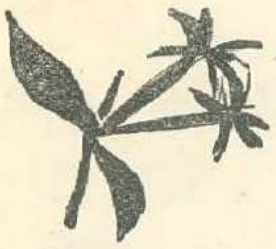
—No sé, señorita.

—Lo deposita casi todo en otro tulipán, para que se forme la semilla, y lleva un poco á su panal para alimento de las abejas chiquitas, llamadas *larvas*.

Madreselva, veo á un picaflor revoloteando alre-

Biblioteca Nacional de Maestros

dedor de ti... ¿Qué busca al introducir su piquito en el



tubo de tu flor?

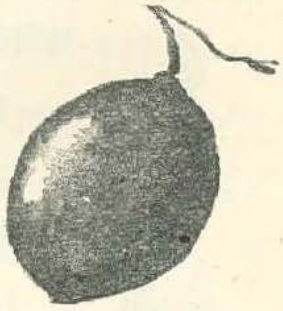
—Busca el néctar dulce para alimentarse, y quizá también algunos bichitos muy pequeñitos.

—Y tú, Amapola, ¿qué haces durante el verano?

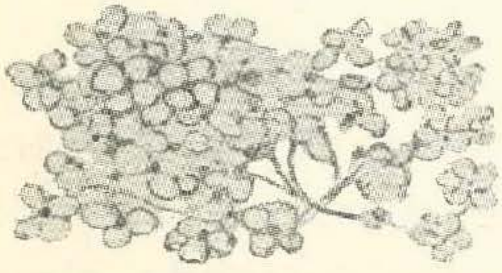
—Construyo una cajita con tapa para guardar mis semillas. Los chicos la cortan y, jugando con ella, siembran los granitos.

—Eres muy hábil, hermosa Amapola... Pero tú ¡pobre Azahar! Has perdido tus pétalos ¿qué será de ti?

—No me compadezca, señorita, pues me convertiré en una jugosa naranja, si soy azahar de naranja, y en un limón, si soy azahar de limón.



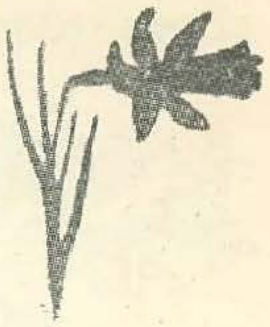
—Podrías ser también azahar de lima ó de toronja; y tienes razón de estar contento con tu suerte.. Yo quisiera saber, Hortensia, por qué cambias de color.



—Soy rosada ó celeste según las substancias minerales que absorbo de la tierra.

—Dime, Narciso, ¿por qué te yergues tan orgulloso?

Biblioteca Nacional de Maestros



—Porque florezco en invierno, cuando no hay casi ninguna otra flor.

—Y tú, Jacinto, ¿qué dices?

—Que también mis flores se abren en invierno, y son de colores muy variados; así es que puedo estar más orgulloso que el narciso.

—No discutan; todas son muy hermosas. Margarita, supón que tienes veintiún pétalos; quiero que me sirvas de *oráculo*. Deseo saber si mi discípula Margarita me quiere, y digo en un pétalo *sí* y en otro *no*. He empezado diciendo *sí*, ¿qué me dirá el último pétalo?

—Que sí, señorita, y le dirá la verdad.

—Bueno, mis flores saben muchas cosas Quiero ahora tejer con ellas una corona.

—¿Cómo, señorita?

—Tomándose todas de la mano y formando una rueda. Cantaremos estos versitos:

Esta clase es un jardín,
cada niño es una flor;
la maestra es jardinera
que los cuida con amor.

Biblioteca Nacional de Maestros

LA COLMENA

—¡No las toques, Jorge!

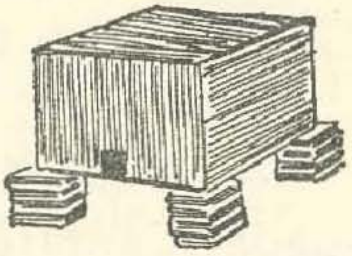
—Quiero verlas de cerca.

—Si te arrimas te picarán.

Colgando de una rama se veía un apiñado *enjambre* de abejas.

Juan y Jorge, resueltos á apoderarse de él, se acercaron al árbol con la cabeza y los brazos envueltos.

Jorge colocó debajo del enjambre un cajón con la abertura hacia arriba, y á un costado, encendió un poco de paja para atontar á las abejas con el humo. Juan sacudió fuertemente la rama y el enjambre cayó dentro del cajón.



Jorge tapó entonces el cajón con una tabla muy bien clavada, practicó en él una pequeña abertura que serviría de puerta, y, para que no se humedeciera, lo colocó luego sobre unos ladrillos.

Como el día amenazaba lluvia, y si llovía, no podrían las abejas salir en busca de su alimento, Juan

Biblioteca Nacional de Maestros

aconsejó poner unos terrones de azúcar cerca de la casita.

— Las abejas no comen azúcar, protestó Jorge. Se alimentan con el néctar de las flores, que convierten en miel.

— Pero también comen azúcar.

— No la pueden comer porque es muy dura.

Don Augusto, al oírlos, se acercó.

— Hace poco en París, tuvo lugar una discusión análoga á la de ustedes, les dijo. Un *apicultor* tenía muchas colmenas cerca de un ingenio donde refinaban azúcar El dueño del ingenio demandó al apicultor ante la justicia diciendo que las abejas le causaban un gran perjuicio en sus panes de azúcar. El apicultor contestó como Jorge: «El azúcar es muy dura y las abejas no la pueden comer.» Pero, estudiando bien el asunto, descubrieron que las abejas se llenaban el estómago de agua, en un arroyito vecino, y la lanzaban en seguida sobre los panes de azúcar, consiguiendo así llevarla disuelta a sus colmenas.

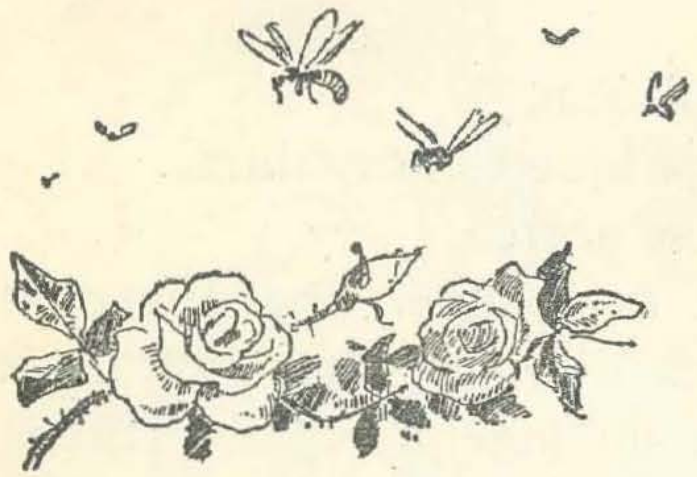
La admiración de Juan y de Jorge por la inteligencia de las abejas, no tuvo límites.

— ¡Papa, cuéntanos algo más de las abejas! dijeron.

— En primavera, aprovechando la estación de las

Biblioteca Nacional de Maestros

flores, las abejas hacen provisión de miel para el invierno. Absorben el néctar con la trompa, y en su estómago lo transforman en la miel, que depositan en los panales en cuanto llegan á la colmena. Buscando el néctar de las flores, las abejas se alejan algunas veces hasta dos y tres kilómetros de la colmena. La miel es de un sabor muy distinto, según la calidad de las flores que han visitado.



La miel que elaboraron aquellas abejas con el azúcar de la refinería resultó sumamente desabrida, porque no tenía el perfume exquisito de las flores.

Las abejas se multiplican muy rápidamente. Cuando hay en la colmena exceso de población, una parte de esa población emigra.

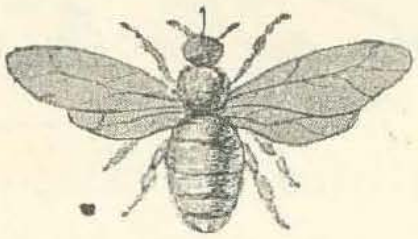
Las abejas que, en gran número abandonan así su casa, se reúnen en la rama de un árbol. Allí, prendidas unas de otras, formando un apiñado racimo como el que ustedes encontraron, descansan hasta que eligen el sitio para una nueva colmena.

Ese racimo es lo que se llama un *enjambre*. Éste se compone de una *reina*, varios *zánganos* y quince ó

Biblioteca Nacional de Maestros

veinte mil *obreras*. La reina y los zánganos no salen de la colmena. Las obreras son las que van á buscar la miel.

Reina

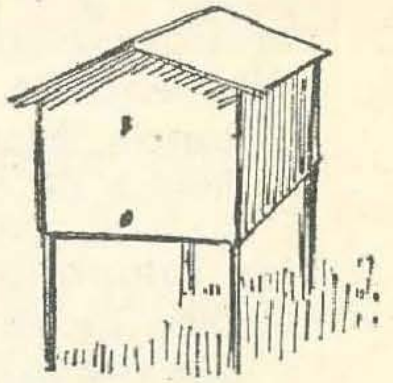


Obrera

Zángano

Si cuidan bien su colmena, pronto tendrán ustedes nuevos enjambres.

El cultivo de las abejas no es solamente un recreo para los aficionados. Como negocio, puede producir buenos beneficios, siendo la miel un alimento tan agradable y apreciado.



La industria de la *apicultura* empieza ahora á conocerse entre nosotros. Será una fuente de riqueza para el país y para el que sepa explotarla.

Biblioteca Nacional de Maestros

CANCIÓN DEL PAJARITO

(Del inglés)

En una casa
toda cerrada,
primeramente
no estuve mal;

creí que el mundo
era pequeño,
redondo, blanco,
y hecho de cal.

Un blando nido
habité luego
y allí mi infancia
feliz corrió;

creí que el mundo
era de paja,
y que mi madre
lo fabricó.

Alegre un día
salté del nido.
Cuando en las verdes
ramas me vi,

me dije: «el mundo
es todo de hojas;
antes de ahora
¡qué ciego fuí!»

Volé más tarde
lejos del árbol,
ya fuerte y hábil
para vivir,

y no sé ahora
de qué es el mundo,
ni me lo sabe
nadie decir.

Biblioteca Nacional de Maestros

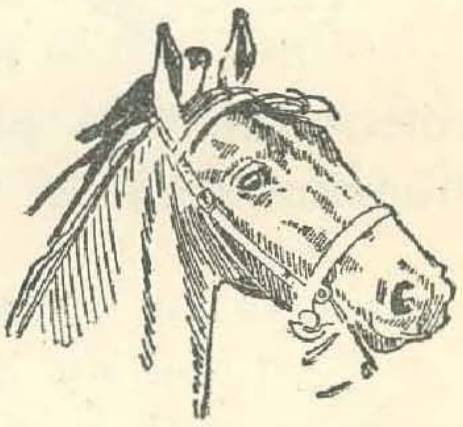
EL NIDO

I

Doña Golondrina iba á fabricar su nido. Con barro y hojas secas hizo primero la parte de fuera, es decir, las paredes; faltaba tapizar la casa, poner las alfombras, hacer las camas.

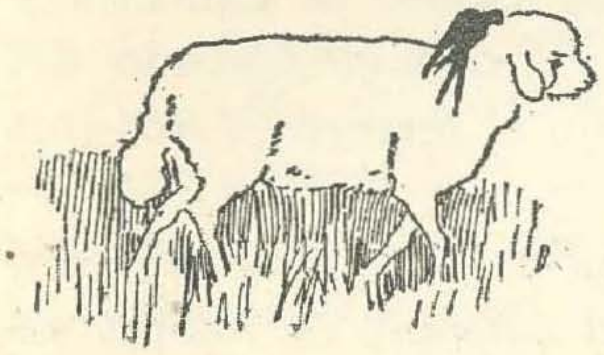
Se posó entre las orejas del caballo, y le preguntó:

—¿Quieres darme un poco de cerda para mi nido?



El caballo movió la cabeza, como diciendo: «sí, sí», y la golondrina le arrancó con su pico algunas crines.

Encontró luego, en el suelo, unas hebras doradas del cabello cortado á Luisita y dijo:—«Esta cerda es más fina que la del caballo; es muy bonita; adornaré con ella mi casa.» Así lo hizo, mas luego añadió: «Ahora quisiera algo más abrigado.»



—Ovejita, ¿quieres darme un poco de lana para mi nido? preguntó á la oveja.

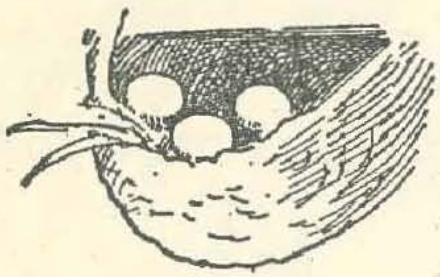
La oveja hizo «bée, bée» y fué un balido tan suave, que parecía decir: «Con mucho gusto, golondrina.» La go-

Biblioteca Nacional de Maestros

londrina arrancó algunos hilos de lana de la ovejita, y los llevó también á su nido.

— Está bien, se dijo entonces, pero yo quisiera algo más suave todavía.

Y arrancándose ella misma las plumitas más finas de su pecho, tapizó con ellas el fondo del nido.



¡Ahora sí que el nido era bonito, abrigado y suave! ¡Ya estaban preparadas las camitas! Y por fin, sobre los colchoncitos de plumas, puso doña Golondrina tres huevitos blancos.

LOS PICHONES

II

Al poco tiempo de haber puesto doña Golondrina los huevos en el nido, un pichoncito, rompiendo con el pico la cáscara de su huevo, asomó la cabecita y dijo: «aquí estoy». «Aquí estoy», dijo el segundo del mismo modo. «Aquí estoy», dijo el tercero. Y los tres salieron del cascarón.

Doña Golondrina tuvo, al verlos, una gran alegría.

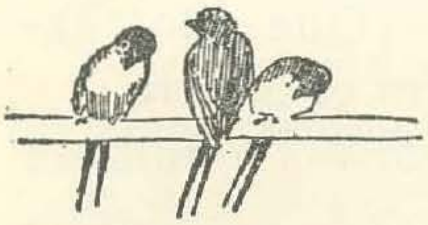
— «Tengo hambre», dijo el primero de los pichones. «Tengo hambre», dijo el segundo. «Tengo hambre», repitió el tercero.

Biblioteca Nacional de Maestros

El papa Golondrín, que estaba asomado al borde del nido, y que también se había alegrado al ver á sus hijuelos, salió volando y llevó para el primero un gusanito, para el segundo una mosca y para el más chiquito de los tres un pedacito de azúcar que encontró junto á un hormiguero. La mamá repartió la comida, dándole con el pico, á cada uno su parte.

Un día el pichoncito más grande dijo: — «Quiero salir del nido» y saltó á una rama. «Quiero salir del nido», dijo el segundo. «Quiero salir del nido», dijo el tercero. Y los tres saltaron á la rama.

Y por la tarde, antes de dormirse en el nido, hablaban los tres á un tiempo, llenos de admiración: «¡Qué grande es el mundo! ¡Qué lindo es! ¡Cuántas hojas tiene!» decían en un idioma de *pío-pío*, que sólo sus padres comprendían.



Otro día dijo el más grande: «Quiero volar»: «quiero volar», dijo el segundo, y el menorcito también dijo: «quiero volar».

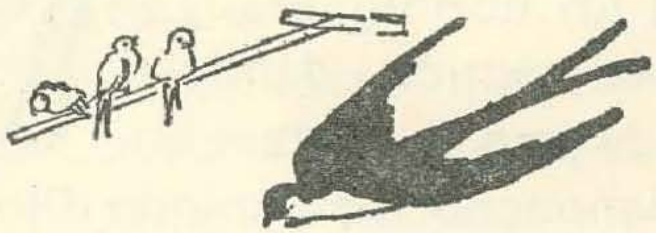
— Hagan como yo, dijo la madre, abriendo sus alas.

— «Tengo miedo», dijo el mayor.

— «Tengo miedo», repitieron sus hermanitos.

Biblioteca Nacional de Maestros

— ¡Vamos! los animó la madre. ¡A la una! ¡á las dos!... ¡á las tres! — Y voló el primero, y voló el segundo, y hasta el más chiquito de los pichones pudo volar también. Y todos cantaban: «¡Qué lindo es volar! ¡qué lindo! ¡qué alegría!»



UNA FAMILIA DE EMIGRANTES

III

Una mañana el pichoncito mayor que era ya casi mozo, exclamó: — ¡Qué frío siento! — ¡Qué frío! exclamó el segundo. — ¡Qué frío! exclamó el tercero.

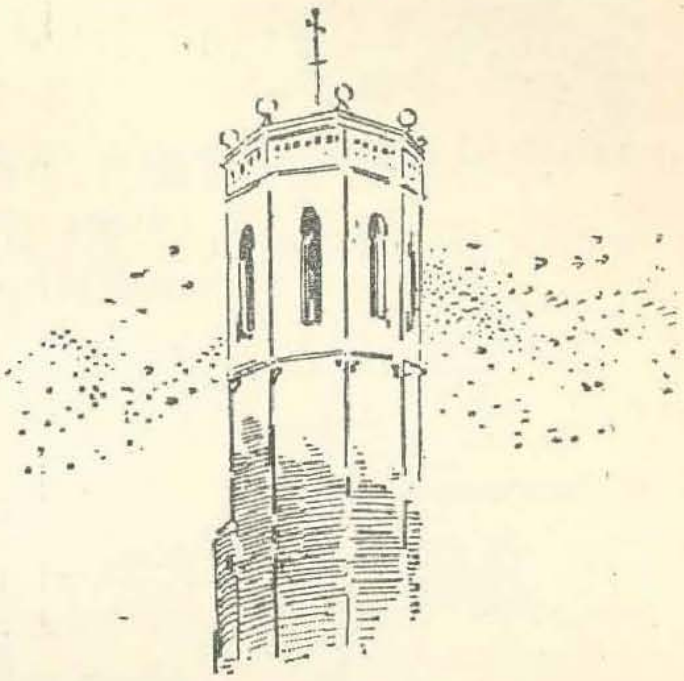
— Yo quisiera viajar, dijo el primero. — Yo quisiera viajar, repitieron sus hermanos.

— Sí, hijos míos, respondió la golondrina, tenemos que emprender un largo viaje en busca de calor.

Los pichoncitos, que deseaban conocer todo el mundo, batieron las alas, diciendo de nuevo: — «¡Qué alegría!, ¡qué alegría!»

— Aunque podéis ya viajar solos, continuó la madre, no os apartéis de mí que puedo daros buenos consejos.

Biblioteca Nacional de Maestros



Y esa misma tarde, todas las golondrinas del pueblo, se reunieron en el campanario de la iglesia.

La más vieja de las golondrinas se puso á la cabeza, y á una señal que dió, salieron todas volando.

La bandada formaba un triángulo.

Llegaron al puerto, y el pichoncito mayor, preguntó: —¿Aquí se acaba el mundo? — Empieza otro, corrigió el segundo. Y el tercero estaba tan asustado que no dijo nada.

— ¡Qué mundo tan raro!, prosiguió el primero. — No tiene árboles, observó el segundo. — Se mueve y ruge, dijo el más chico.

— Es el mar, explicó la mamá.

—¿Falta mucho para llegar? ¿no nos tragará el mar? seguían preguntando los pichones.

— ¡Valor, hijos míos!, contestaba la madre; he hecho muchos viajes, y todos han sido buenos.

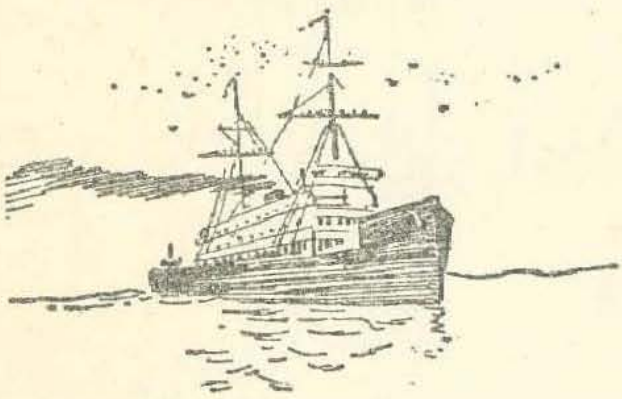
Y volaron, y volaron sobre el mar...

De pronto el pichón mayor exclamó: — ¡Veo un árbol muy grande! — Es un árbol sin hojas, dijo el

Biblioteca Nacional de Maestros

segundo. — Es un árbol que camina, añadió el tercero.

— No es un árbol, ¿no ven que echa humo? observó el primero. — Es una casa; una casa que anda, dijeron los demás.



— Es un buque con su *arboladura*, explicó la golondrina. En sus ramas podremos descansar, ¡pero estad alerta! á la primera señal volad, porque va lleno de hombres que podrían apresarnos.

— ¿Cómo? preguntaron los pichones.

— No lo sé; los hombres saben muchas cosas que nosotros ignoramos; pero lo que ellos no saben es volar. Por eso, para viajar sobre el agua, necesitan esas casas que caminan.

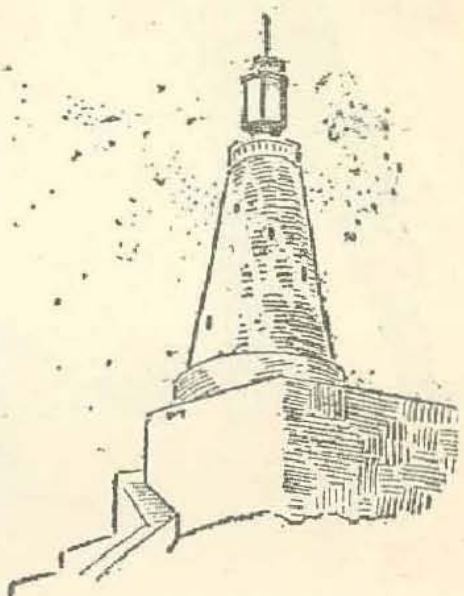
La bandada de golondrinas se detuvo á descansar en los mástiles del buque. Hablaban todas á la vez, *clic, clac, clic, clac*. Y los pasajeros del barco las miraban con placer.

— Este vapor va demasiado despacio, dijo de pronto la golondrina vieja. Y la bandada alzó el vuelo.

Y volaron, y volaron de nuevo las viajeras... Descansaron un instante más sobre el lomo de una ballena

Biblioteca Nacional de Maestros

que parecía una isla. Y poco antes de llegar al término de su viaje, descansaron también en un faro. Era de noche, y al ver la luz, los pichones preguntaron si aquello era una estrella ó el sol que salía.

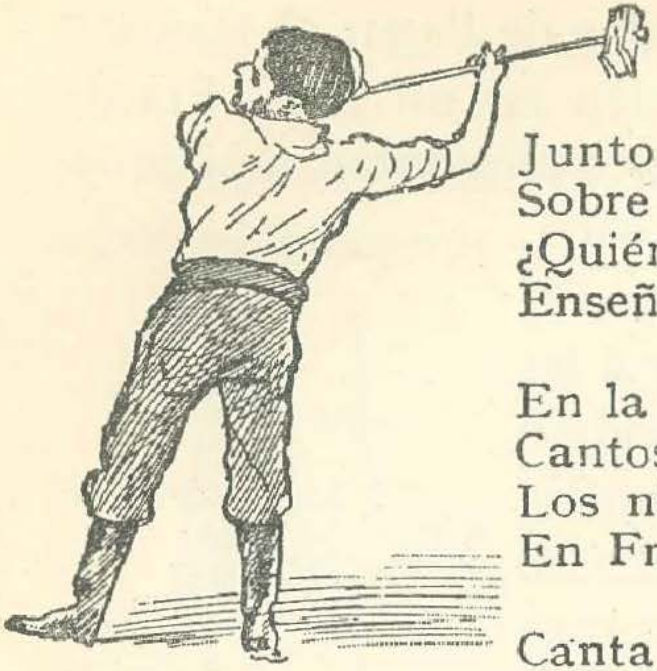


La madre les explicó que aquella luz la cuidaba el *torrero* para guiar á las embarcaciones que, sin ella, podían extraviarse en el mar, á cierta distancia de la costa, pero que el faro era principalmente útil para descanso de los pájaros viajeros. Así lo creía la golondrina.

Llegó por fin la bandada á un pueblo cuyos habitantes las saludaron con alegría, sabiendo que con las golondrinas llega la primavera. Y las avecillas se sintieron recompensadas de sus fatigas, encontrando el sol que buscaban, y entre la hierba, y sobre las plantas, el banquete preparado.

Los agricultores y jardineros las dejaron entrar en sus jardines y sembrados, porque sabían que las golondrinas comen poco grano, y devoran en cambio muchos insectos que dañan á las plantas. Los muchachos, las convidaron con migajas de pan. Y esa noche soñaron todas con la primavera que allí les esperaba. ¡Felices golondrinas!

Biblioteca Nacional de Maestros

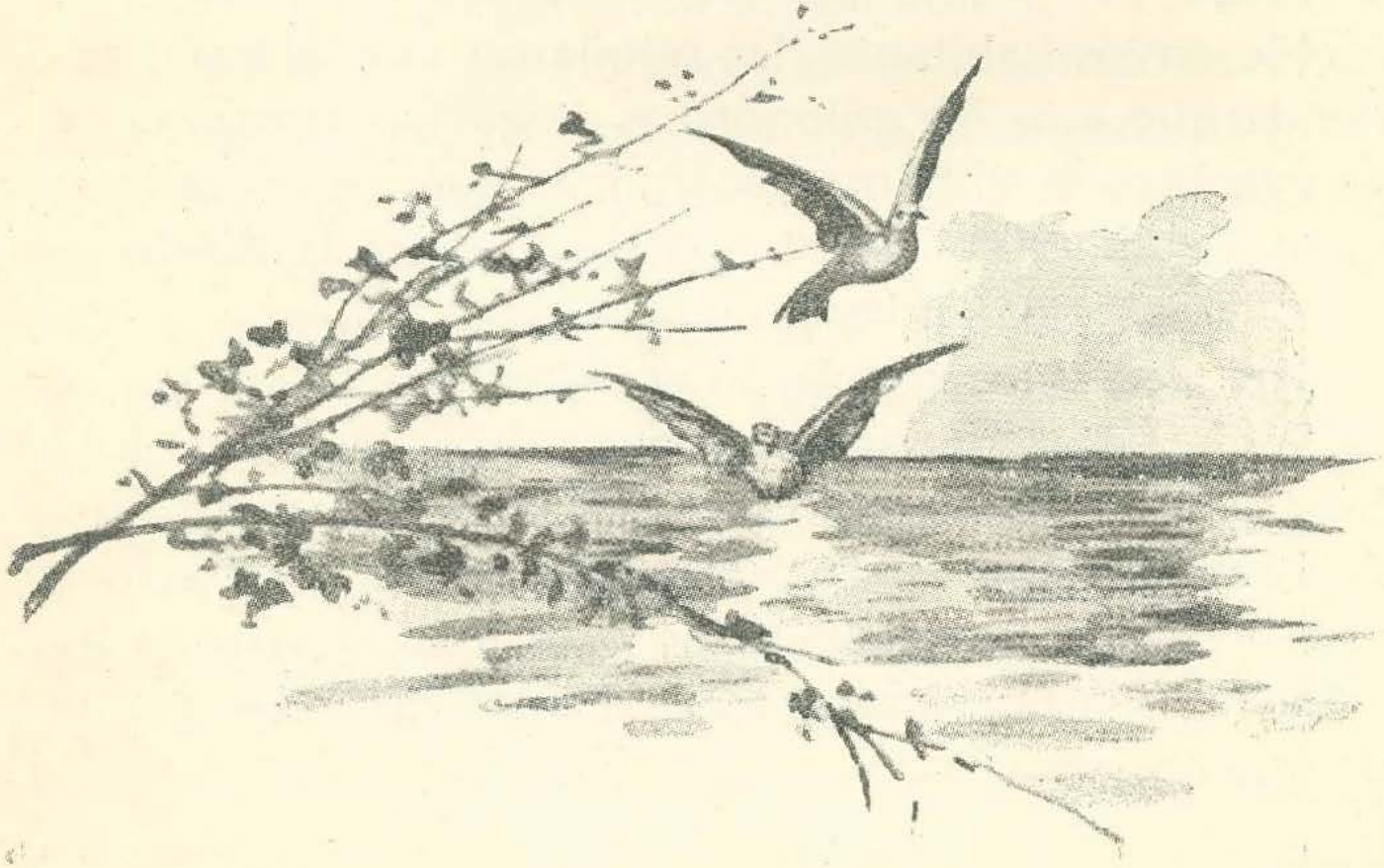


EL CANTO

Junto á las cunas cantan las madres,
Sobre el mar cantan los marineros,
¿Quién á las aves sobre las ramas
Enseñó el ritmo de sus gorjeos?

En la cocina canta la criada,
Cantos sagrados llenan los templos,
Los niños cantan en la Argentina,
En Francia, China y el mundo entero.

Canta la lluvia, cantan las olas,
Y trabajando, canta el obrero...
¿Quién es tan pobre que al fin no tenga
Para sus penas un canto al menos?



Biblioteca Nacional de Maestros

OTRA FAMILIA DE EMIGRANTES

En el mismo vapor en que descansó la golondrina, y por razones análogas, emigraba también el gallego José Rodríguez con su mujer, sus dos hijas y su hijo.

En su tierra se habían encontrado sin trabajo y por lo tanto sin comida. La que les daban en el vapor no debía ser muy buena, pues el gallego, que era un guapo cantor, cantaba durante el viaje:

Todo lo que les como
de cuanto aquí nos dan,
es un vaso de vino
con un poco de pan.

Biblioteca Nacional de Maestros

Justamente cantaba el último verso, cuando vió á la bandada posarse en los mástiles del buque... Su corazón se alegró, porque se dice que las golondrinas traen felicidad. Y cantó:

Dime, dime, golondrina
que vas cruzando la mar,
¿es verdad que en la Argentina
todos pueden prosperar?

La golondrina contestó *clic, clic,* y salió volando. El gallego quedó muy contento.

Al principio él y su familia sufrieron en Buenos Aires muchas privaciones. Pero en su tierra las habían pasado más duras, y ahora los alentaba la esperanza. José Rodriguez cantaba:

La tarea es dura
sólo al principiar,
al fin la jornada
hemos de ganar.

Y la ganaron. Empezó José siendo changador. Cuando pudo juntar algunos pesitos, compró lonas y unas grandes cajas de cartón. Puso en ellas las puntillas que habían tejido en su pueblo su mujer y sus hijas. Tomó el bulto grande sobre sus espaldas, dió á

Biblioteca Nacional de Maestros

su hijo Pepito, de diez años, el bulto chico, y salieron los dos á la calle cantando:

Vendo puntillas,
ricos encajes,
finos adornos,
lindas mantillas.

Todas las mañanas José y Pepito salían con las cajas llenas, y volvían con ellas casi vacías. Y todos los días sus cantos eran nuevos...

También cantaban su esposa doña Juana y sus hijas Dolores y Catalina, mientras tejían sus puntillas... Cantaban y tejían, tejían y cantaban:

Afanosas tejemos puntillas
que á las niñas embellecerán;
si, tejiendo, cantamos, las mallas,
más hermosas nos resultarán.

Biblioteca Nacional de Maestros

Como era una familia honrada, trabajadora y amable con los clientes, pronto reunieron, entre padres é hijos, una fortunita, y pudieron, á los pocos años, regresar á su país con trajes y pañoletas nuevas, y con pasaje de segunda.

Un día vieron, con gran alegría, aparecer de nuevo en el vapor á sus antiguas compañeras de viaje, las golondrinas, que también volvían. José Rodríguez cantó:

Dijiste bien, golondrina,
dulce nos fué trabajar;
generosa la Argentina
nos supo recompensar.

¿Cómo no trabajar en un país donde los extranjeros encuentran trabajo?

Muchos inmigrantes toman tanto cariño á esta tierra que tan buena acogida les hace, que sacan *carta de ciudadanía* para tener los derechos y cumplir los deberes del ciudadano argentino.

¿Y cómo no amar á una patria á la que aman también los extranjeros?

Biblioteca Nacional de Maestros

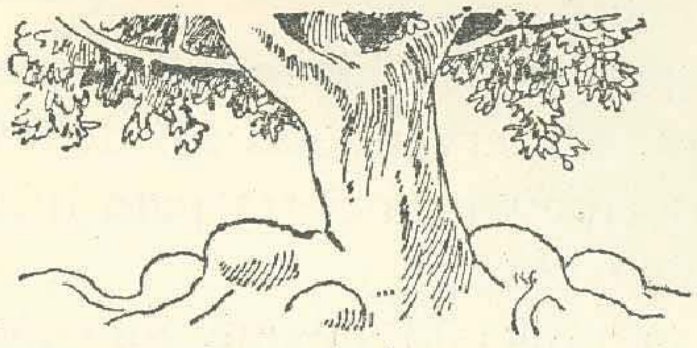
LAS HOJAS

Adita llevó una mañana su herbario al colegio para mostrarlo á sus compañeras. Estas, interesadas por el trabajo de Adita, quisieron conocer la historia de las hojas, y la señorita Elcira complacida les explicó

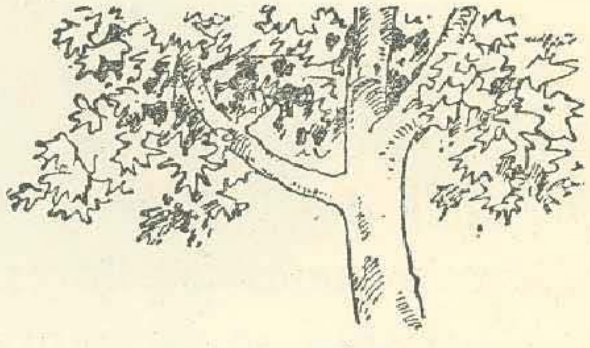
Como los animales, las plantas necesitan alimentarse. Se alimentan por las raíces, que sacan de la tierra las substancias nutritivas, y absorben el agua. Por eso se mueren, cuando no tienen agua qué beber.

Las raíces reparten por todo el árbol el alimento que, para llegar á las hojas, tiene que andar mucho camino. Sube por el tronco, pasa por las ramas, y llega por fin á las hojas convertido en savia.

Las hojas tienen para nosotros inmensa utilidad.



Ombú



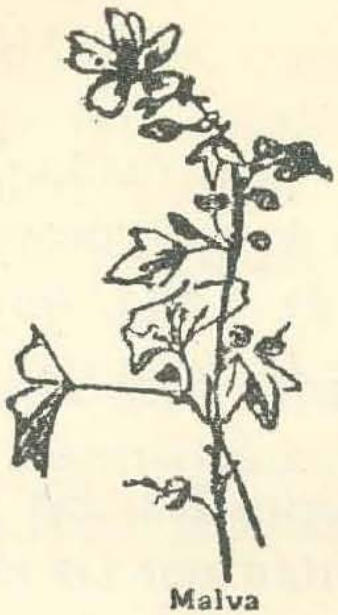
Tipa

Algunas nos dan sombra.

Biblioteca Nacional de Maestros

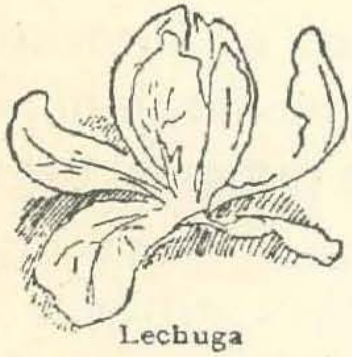
Borraja

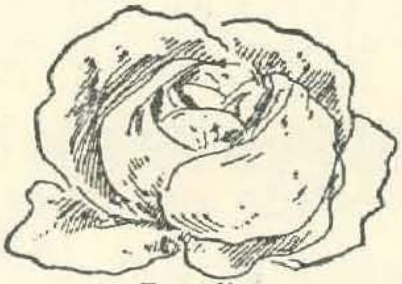
Menta


Malva

Manzanilla

Otras son medicinales.


Lechuga


Repollo

Escarola

Otras nos sirven de alimento.

Y todas sirven, al caer, para cubrir las semillas que han caído ya sobre la tierra, preservándolas así de las heladas del invierno. Secas, abonan la tierra para que crezcan mejor las flores y los frutos.

No sólo se alimentan las hojas lo mismo que los animales, sino que respiran también como ellos. La piel de la hoja, por el lado inferior, tiene millares de agujeritos por los cuales penetra el aire. Durante el día las

Biblioteca Nacional de Maestros

hojas, al respirar, despiden oxígeno, purificando así el aire para que nosotros podamos respirarlo. Y durante la noche despiden gas carbónico, por lo cual no conviene dejar las plantas en el dormitorio. El gas carbónico es un veneno.

A las hojas, que son muy coquetas, les gusta variar de color. En primavera son verdes, cuando termina el verano algunas se ponen coloradas, y otras se vuelven amarillas antes de caer.

No pensaríamos, al ver las hojas, que se alimentan trabajan y respiran como nosotros.

Biblioteca Nacional de Maestros

NUEVOS SONIDOS

He oído tres *suspiros*.

El de la brisa, el de una joven apenada, y el del eco que lo repitió.

He oído tres *murmullos*.

El del arroyito que corre en la pradera, el de los rezos en el templo, y el del agua que hierve en la pava

He oído tres *llamadas:*

La del clarín, la de la aldaba de mi puerta, y la del pastor que buscaba su oveja perdida.

He oído tres *quejidos:*

El de un herido, el del viento en una noche de tormenta, y el de una puerta abandonada.

He oído tres *sollozos:*

El de una madre llorando á su hijo, el de un perro en noche de luna, y el de un violoncelo.

He oído tres *tic-tacs:*

El del corazón de un niño asustado, el del reloj y el del telégrafo.

He oído tres *tañidos:*

El de una campana, el de una bocina y el de un laúd.

He oído tres *golpeteos:*

El de un pájaro carpintero, el del granizo y el del herrero.

Biblioteca Nacional de Maestros

EL BATALLÓN IMPROVISADO

— ¡La langosta, la langosta!, gritó una tarde don Tomás, corriendo en busca de un trapo y un palo.

— ¿Un trapo y un palo para matar la langosta? preguntó Tito sorprendido. Yo hubiera buscado la escopeta de papá.

— No es para matarla, le explicó don Tomás, es para ahuyentarla, para hacerla seguir su camino.

Tito miró para todos los lados, pero no vió ninguna langosta. ¿Dónde está?, preguntó.

— ¿Ves aquella nube oscura? Es una manga de miles y miles de langostas. Van volando muy alto, y cuando descubren un campito verde bajan á comer. Pero podemos asustarlas, y conseguir así que no bajen.

Y don Tomás, al mismo tiempo que hablaba, sujetaba el trapo á un extremo del palo.

Al llamado de Tito, acudieron Juan, Jorge, Eustaquio y María.

— ¡Tengo una idea! dijo Juan; juguemos á los soldados. Tito, toma tu tambor; tú marcarás el paso. Los demás esgrimiremos, para espantar las langostas, banderas y estandartes, espadas y escopetas.

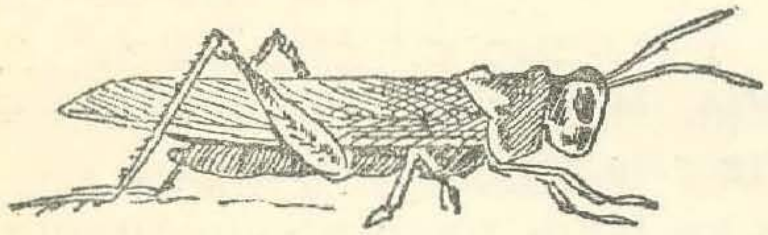
Cada uno se procuró un instrumento adecuado, y,

Biblioteca Nacional de Maestros

colocados en hilera, comenzaron la marcha. Juan iba delante, dando las voces de mando.

¡Media vuelta! ¡Paso redoblado..! ¡Mar..!

Algunas langostas habían bajado ya, pero salían volando en cuanto se acercaba con su música y sus armas el improvisado ejército.



Los soldados golpeaban los árboles, hacían ondular sus banderas de vistosos colores, y, manejando sus espadas, mataban también, á golpes, las langostas que quedaban en el suelo.

Don Tomás les había dicho que cada langosta pone sesenta huevos, y que cada uno de esos huevos se convierte al año siguiente en sesenta nuevas langostas.

Durante dos ó tres días siguieron pasando nubes de langostas, siempre muy alto. Los habitantes del Arca de Noé trabajaron sin descanso desde el amanecer hasta la noche persiguiéndolas.

Don Tomás, con un insuflador, polvoreó las plantas con azufre. El azufre no sólo ahuyenta toda clase de insectos, y entre ellos la devastadora langosta, sino que fortifica también las plantas.

Además, en el centro de la huerta, encendió una gran fogata en la cual vertió una pequeña cantidad de

Biblioteca Nacional de Maestros

alquitrán, lo que produjo una negra y espesa columna de humo. Nada ahuyenta tanto á la langosta voladora como el humo.

Cuando por fin desapareció la plaga, don Tomás llevó á los niños á una quinta cercana para mostrarles los estragos que hacen las langostas, cuando no se las persigue

Los árboles estaban allí sin hojas y sin fruta; los durazneros sólo conservaban los carozos pelados colgando de las ramas; los rosales no tenían flores ni hojas. No había una sola planta verde en el jardín. ¡Qué triste parecía todo!

—¿Aquí no había chicos que jugaran á los soldados? preguntó Tito sorprendido.

—Sí, había chicos, contestó don Tomás, pero nadie les enseñó á ser útiles aun en sus juegos.

Cuando regresaron á su casa los niños contemplaron encantados los rosales cubiertos de rosas, los árboles de duraznos cargados de frutas y hojas; todo el jardín fresco, verde, delicioso.

Biblioteca Nacional de Maestros

EL TESORO ESCONDIDO

—¿Cómo puedes decirnos, papá, que es ocupación conveniente la de trabajar en el campo, cuando tan fácilmente puede perderse la cosecha?

¡Las plantas tienen tantos enemigos! Las heladas, el granizo, las hormigas, la langosta y otros mil insectos que las dañan. Esto sin contar las enfermedades que á menudo las afligen, especialmente á las viñas y á los árboles frutales; luego las inundaciones, las secas, etc.

—Muchos de esos daños, Juancito, pueden evitarse, ó subsanarse con cuidados: las inundaciones, con canales por donde el agua corre; la seca, con el riego; y hay casi siempre algún medio para defenderse de los insectos. Es cierto que algunos de esos azotes son imposibles de prever é inevitables. Pero, en suma, al cabo de cinco años, por ejemplo, el resultado es infaliblemente bueno para el agricultor Sí, hijo mío; la tierra esconde en sus entrañas el mejor tesoro, y el más seguro. Y para que lo recuerdes, te repetiré una fábula muy conocida:

Un chacarero que se moría, sabiendo que sus hijos eran perezosos, los llamó y les dijo

—Muchachos, hay en la chacra, debajo de la tierra, una bolsa de oro escondida. Cavad y la encontraréis.

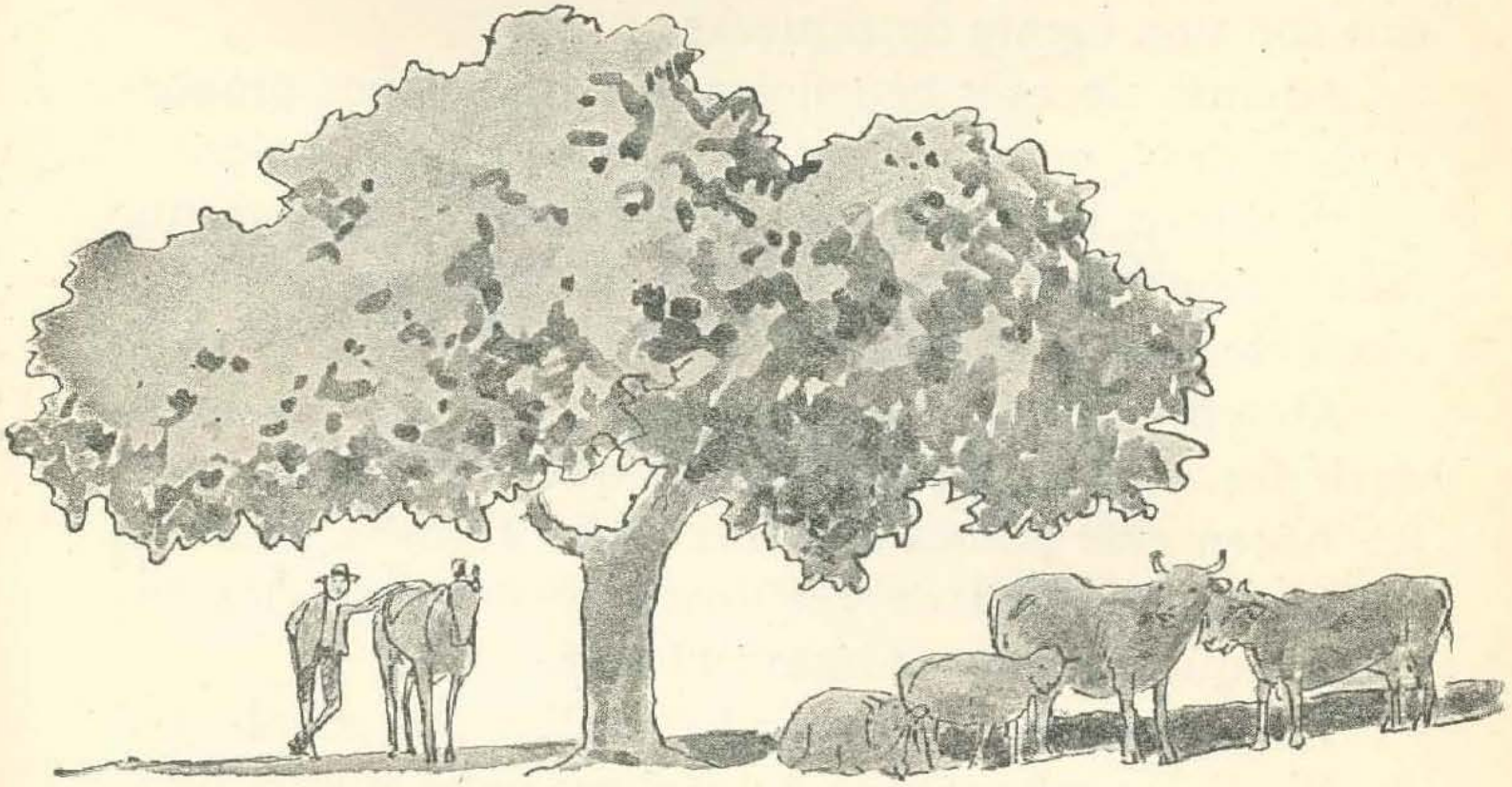
Murió el padre, y los hijos tomaron sus palas y sus

Biblioteca Nacional de Maestros

azadas. Cavaron, y cavaron... y no hallaron por cierto la bolsa de oro; pero removieron tan bien la tierra que la chacra dió mejor cosecha que nunca.

Y fué así cómo encontraron el tesoro escondido.

La tierra recompensa siempre, y el trabajarla tiene la ventaja de obligarnos á una vida sana al aire libre, y la de enseñarnos además á apreciar las bellezas de la naturaleza.



Biblioteca Nacional de Maestros

LOS ÁRBOLES

¡Cuán hermosos son los árboles! ¡Y qué inmensas utilidades prestan!

En los días terribles del verano, los hombres y los animales se guarecen bajo su sombra.

Dan frutos exquisitos y alimenticios, y también sus hojas suelen ser alimento para los animales.

Su madera se emplea en una infinidad de usos: para construir casas, buques, muebles, puentes, para postes y cercos, y sirve además para leña.

La República Argentina tiene hermosos bosques, que son una fuente de riquezas.

Además de esos beneficios, los árboles nos proporcionan otros, menos directos, pero no menos reales.

Purifican la atmósfera, despidiendo el *oxígeno* que necesitamos para vivir y absorbiendo el *ácido carbónico* que despedimos al respirar.

Atraen y regularizan las lluvias, y evitan las inundaciones. Las ramas y las hojas que caen de los árboles hacen más porosa la tierra Esta absorbe entonces fácilmente el agua de las lluvias y evita así los torrentes que causan las inundaciones.

Luego, la planta, buscando su alimento, extrae, por medio de las raíces, gota á gota, esa agua que la tierra

Biblioteca Nacional de Maestros

ha absorbido, y la vuelve á las nubes evaporada. Y cuando las nubes han juntado un poco de agua, la dejan caer nuevamente en lluvia.

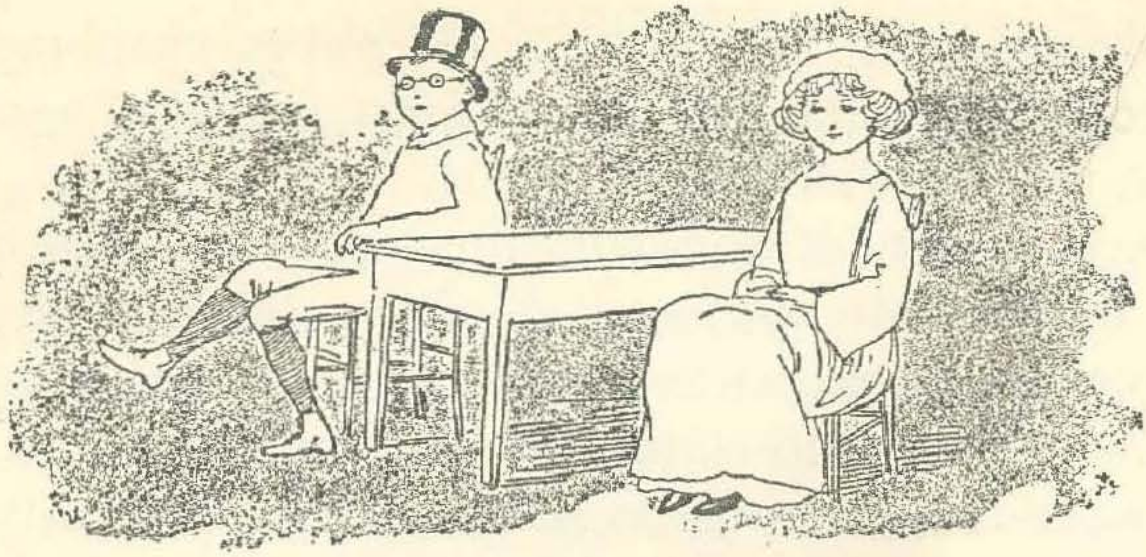
Así las lluvias son continuas y moderadas donde hay árboles. Mientras que, donde no los hay, la tierra es dura, el agua penetra muy poco en ella, y corre á torrentes formando lagunas que pronto evapora el sol. Esa agua recogida por las nubes en grándes cantidades es devuelta á la tierra en lluvia torrencial.

DIVERSIÓN CRUEL

Un niño tirando piedras
A un sapo se divertía ;
Y cuando el golpe acertaba
Sin compasión se reía.

En esto oyó aquel chicuelo
Que el sapo le hablaba así :
«Lo que para ti es juguete,
Es la muerte para mí».

Biblioteca Nacional de Maestros



EL HOSPITAL DE ADITA

— Me parece que mis enfermos se sienten muy bien en sus camitas verdes.

— Lo creo, señorita. Las plantas son las mejores camas para los bichitos.

— ¿Y cómo encuentra á ésta mosca, doctor? La saqué moribunda de una telaraña.

— Me parece que vivirá, gracias á sus cuidados, pero debe evitarle la vista de todo lo que se parezca á una araña, para que no sufra pesadillas. ¿Qué hace con esos palitos?

— Estoy fabricando muletas para la enferma número cinco, la mariposa que tiene las dos alas rotas. ¡Pobrecita! me temo que se muera de pena.

Biblioteca Nacional de Maestros

—¿Y cómo sigue la langosta del reumatismo que sufrió en una pata?

— Está apenas convaleciente y, como se cree sana, se me quiere escapar. Por eso la tengo atada, pues es necesario que se quede quieta algunos días más. Le sigo dando las pildoritas que usted le recetó. La señora Amapola las tenía preparadas en su cajita; es una buena boticaria.

—¡Cuánto gusto me da verla tan caritativa con los enfermos! Cuando usted sea grande, será una buena enfermera. ¿Pero cuál es el enfermo que llora?

— Es este grillo bebé, doctor. No sé por qué no puede saltar. Le he puesto en una cunita que se mece.

—¡Qué bonita es! ¿Dónde la compró?

— La hice con la mitad de una nuez que compré en la carpintería del Nogal. La colchita rosada se la compré en la tienda del Rosal, tejida por doña Rosa.

—¿Y qué ha hecho usted con la otra mitad de la nuez?

— Es un buque, doctor. Vea cómo flota en el agua En él navega una oruga que está siempre pálida. Usted me dijo que necesitaba el aire del mar.

— Y el mangangá encerrado en la copa ¿ha pasado bien la noche?

Biblioteca Nacional de Maestros

— Sí, ya no tiene fiebre, pero su ronquera creo que va á ser crónica. No me animo por eso á dejarle tomar el aire; lo tendré algunos días más en su palacio de cristal.

— El aire no es malo, señorita; no lo tenga demasiado encerrado. El aire es indispensable para vivir. Y estas luciérnagas, ¿qué enfermedad tienen?

— No confunda, doctor; son los focos de luz eléctrica del hospital. ¿Ve este gusanito?, yo creo que tiene convulsiones; no puedo mantenerlo quieto en la cama.

— Átelo con una pajita. Allá va un escarabajo. Lo cazaré porque puede sernos útil. Tiene mucha fuerza; es como el buey de los insectos; pero cuidado con su cuerno que pincha.

— Muy bien, muy bien, doctor. Justamente he recogido una vaquita de San José aplastada casi del todo. Es una inválida y hay que distraerla. Vamos á atar con un hilo su cochecito blanco de pétalo de lirio, al cuerno de ese buey para que lo arrastre.

— Me parece una buena idea, señorita. ¡Hola! Ya está. ¡Qué buen caballo es este bicho! Pero hay que tener mucho cuidado con los enfermos... La vaquita de San José apenas se encuentre mejor querrá comerse su coche.

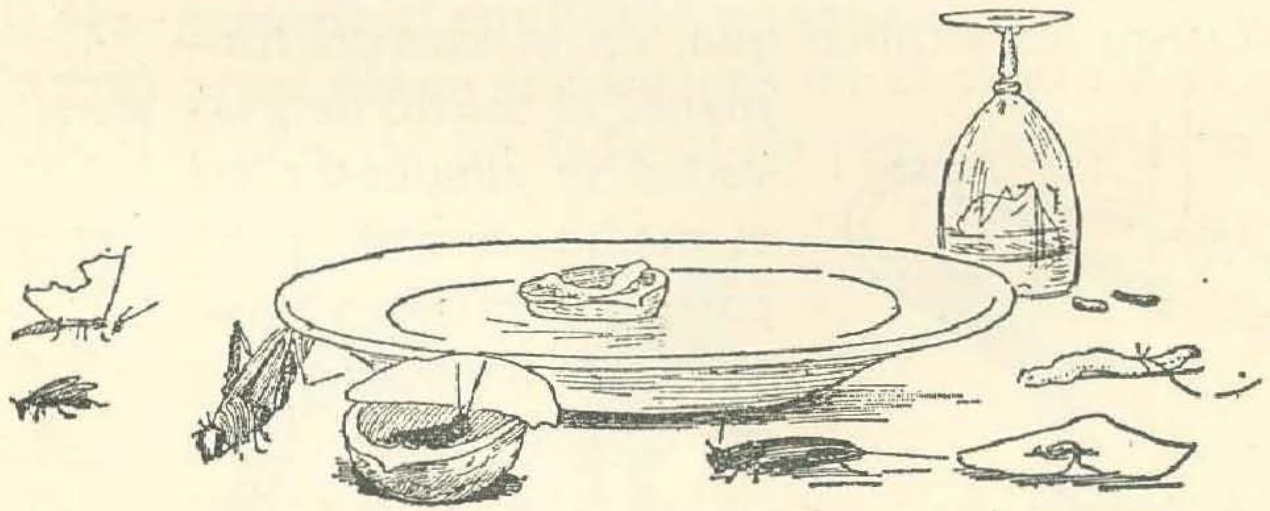
Biblioteca Nacional de Maestros

—¡Con tal que no le haga daño! Porque ¿sabe doctor? les estoy tomando cariño á los enfermos de mi hospital, y me da tristeza pensar que se me pueden morir.

El papá de Juan y Adita, que había estado escuchando la conversación, se acercó y les dijo:

— Me gusta mucho este juego Pero no te entristezcas, Adita, pensando que se morirán los enfermos de tu hospital. Porque aunque los pierdas todos, no se perderá el cariño que les has tenido. Si careces del poder de hacer revivir estos bichitos, habrán brotado en cambio en tu corazón, flores más duraderas de cariño y de bondad.

Pues, como dice un poeta inglés, vale más haber querido algo y perderlo, que no haber querido nunca nada.



Biblioteca Nacional de Maestros

EL CENTRO DE GRAVEDAD

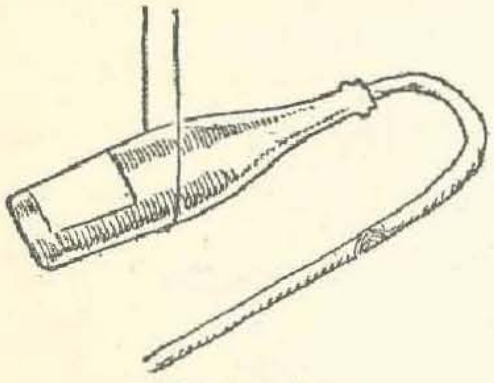
—Dice la señorita que todos los objetos tienen un punto llamado *centro de gravedad*, y que se los puede sostener en equilibrio, apoyados en ese solo punto. Yo quiero sostener este bastón como balanza, apoyándolo en un dedo, y no puedo. ¿Será que el bastón no tiene centro de gravedad?

—¿No dice la señorita que todos los objetos lo tienen? El éxito de los equilibristas está en la habilidad con que lo encuentran.

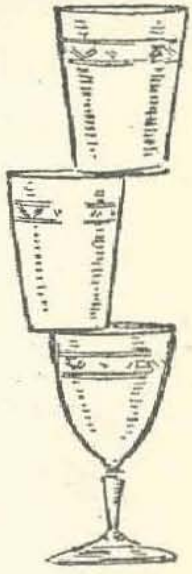
—¡Prueba tú, papá, á ver si se lo encuentras al bastón!

Don Augusto consiguió levantar el bastón en un dedo Y para demostrar que no había nada que no pudiera sostenerse en un punto, hizo muchísimos juegos que maravillaron á los niños

Luego les explicó que, en el cuerpo humano, el centro de gravedad se encuentra en el medio. Y que, para conservar nuestro equilibrio, es necesario que ese punto quede colocado sobre la base de-

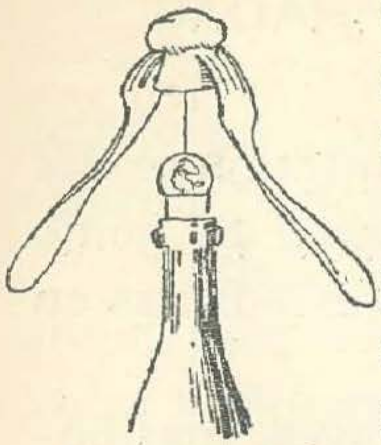


Una botella, un bastón y una cuerda



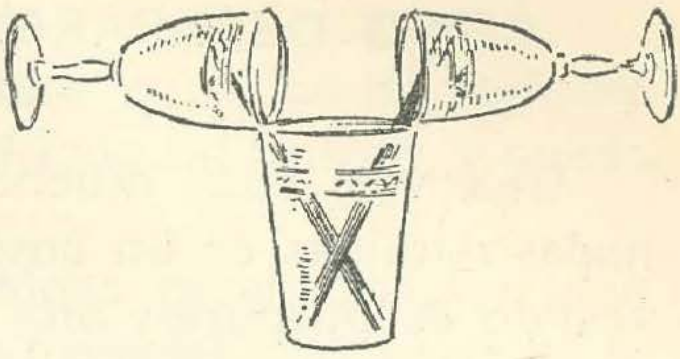
Torre de vasos

Biblioteca Nacional de Maestros



terminada por la posición de los pies.

—De esto proviene, añadió, que, separando los pies, es decir, ensanchando la base, podamos mantenernos con mayor firmeza.



Un vaso, dos copas, dos lapiceras

Cuando llevamos una carga, el centro de gravedad cambia de sitio. Y, para que vuelva á quedar sobre su base, el hombre que lleva en la espalda un gran fardo se inclina hacia adelante. Si lleva un balde de agua en una mano, se inclina hacia el lado opuesto, y si lleva una pesada pila de platos, se echa hacia atrás.

Instintivamente hace estos movimientos. Si no los hiciera, perdería el equilibrio y caería.

Los carros deben ir cargados en el centro para que no se inclinen de un lado ni de otro. Igualmente los coches y los buques.

Biblioteca Nacional de Maestros

CÓMO DESAPARECIERON LAS HADAS

CUENTO

Una vez, hace mucho tiempo, encontrándose las hadas reunidas en un bosque, vieron llegar á un genio vestido de púrpura y oro, cargado de flores y frutas en sazón.

Le seguían y rodeaban multitud de aves, mariposas é insectos de brillantes colores... Y todos dejaban oir sus voces á la vez. Era aquello una verdadera orquesta...

Al acercarse el genio, las hadas se sintieron aturdidas y deslumbradas. Sus párpados se cerraban ante tanto resplandor.

— ¿Quién eres? preguntaron al recien venido.

— Soy el verano, contestó el genio.

— ¡Cuánto calor traes y qué cargado vienes! ¿No quieres sentarte á descansar con nosotras y refrescarte un poco? Debes estar aturdido con tantos insectos como te zumban en los oídos...

— No puedo detenerme, contestó el genio del verano. Hay otros países que me esperan... Tengo que madurar otros frutos, poner colores en otros campos, y en otros cielos, y llevar la vida á infinidad de seres que viven de mi calor.

Biblioteca Nacional de Maestros

—¿Y no tienes casa donde puedas descansar?

—Sí, mi casa está en el ecuador... En las regiones ecuatoriales nadie deshace del todo mi trabajo, y puedo estarme tranquilo...

—Adiós, que seas en todas partes acogido con amor, pues eres trabajador y hermoso. ¡Y llevas tanta vida! le dijeron las hadas, y lo dejaron partir.

Estando de nuevo reunidas en el bosque, vieron llegar á otro genio. Su traje estaba tejido con colores suaves; su rostro era pálido pero hermoso... Iba también cargado de frutos y semillas, y coronado de flores.

—¿Quién eres? le preguntaron.

—Soy el otoño, hermano de la primavera...

—Dulce amigo, se está muy bien contigo, ¿no quieres quedarte con nosotras?

—No puedo, tengo que hacer reverdecer los campos que el sol demasiado fuerte del verano ha quemado... Traigo lluvias, para hacer revivir un instante las flores antes que el invierno las hiele. Maduraré la vid para que sea cosechada, y todas las semillas que el viento siembra... Tengo que pintar de colorado y amarillo las hojas, y arrancarlas luego de sus ramas; y tengo también que preparar trajes más abrigados a los animales, para que puedan soportar los próximos fríos...

Biblioteca Nacional de Maestros

Si no me doy prisa, el invierno los sorprenderá con sus ligeras ropas de verano y perecerán.

—¿Donde tienes tu cuna?

— Soy un viajero, pero mi residencia está en algunos países donde no se conocen los rigores del verano ni los del invierno.

Pasó algún tiempo, y en una nueva reunión, las hadas sintieron de pronto una ráfaga helada. Era el invierno que llegaba. Lo reconocieron por su manto de nieve y por la hoz que llevaba en la mano, parecida á la de la muerte.

Al acercarse las hadas se estremecieron.

— Buen viejo, pareces tener mucho frío, le dijeron. Espérate un momento; encenderemos fuego, y te calentarás con nosotras.

—¿Yo calentarme? ¿No sabéis que tengo que sembrar la nieve ó la escarcha por todas partes? contestó el invierno. Tengo que tocar con mi dedo helado muchas aguas para que se congelen. No puedo detenerme, pues debo recorrer muchos países cuando concluya aquí mis quehaceres. Tengo que acortar los días, barrer y esparcir las hojas que el otoño ha arrancado de las plantas. Debo cubrir á los árboles nuevos con una corteza muy fuerte, para que guarden su savia y puedan preparar sus nuevas hojas en secreto. Tengo que...

Biblioteca Nacional de Maestros

—¿Y no tienes casa?

—Sí, mi casa está en los polos, donde es eterna la nieve; allí el sol no calienta jamás lo bastante para deshacerla. Adiós...

—Adiós, cumple con tu deber, pero ten cuidado con los enfermos y los ancianos que se estremecen al verte. ¡No les hagas demasiado daño!

Volvió á pasar algún tiempo y las hadas se encontraron por cuarta vez reunidas en el bosque. En eso empezaron á oír, como en sueños, unos trinos armoniosísimos que se acercaban. Oyeron también pasos muy leves, y vieron que la hierba á su alrededor resucitaba levantando al cielo unos bracitos tiernos y brillantes como esmeraldas. Al mismo tiempo se esparcía un delicioso perfume... La atmósfera era tibia y suave, el aire parecía iluminarse, y las hadas sintieron que sus corazones se llenaban de una alegría nueva.

—¿Quién llega? preguntaron. Y vieron en la entrada del bosque á una hada hermosísima que les decía sonriendo:

—¿No me reconocéis? Soy la primavera...

Estaba cubierta de flores, pero su rostro era aún más delicado y bello que las flores. En sus brazos y en sus vestidos de color de rosa, se enroscaban tiernos tallos cubiertos de hojas nuevas. Los pájaros, siguiéndola,

Biblioteca Nacional de Maestros

parecían más hermosos y alegres que nunca... Y cantaban de tal manera, que las hadas quedaron embelesadas.

—¡Oh! tú, hermana nuestra, le dijeron. ¡Quédate con nosotras!

—No puedo, contestó dulcemente la primavera; tengo que llegar á tiempo á todas partes, pues en todas soy esperada con ansiedad. Tengo que dar perfume á las flores, enseñar cantos nuevos á los pájaros. Tengo que poner alegría y esperanza en los corazones, brillo en los ojos y color en las mejillas... Además, debo hacer brotar las semillas, y aligerar y hermosear el traje de las aves, y la piel de los cuadrúpedos. Si no hago esto, se morirán de calor en el verano...

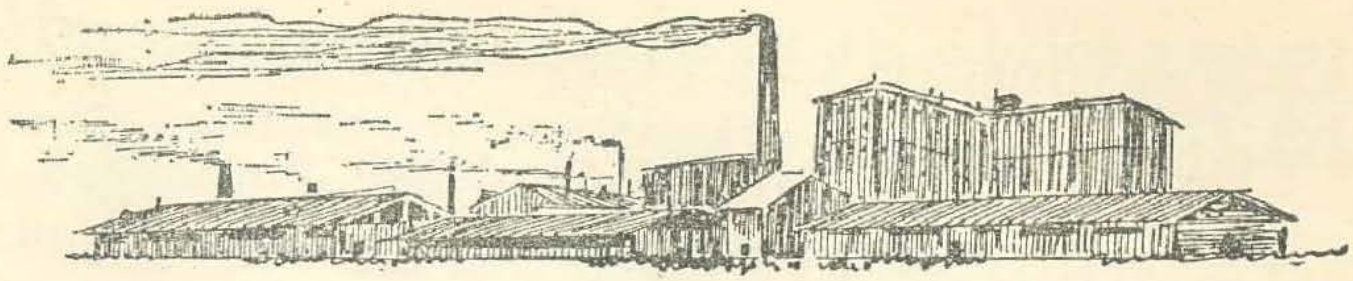
—Si no puedes quedarte con nosotras, llévanos; te seguiremos adonde quiera que vayas. ¿De dónde vienes? ¿Dónde está tu casa?

—En el cielo, contestó la primavera levantando los ojos y desplegando sus alas.

Y las hadas, prendadas de su nueva amiga, quisieron irse á vivir para siempre donde es eterna la primavera.

Por eso no se las ve ya pasearse por la tierra, como en los tiempos de la Cenicienta.

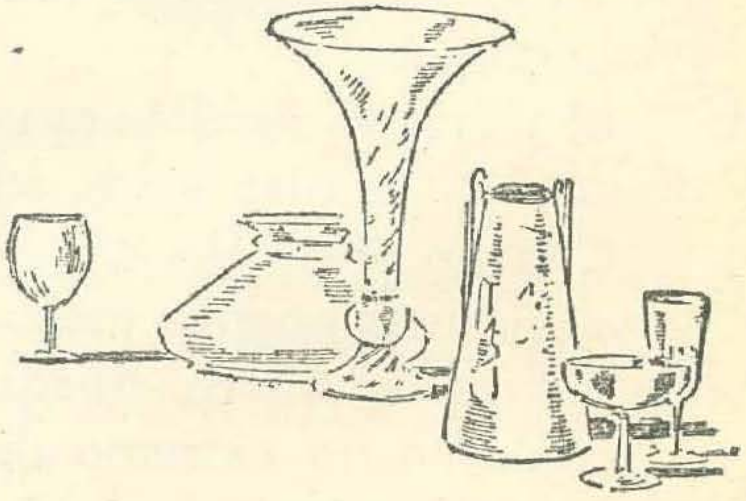
Biblioteca Nacional de Maestros



EL VIDRIO

Juan, Jorge y Tito no querían jugar con Pedro al ver sus manos negras, y casi siempre lastimadas. Su papá les explicó que no las tenía así por descuido, sino porque trabajaba en una fábrica para ayudar á sus padres. Y les propuso una visita á la fábrica.

En tranvía eléctrico llegaron al establecimiento que estaba muy lejos. La fábrica se componía de varios galpones, unos de material, otros de madera y zinc, todos ennegrecidos por el hollín.



Entraron primero en la sala de muestras, y quedaron maravillados ante los preciosos objetos de cristal que allí lucían: juegos de mesa, juegos de lavatorio, frascos azules, punzóes, amarillos; floreros pla-

Biblioteca Nacional de Maestros

teados y dorados, pantallas opacas y jarrones de dibujos caprichosos.

Pasaron después al galpón donde preparaban el vidrio. Los obreros descargaban allí bolsas, algunas llenas de arena gruesa, otras de potasa y otras de restos de vidrio, y todo junto era molido en grandes *muelas*.

Al lado de los hombres que descargaban las bolsas y manejaban las muelas, había algunos muchachos. Hombres y muchachos tenían la cara y el traje blancos por el polvo de vidrio cortante y fino.

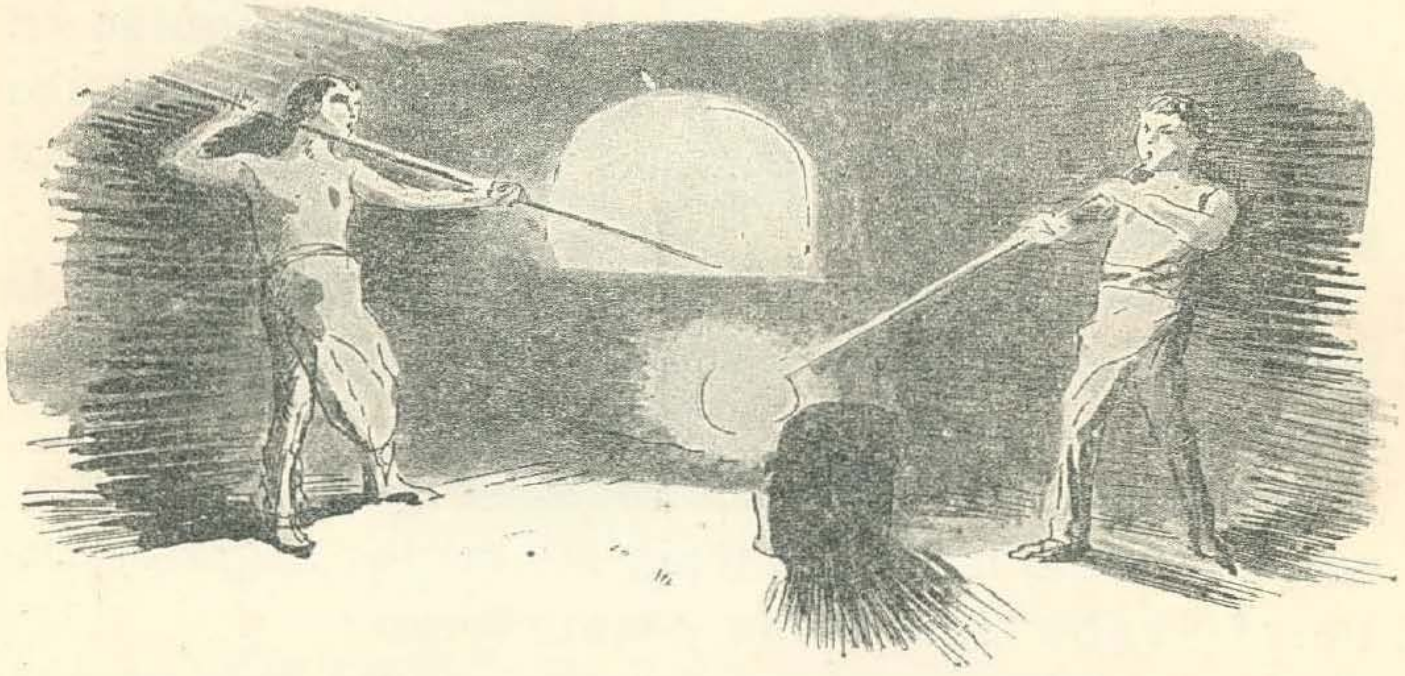
La mezcla ya molida debía ser fundida en los *crisoles*. Con este objeto era llevada á un galpón que contenía tres inmensos hornos, cuyas aberturas dejaban ver los crisoles donde se fundía el vidrio á una altísima temperatura.

El vidrio ya fundido es una pasta incandescente que deslumbra; es blanca con reflejos rojos.

Con los ojos colorados y quemados por el excesivo calor, algunos obreros metían en los crisoles unas pesadas barras de hierro, huecas como tubos de pipas. Y colgando en un extremo de ellas, sacaban un pedazo de la masa incandescente. El obrero hacía girar la barra y la masa de vidrio tomaba la forma de una bola que parecía de fuégo.

Biblioteca Nacional de Maestros

Un muchacho llevaba de prisa el hierro con la bola de vidrio en alto, y lo entregaba á un maestro vidriero, el cual, aplicando su boca al otro extremo del tubo, soplaba con todas sus fuerzas... La espesa masa se hin-



chaba poco á poco, se ahuecaba, y al mismo tiempo su forma esférica se perfeccionaba.

Entonces el maestro vidriero, sirviéndose de unas tenazas grandes, y de otras más pequeñas, alargaba y moldeaba la bola hueca, hasta convertirla en una jarra, en un florero ó en una botella.

Los visitantes vieron á Pedro, ayudando con sus tenazas á uno de esos maestros, á moldear un florero. El maestro le añadía incrustaciones de colores. Ter-

Biblioteca Nacional de Maestros

minado, el florero brillaba todavía como si fuera de fuego.

Pedro, sujetándolo siempre con las tenazas, lo colocó entonces en un hueco que había detrás del horno, para que se enfriara lentamente sin romperse.

En otro galpón vieron arrojar el vidrio líquido en piletas chatas. Este vidrio se enfriaba y solidificaba poco á poco. Así se hacían las grandes vidrieras y los grandes espejos.

Eran muchísimos los niños que trabajaban en la fábrica. Unos llevaban y traían cosas, otros ayudaban á los obreros mayores.

Poco prácticos aún, los niños se quemaban á menudo. ¿Cómo no iban á tener las manos negras y lastimadas entre tanto hollín y tanto fuego?

De aquellas manos sucias de grandes y de chicos, de aquellos obreros afanosos, de aquellas manos hábiles de artistas era de donde salían todas las maravillas que se admiraban en el salón de muestras.

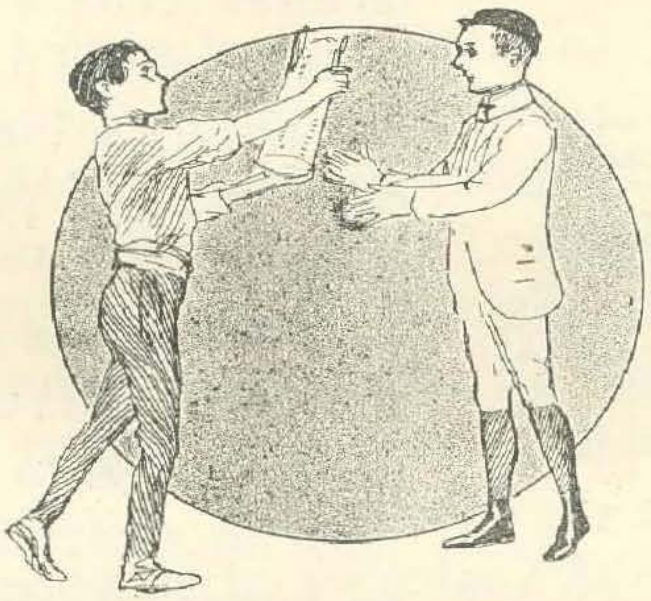
Cuando se retiraban ya de la fábrica para volverse á su casa, don Augusto y los niños vieron á Pedro que llegaba corriendo.

Llevaba en la mano el florero de las incrustaciones de colores, y dándoselo á Juan le dijo:

— He pedido esto al maestro vidriero para ti.

Biblioteca Nacional de Maestros

Juan se quedó avergonzado ante la generosidad del niño á quien él había desairado en sus juegos. Desde entonces sintió por Pedro una gran admiración. Cada vez que veía sus manos ennegrecidas, recordaba los hermosos floreros que sabía hacer y el terrible calor de los hornos.



PROBLEMA

Por el camino de San Nicolás
iba un hombre con seis asnos,
cada asno con seis cajones,
cada cajón con seis gallinas,
cada gallina con seis pollitos;
asnos, cajones, gallinas, pollitos,
¿cuántos iban á San Nicolás?

Biblioteca Nacional de Maestros

LOS POBRES DEL ASILO

— Cuando sea grande, seré caritativa y visitaré á los pobres, como tú, tía Adelia.

–¿Y por qué esperar á ser grande? Hoy mismo, si lo deseas, te llevaré al asilo donde la «Sociedad Benefactora» recibe y atiende á muchos pobres. Tú también puedes hacerles bien diciendo á cada uno una palabra de consuelo.

Adita sentía miedo cuando se cruzaba en la calle con algún pobre cubierto de harapos, mas no se atrevió á confesar su temor. Pensó además que después de visitar el asilo, su tía la acompañaría á comprar una muñeca que deseaba hacía muchísimo tiempo. Y corrió á ponerse el sombrero y á buscar la carterita con los tres pesos que costaba la muñeca, y que ¡por fin! había conseguido reunir, después de grandes ahorros. Cuando llegaron al asilo, supieron que la reunión de la Sociedad se había aplazado. Una

Biblioteca Nacional de Maestros

veintena de pobres, no advertidos, ó llevados por la esperanza de encontrar algún socorro, se apiñaba á la puerta. Todos los rostros se iluminaron al ver aparecer á Adelia, «la querida señorita». Así la llamaban aquellos necesitados y, respetuosamente, le abrían paso, mientras ella, sonriendo, saludaba á cada uno por su nombre.

Adelia era secretaria de la Sociedad, y á cada uno de los pobres, según sus necesidades, le daba, con su firma, un papel que decía: «Vale por un kilo de carne», ó de arroz, ó por un litro de leche. Los pobres entregaban los vales en el almacén, la carnicería ó la lechería, y recibían en cambio, carne, leche ó arroz. E igualmente pan, azúcar ó remedios, según lo indicado en el papel.

Aunque esta vez no se encontraba en el asilo ninguna otra persona de la Sociedad, Adelia, entró como de costumbre en el escritorio y firmó algunos vales. Mientras tanto, Adita se vió rodeada de todos aquellos pobres que tanto miedo le inspiraban.

Y empezaron las confidencias en voz baja:

— Usted, niñita, que parece tan buena, con esa carita de ángel, compadézcase de nosotros. Tengo un hijo paralítico y el pobrecito no tiene colchón en qué dormir.

— Buscaré alguno en casa para mandárselo.

— Y si tuviera unos botines muy viejos...

— ¿De qué edad es su hijo?

Biblioteca Nacional de Maestros

— Tiene veinte años ¡pobrecito! Es mi único hijo. El padre era bebedor y se murió. Yo soy vieja y no puedo trabajar para ganar con qué comer y abrigarnos.

— Le pediré á papá unos botines para su hijo, y á mamá una pañoleta para usted.

La mujer lloraba besando las manos de Adita. Adita sufría.

— Señorita, imploró otra mujer, tengo una hija que empieza á ponerse anémica y si pudiera pagarle el pasaje, la mandaría al campo con unos conocidos. El doctor asegura que en seis meses se curaría.

— ¿Cuánto necesita para el pasaje?

— Dos pesos.

Adita reflexionó. Tenía en su cartera tres pesos que debían cambiarse media hora más tarde en una muñeca muy linda y muy grande.

— ¡Interceda por mi hija! repitió la mujer tristemente.

Adita pensó en la felicidad que sería para aquella pobre madre y para su hija el poder alejar la terrible enfermedad, y no titubeó más. ¡Adiós, muñeca! suspiró, y cobrando valor, dijo, tendiendo á la mujer todo su dinero:

Biblioteca Nacional de Maestros

— Tome, dos pesos para el boleto y uno más para algún abrigo.

Ahogando las palabras de gratitud que la mujer le dirigía, las quejas seguían á su alrededor:

— Mi marido está en el hospital, y mi hija se ha lastimado una mano, y no puede coser. Tenemos hambre.

— Soy viuda, con cinco hijos chicos y...

Adita sufría de miedo. Al mismo tiempo sentía algo que nunca había sentido; mucha tristeza, mucha lástima. Sufría de compasión.

— No me traigas más, tía Adelia, no me traigas más, por favor te lo pido, imploró al salir.

— ¿Te contaron muchas cosas tristes?

— Sí.—Y Adita, sin poder contenerse ya, se echó á llorar. — Yo no sabía lo que era un pobre, dijo. Desde hoy todas las monedas que me den, serán para los pobres. Y quiero darles, además, la mitad de mis vestidos, de mis colchas, de mis alimentos, y todos mis juguetes.

— No es necesario, Adita, que te impongas cargas demasiado pesadas para ti. Pero acuérdate siempre de los pobres. Llévales, cuando puedas, algún socorro en dinero, ropas ó alimento. Y cuando no puedas socorrerlos materialmente, diles una palabra afectuosa, que eso también es caridad.

Biblioteca Nacional de Maestros

JUEGO DE HOMÓNIMOS

Adita está en «berlina». Los otros niños eligen una palabra que tenga varios significados; es decir, una palabra que tenga sus *homónimos*. Adita, por las respuestas que cada uno dé á las tres preguntas consabidas, debe adivinar cuál es esa palabra.

Pregunta primero á Juan:

—¿Cómo la quieres?

—Madura.

—¿Para qué la quieres?

—Para pasear por ella.

—¿Dónde la quieres?

—Donde está, pues no la podré trasladar de allí ni con todos los bueyes del mundo.

Adita piensa: madura tiene que ser una fruta.. Para pasear por ella y que no se pueda trasladar... ¿será una ciudad? ¿será *Damasco?* ¿será *Granada*. Las dos pueden ser frutas y ciudades...

Pero Adita calla y pregunta á Jorge:

—¿Cómo la quieres?

—De hierro.

—¿Para qué la quieres?

—Para comerla

—¿Dónde la pondrás?

Biblioteca Nacional de Maestros

—En el Perú.

Adita piensa de nuevo: ¿Para comerla? está claro; es una fruta. ¿En el Perú? Sí, debe ser una ciudad del Perú... Pero de hierro... ¿qué podrá ser de hierro?

Y por fin pregunta á Tito·

—¿Cómo la quieres?

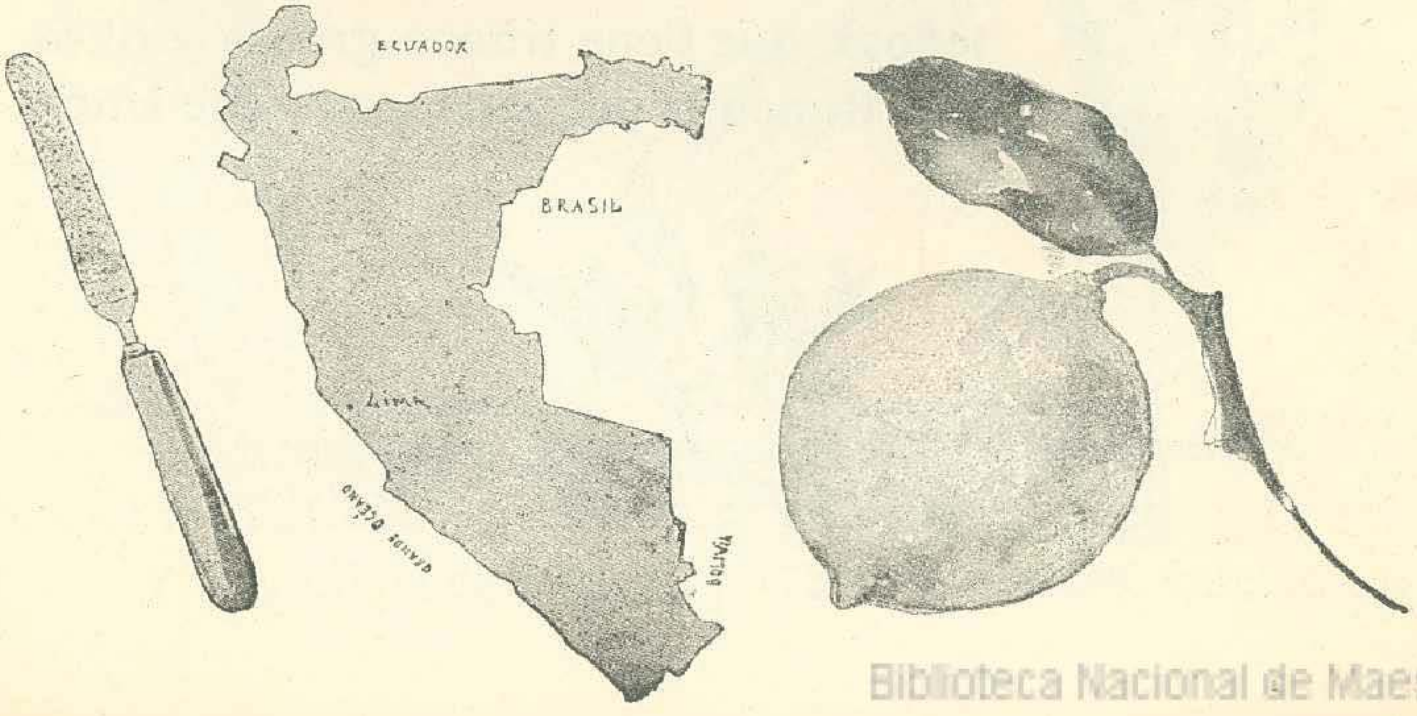
—Amarilla.

—¿Para qué la quieres?

—Para limarme las uñas.

—¡Ah! ya sé, ya sé... ¿Con qué te vas á *limar* las uñas? con una *lima* de hierro... Todos quieren una *lima* amarilla y madura para comerla .. Y Juancito quiere pasear por las calles de la ciudad de *Lima*, que está en el Perú, y que no podrá trasladar de allí ni con todos los bueyes del mundo.

—Has adivinado, Adita, y mereces comerte la lima.



Biblioteca Nacional de Maestros

EL TALLO

—Hoy quiero hablarles del tallo de las plantas y de las utilidades que presta al hombre, dijo la señorita Elcira al comenzar la clase.

El tallo es la parte de la planta que crece hacia arriba uniendo las raíces con las hojas.

Los tallos son de formas y tamaños muy variados. En algunas plantas *herbáceas*, el tallo se eleva apenas unos centímetros del suelo, mientras que hay árboles que miden más de treinta metros de altura.

En las plantas herbáceas el tallo es blando y acuoso. En las *leñosas*, se desarrolla poco á poco, volviéndose gradualmente más duro, hasta llegar á formar lo que se llama *tronco*.

Se da el nombre de *árbol* á la planta leñosa, que tiene tronco grueso y duro; si el tronco es pequeño y su parte leñosa

Biblioteca Nacional de Maestros

escasa, la planta se llama *arbusto*. Y el vegetal puramente herbáceo se llama *hierba*.

¿Quién puede nombrar un árbol?

— El paraíso, señorita; el álamo, el ombú.

— ¿Y un arbusto?

— El rosal, la camelia, el jazmín del Cabo.

— Veo que todos conocen algún árbol ó algún arbusto. Nos falta nombrar plantas herbáceas.

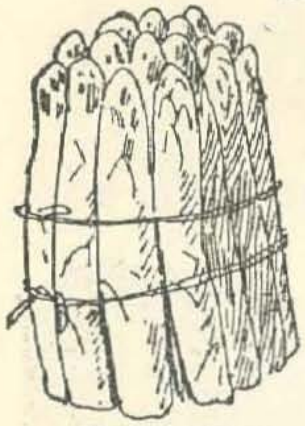
— La alfalfa, señorita.

— El clavel, las violetas.

— Los tallos se utilizan de diversas maneras. Algunos tallos herbáceos y tiernos se comen.

— A mí me gustan los espárragos.

— El cardo y el apio también son tallos que se comen.



Espárragos

Apio Cardo

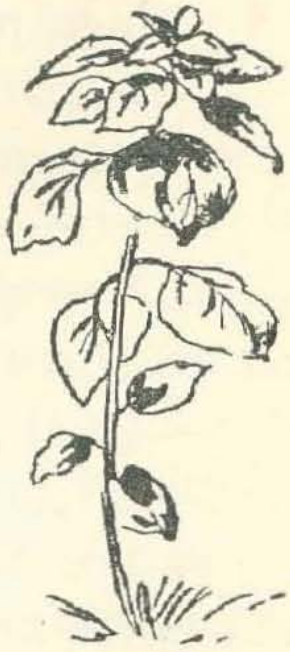
— Otros tallos son textiles, como el cáñamo, el lino y el ramio, con los cuales se tejen telas finas.

Y hay tallos delgados, flexibles y fuertes, que se uti-

Biblioteca Nacional de Maestros

Cáñamo

Lino



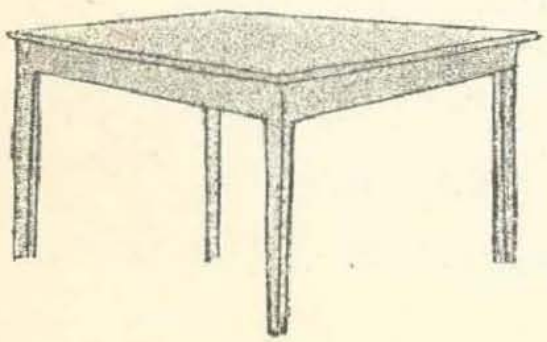
Ramio

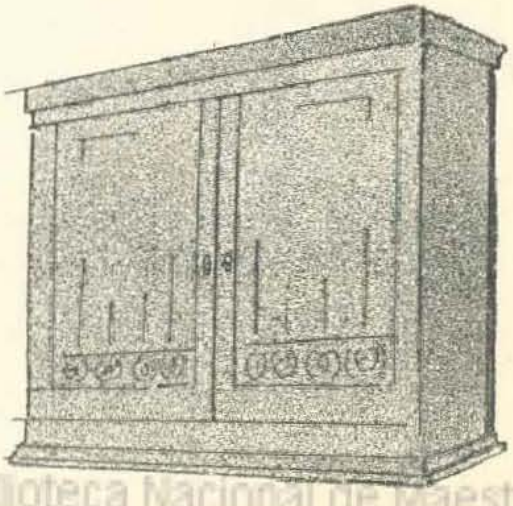
lizan en la fabricación de canastas y bastones ¿Pueden nombrar algunos?

— Las cañas, los juncos.

— También el mimbre, el bambú

— Otros, por su facilidad para ser trabajados, ó por sus colores ó vetas producen maderas de construcción y ebanistería





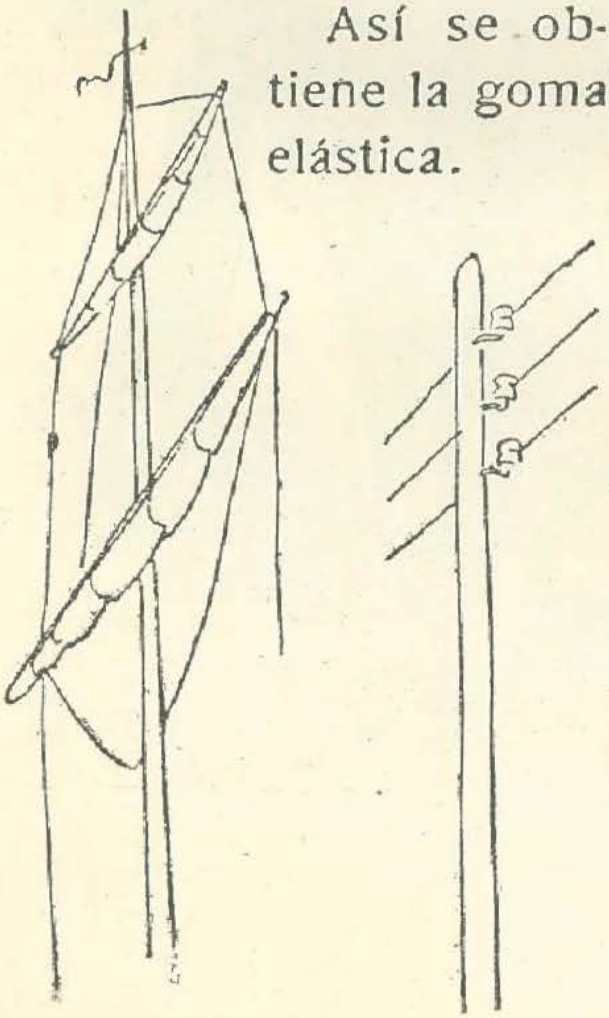
Biblioteca Nacional de Maestros

—¿Qué quiere decir eso, señorita?

—Que con esas maderas pueden construirse muebles, mesas, sillas, etc.

A algunos árboles se les hacen incisiones en el tronco para extraer de ellos la savia.

Así se obtiene la goma elástica.



Alcornoque

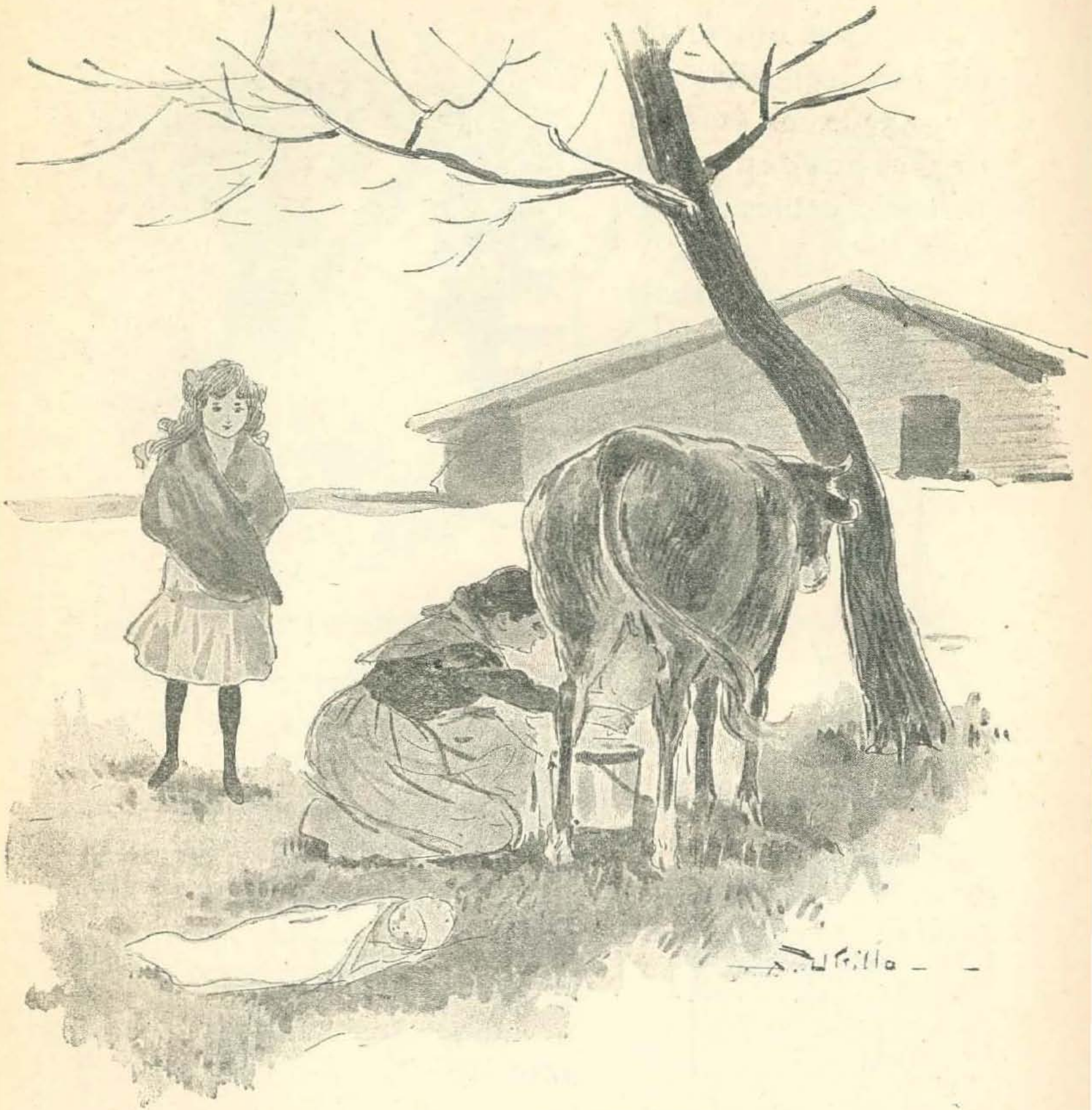
De otros se utiliza la corteza, como del alcornoque, del cual se saca el corcho.

Aprensando los tallos de la caña de azúcar se obtiene el azúcar.

Los árboles más altos se emplean como mástiles de buques ó como postes telegráficos.

Y todos los tallos sin excepción, secos, sirven para leña.

Biblioteca Nacional de Maestros



ESPERANDO EL DESAYUNO

Biblioteca Nacional de Maestros

LA CARIDAD

Una mañana, al llegar Adita á la casa de don Tomás, encontró á Rosita llorando, tendida en el suelo. La madre, ocupada en ese momento en ordeñar la vaca, trataba inútilmente de consolarla desde lejos.

Adita se acercó á la chica, y la levantó en sus brazos. Esta, asustada, gritó al principio con más fuerza, pero, escuchando las palabras afectuosas de Adita, comenzó á reir.

Adita, muy satisfecha de su obra caritativa, pues había consolado á una pobrecita que lloraba, la depositó de nuevo en el suelo, sentándose á su lado.

De una pieza interior salió Inés, la chicuela de dos años, con la cara llena de costras y de barro.

No le gustaba á Adita ver lastimaduras. Y, antes de que Inés se le acercara, se puso de pie, y sin despedirse de doña Micaela, tomó el camino de su casa. Pero á los pocos pasos reflexionó: «No he sido caritativa como me enseña tía Adelia. He consolado á una chiquita, pero me he alejado de la otra.»

Cuando llegó á su casa, ya tenía su resolución tomada.

— Mamá, ¿cómo se curan las lastimaduras que tienen humor y barro encima? preguntó.

Biblioteca Nacional de Maestros

La madre, sospechando de qué se trataba, contestó: Lavándolas con ácido bórico ó con cualquier desinfectante, y poniéndoles polvos de talco ó de arroz encima.

— ¿Y cómo se prepara ese desinfectante?

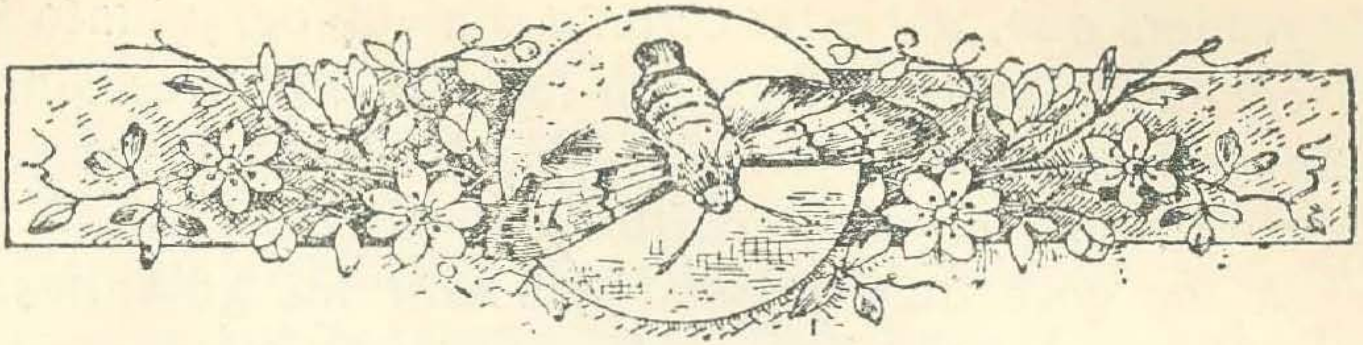
— Se pone una cucharada de ácido bórico en agua hirviendo, y cuando el agua está tibia, con un algodón ó con un trapito bien limpio se lavan las lastimaduras.

Adita preparó el remedio, y corrió á casa de doña Micaela.

— ¿Me permite curar á su hija? le preguntó. Mamá me ha enseñado cómo debo hacerlo.

Y como doña Micaela accediera, lavó muy cuidadosamente las lastimaduras de la pequeña, sacándoles toda la suciedad que tenían encima. Cuando estuvieron bien limpias, les puso polvos de talco. Y prometiendo volver al día siguiente, Adita se retiró contenta de sí misma, pues estaba segura de haber cumplido esta vez sus deberes de caridad. Había sabido vencer su repugnancia y, gracias á ella, Inés se curaría pronto.

Biblioteca Nacional de Maestros



LOS GUSANOS DE SEDA

— Aquí te traigo, Ignacio, estos huevos de gusano de seda, «semillas», como los llaman los *sericicultores*. Requieren cuidados muy especiales, pero tú sabrás proporcionárselos.

Esta cajita contiene la décima parte de una onza, cuatro mil huevitos más ó menos. Todos los gusanos que salgan de estos huevos no hilarán su capullo, pero puedes asimismo conseguir una buena cosecha.

Como las moreras empiezan á brotar, me he apresurado á traértelos, porque es ésta la época de cultivarlos.

Ignacio, encantado, miraba con curiosidad los huevitos de color ceniciento. Y como su amigo le había enseñado lo que debía hacer con ellos, buscó un cajón muy grande, en el cual introdujo y clavó tres tablas, como si se tratara de convertirlo en un armario. Y quedó construído el *armario-incubadora*.

En una de las tablas, en pequeñas cajas de cartón, depositó los huevitos. Y colocó el cajón en un cuarto

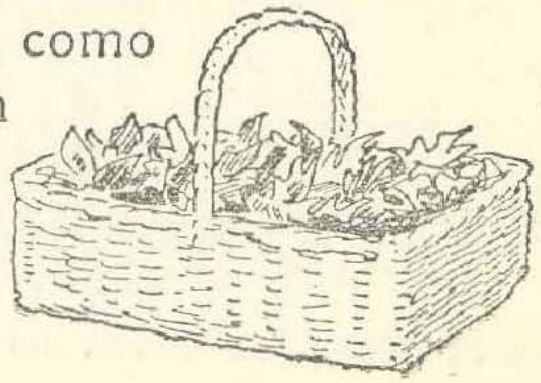
Biblioteca Nacional de Maestros

de madera que, por estar cerrado con vidrios, y junto á la cocina, conservaba, aun en los días más fríos, una temperatura muy confortable. Ignacio cuidaba también de cubrir los vidrios con cortinas por la noche.

A los doce días empezaron á salir los gusanitos. Para mudarlos, como era necesario, á otra tabla, Ignacio hizo lo siguiente: Con un clavo, agujereó un papel, hasta dejarlo como un colador; aplicó sobre los huevos el papel colador, y encima puso una rama de morera. Guiados por su instinto, ó por el olor de las hojas, los gusanitos atravesaban el papel por los agujeritos y subían á la rama. Cuando ésta estuvo bien llena, Ignacio la levantó con precaución y la colocó, con los gusanos, en otra tabla del armario, previamente cubierta con papel liso.

Y lo mismo hizo con otras ramitas, á medida que iban saliendo los gusanos, hasta trasladarlos todos.

En ese primer tiempo, los animalitos comían las hojas más tiernas de la morera. Pero, como según iban creciendo, necesitaban más alimento, Ignacio aumentaba cada día la provisión de hojas que recogía en una canasta.



Biblioteca Nacional de Maestros